

Deseo®

AMORES SECRETOS

Suzannah Davis

$3.50 U.S.

Travis King sabía que su antigua amiga Mercy estaba fuera de sus expectativas, sobre todo si quería conservar el secreto de su pasado. Además, Mercy era de las que se querían casar y Travis no quería abandonar su independencia y su vida nómada por una mujer. Aunque aquella irresistible doctora estaba calándose cada vez más hondo…



Suzannah Davis

Amores secretos

Deseo (Preston/King 2) 765

ePub r1.0
LDS 17.03.16

Título original: *Dr. Holt and the Texan*
Suzannah Davis, 1998
Traducción: Cristina Díez Barberá
Ilustraciones: Ilustrador
Diseño/Retoque de cubierta: Diseñador

Editor digital: LDS
ePub modelo LDS, basado en ePub base r1.2



Capítulo Uno

—¿Qué tal, nena?

Una voz profunda y sexy irrumpió en la consulta de urgencias de la doctora Holt, acompañada por una mirada ligeramente diabólica y una sonrisa de las que deja sin respiración a la población femenina.

El pelo despeinado, una camisa negra vaquera con incrustaciones de perlas y un espectacular torso que se asomaba por entre la tela eran el legado de aquel individuo a la decoración de la sala. La naturaleza era una gran escullera. Además de un cinturón con la hebilla del tamaño de una tortita con nata, unas botas llenas de barro y espuelas, el vaquero tenía la cara llena de sangre, pero animada por una inmensa mueca de felicidad bajo un bigote.

«Va a ser una de esas noches», se dijo la doctora.

Instantáneamente se arrepintió de no haberse recogido el pelo en ese moño sereno que la hacía parecer dos veces más vieja de lo que era. Era, sin embargo, un remedio bastante eficaz contra machitos del tipo del allí presente.

Estaba claro que si había algo que no necesitaba era un listillo, presuntuoso y prepotente.

—Soy la doctora Holt —dijo ella con la voz crispada. Miró a la enfermera—, ¿Qué tiene?

—Contusiones varias, incluida alguna en el cráneo y posibles roturas.

—¡Vamos, nena! —le dijo el hombre—. Sé que ha pasado mucho tiempo, pero, ¿qué te parecería darle un beso a un viejo amigo?

—Sigue intentándolo. Pero búscate algo menos tópico para iniciar la conversación —la doctora sacó una linterna del bolsillo de la bata—. ¿Agarró la matrícula del tanque que le hizo eso?

—No culpe a Sidewinder. El toro estaba haciendo su trabajo —se encogió de hombros—. Estuve ocho segundos sobre su lomo antes de que me diera el viaje definitivo.

Se aproximó a él y le miró el fondo de ojo.

—Así que es un vaquero, ¿no?

Una mano grande, bronceada y masculina la agarró por la cintura.

—Vamos, señorita Mercy, en el pasado no había nada que le gustara más que los rodeos.

Lo agarró de la muñeca y le lanzó una mirada heladora.

—Perdone, pero creo que se ha confundido de… Mercy. Nadie la había llamado así desde hacía muchos años. Era la doctora Holt o Lee para sus conocidos y amigos. Mercy era el nombre que utilizaban en su ciudad natal, un apelativo que había dejado atrás, en Flat Fork, Tejas, hacía mucho tiempo y muchos dolores de cabeza.

Mercy miró al vaquero. Se estaba riendo, con los ojos castaños en una mirada cómplice. El mundo empezó, de repente, a dar vueltas como una peonza, como sí se hubiera metido en una máquina del tiempo que la hubiera llevado quince años atrás. Claro, lo acababa de reconocer. Sus rasgos se habían endurecido y estaba incluso más guapo que antaño. Pero era él.

—¿Travis?

El la soltó.

—¡Cuánto tiempo, ojitos azules!

—Pero, ¿cómo? ¿Por qué…? —la doctora sentía el corazón latirle con fuerza—, Travis King. No me lo puedo creer.

—¿Quiere que le traiga los instrumentos para la sutura, doctora? —preguntó lila, la enfermera.

Apartó la mirada de su paciente y miró a la mujer.

—¿Cómo? Ahí Sí… claro. Perdone, es que el señor King es un viejo amigo. Ha pasado mucho tiempo.

—Demasiado.

Claro que era él, aunque había algo diferente, lo que la desconcertó. «El tiempo pasa», se dijo. Antaño, Travis King había sido su amigo, su cómplice y su ángel de la guarda, en los tiempos en que ella y el mejor amigo de King, Kenny Presión, estaban enamorados.

Pero eso había sido antes de que todo cambiara. No quería que los recuerdos le nublaran el día, así que trató de dejarlos a un lado y centrarse en su trabajo.

—Déjame ver qué hay aquí debajo —le dijo, mientras le quitaba la venda provisional que llevaba.

—Un pequeño golpe que ha levantado una vieja herida, pero nada de lo que asustarse. Traté de hacérselo entender a los médicos del rodeo, pero me metieron en la ambulancia, como si yo fuera una viejecita magullada.

—Más vale prevenir que lamentar.

—No me quejo —él sonrió—. Incluso les voy a mandar una nota de agradecimiento. No sólo conseguí el premio sino que, además, he terminado en manos de la mujer más guapa que jamás vivió en Flat Fork. Después de todo, ha sido un día de suerte.

Ella lo miró de reojo.

—Por un casual estás flirteando conmigo.

Los ojos de el se encendieron con esa expresión irresistible de niño travieso.

—No se me ocurriría jamás.

—Vamos, King, no has cambiado nada. Pero le informo de que mis días de muñeca Barbie perecieron hace tiempo —Mercy frunció el ceño. No le gustaba la brecha que le recorría la frente—. Te has dado un buen golpe— ¿Cuántos dedos ves aquí?

—¿Dedos? ¿Qué dedos?

Mercy se volvió hacia la enfermera.

—Que le hagan una radiografía completa del cráneo.

—¡Oye, que estaba bromeando! —dijo él, farfullando y jurando mientras la enfermera lo preparaba.

—Yo no juego con este tipo de cosas, Travis —dijo ella—, ¿Te duele la cabeza?

—Un poco —admitió él.

—Haré que te traigan algún analgésico. Quítate la camisa y déjame que te examine. ¿Te pisó el toro?

—¡Va! No tengo más que un arañazo.

—Soy yo quien debe diagnosticar.

Travis miró a Mercy con cara de pocos amigos.

—Vaya, vaya, en lo que se ha convertido la señorita Mercy con los años. ¿Quién lo hubiera dicho?

—Oye, tú, déjame tranquila. Estoy acostumbrada a manejar a leones como tú y te aseguro que llevas las de perder.

Con desgana, se quitó la camisa y se la dio.

Mercy la agarró y la dejó en la misma silla sobre la que había dejado el sombrero boca abajo. Una antigua superstición que decía que ese era el único modo de que el sombrero no perdiera su buena suerte.

Al darse la vuelta, Mercy se quedó sin respiración. Se pasaba todo el día viendo cuerpos desnudos, pero aquella visión era demasiado espectacular para pasar desapercibida. Travis King era un espécimen masculino de primera calidad.

A pesar de sus treinta y seis años y de la dura vida que había llevado, seguía teniendo unos hombros anchos y un torso y un estómago musculosos que más de un joven habría deseado.

A Travis King jamás le había faltado compañía femenina y Mercy tenía por seguro que tampoco le faltaba ahora. ila no había quedado inmune a su magnetismo.

Pero debía centrarse en su trabajo, así que continuó, dejando a un lado aquellos pensamientos.

Le presionó en un lateral, a la altura de las costillas.

—¿Te duele?

—¡Ay! Bueno… no mucho.

—Ya —ella continuó examinándolo. Luego agarró el fonendoscopio y comprobó el corazón y los pulmones. Sintió su piel cálida sobre las manos y experimentó una sensación muy agradable. Debajo del aséptico olor a hospital, pudo apreciar el aroma masculino de su cuerpo.

Mercy se desconcertó ante el efecto que todo aquello provocaba en ella. Estaba claro que la carencia total de vida sentimental estaba afectando a su profesionalidad. Pero, a pesar de todo, no era normal que aquello le ocurriera. Y, menos aún, con Travis. ¿Cuántas veces le habría ayudado a encontrarse con Kenny cuando sus padres se negaban a que lo viera?

La impresión de volver a verlo estaba causando estragos en ella, eso era todo. Además, no se habían vuelto a encontrar desde el funeral de Kenny.

Simplemente era una mezcla de resentimiento y nostalgia que se traducían en algo más físico.

Pero no iba a permitirle al dolor volver a instalarse en ella. Había luchado mucho para dejar atrás ciertas cosas.

Una enfermera, apresurada, entró en la consulta.

—Doctora Holt, hay un posible caso de úlcera gástrica en la sala cuatro.

—En seguida estaré allí, Sandy. Lila, vete a ayudar —las dos enfermeras se apresuraron a ayudar al paciente. La presión de su trabajo era en ocasiones un poco excesiva, aunque no podía negar que era eso, en parte, lo que le atraía de su profesión.

Mercy terminó el examen con una serie de preguntas que fue anotando en una hoja.

—¿Cuál es su veredicto, doctora?

—Necesito ver las radiografías antes que nada. Pero, de momento, no veo ninguna costilla rota. Eso sí, nada te va a salvar de un tremendo cardenal en el costado.

—Los he tenido peores.

—Seguro— Pero para tu cabeza, vamos a necesitar un cirujano plástico.

—¿No puedes hacerlo tú?

—Bueno sí, pero…

—Entonces hazlo. No tengo intención alguna de pasarme aquí toda la noche —la miró de reojo un momento—. Puedo confiar en ti para que no me dejes la cara hecha un cromo.

—Hombre, gracias por tu voto de confianza.

—Nena, la última vez que te vi, todavía eras reina de la belleza de Flat Fork. Es la referencia más reciente que tengo.

Sin saber porqué, se sintió repentinamente insegura.

—Algunas avanzamos mientras otros se quedan en el mismo punto de su necedad.

—Lo que significa, ¿qué?

—Que algunos prefieren pasarse toda su vida haciendo el idiota sobre un toro y convertirse dos veces en campeones nacionales de rodeo, en lugar de hacer algo útil.

Levantó las cejas tan sorprendido por el juicio de valor como por lo informada que estaba de sus actividades en el ruedo.

—Tu opinión sobre los rodeos ha cambiado mucho.

—Sí, muchas cosas han cambiado mucho —Mercy se sorprendió a sí misma por la dureza con que acababa de decir aquello. Había

incluso cierta rabia en su voz—. Bueno, Travis, parece que, después de todo, va a ser verdad lo de que hoy ha sido tu día de suerte.

Se puso los guantes y se dispuso a curar la herida. Lo anestesió localmente y comenzó.

El la miraba.

—Si eso es lo que sientes, ¿cómo es que todavía estás al día de lo que ocurre?

—¿Quién te ha dicho que lo estoy? Simplemente es que mi madre me mantiene al día de las hazañas del hijo favorito de la ciudad.

La noticia lo sorprendió de tal modo, que no pudo contener un gesto anonadado. Le parecía increíble que Joycelyn Holt, gran matrona de la prominente sociedad de Flat Fork y esposa del honorable juez Jonathan Holt, pudiera seguir los pasos de un vaquero insignificante como él.

—¿De verdad?

—Sí, eres toda una celebridad —Mercy frunció el ceño mientras terminaba de coser. Aquello era increíble. Tenia delante la prueba tácita del peligro que Travis corría cada vez que montaba un toro, sin contar con otras muchas cuestiones que, por Olfato profesional intuía que había.

—Travis, ¿has tenido alguna vez problemas con…?

La entrada de Sandy, aún más alterada que la vez anterior, la interrumpió.

—Doctora Holt, la necesitamos. La madre no llega al quirófano, va a dar a luz ya.

—¡Dios mío! Termina esto por mí. Mercy se quitó los guantes y se lavó las manos—. Lo siento, Travis, Sandy se ocupará de ti. No te marches, necesito verte más tarde.

—No, señora, no me moveré de aquí, te lo aseguro —dijo él, completamente inmóvil sobre la camilla.

Después de una úlcera, gemelos y un caso de neumonía, Mercy recogió las radiografías de Travis.

Estaba cansada. Ya quedaba poco para que su turno acabara, aunque dudaba mucho que pudiera salir a tiempo. No es que tuviera prisa por llegar a su apartamento vacío. La idea de enfrentarse a otra cena congelada y una cama sin hacer no resultaba excesivamente atractiva.

Pero, después de lodo, esa era su vida, la que había elegido y por la que había trabajado muy duro.

No se quejaba de nada. Le gustaba mucho su trabajo, era un reto continuo. Pero los rigores de tanta entrega a veces la mermaban. Especialmente por no poder compartirlos con nadie.

Le volvió a la memoria la imagen de Kenny, aquel primer amor que había perdido tan trágicamente, y su desastroso matrimonio años después.

A pesar de haber sido una boda en toda regla, con un novio en toda regla, según el criterio de ciertos sectores, Rick Hulen se había saltado tanta regla y la había abandonado por otra mujer.

Desde entonces, se había concentrado en su trabajo. Estaba claro que las relaciones de pareja no eran su especialidad.

Mercy agitó la cabeza, como para desprenderse de todos aquellos recuerdos. No tenía por costumbre dejarse llevar por sentimentalismos. Estaba claro que la presencia de Travis había alterado sus ritmos normales, un visitante del pasado al que, encima, tenía que radiografiar. Cuanto antes desapareciera de su vista, mejor.

Llegó a la sala en la que Travis estaba. Se había puesto la camisa y estaba sentado en una silla, con las piernas estiradas al frente y el sombrero sobre la cara.

Mercy no pudo evitar una sonrisa. Travis levantó el sombrero y la miró.

—Por mí no tengas prisa —le dijo.

—Siento haberte hecho esperar tanto —sacó la radiografía y la miró—. No parece haber nada grave así a primera vista.

—Bien —dijo el mientras se ponía de pie—. Estoy deseando salir de aquí.

—No tan de prisa— Tengo intenciones de hospitalizarte para que te tengan en observación toda la noche.

El la miró con el ceño fruncido.

—¡Ni hablar! Estoy perfectamente.

—Yo no coincido contigo.

—Escucha, mi cabeza es mucho más dura de lo que parece.

—No me preocupa tu cabeza. Es la zona del sacro la que me preocupa —limitó a eso su explicación, sin decirle que temía la posibilidad de un pinzamiento en la espina dorsal—. Solicitaré unos

análisis para primera hora de la mañana y, después…

—Me niego, Mercy.

Ella contuvo la exasperación que le producía aquella actitud irresponsable.

—¿Quién es el médico aquí?

—Mira, lo único que realmente me tortura es el agujero que siento aquí dentro —dijo él señalando a su tripa—. En el momento en que pudiera llenarlo con un buen filete ya no habría problema. ¿Cuándo sales de aquí? Te podría invitar a uno.

—No suelo comer carne roja.

—Pues, seguramente, te convendría —dijo él con una sonrisa muy persuasiva—. Conozco un sitio fantástico en Rosemont.

—Travis, esto es importante…

—Pero pueden esperar, ¿no?

Ella dudó.

—No es prudente.

—Lo que pregunto es si soy capaz de salir de aquí por mi propio pie.

—Sí, claro, pero…

El asintió.

—Lo ves.

Ella insistió de nuevo.

—No puedo enfatizar suficientemente la necesidad de comprobar cómo está esa zona. Las consecuencias de no tomar medidas a tiempo pueden ser serias.

—Nena, no tengo intención alguna de pasar la noche aquí por una razón de peso.

—¿Cuál?

El se acercó a ella y le habló al oído.

—No soportaría verme con una de esas batitas verdes que le hacen a uno parecer un trapo de cocina con patas.

Mercy no pudo evitar un escalofrío al sentir su respiración sobre el cuello.

—Esto no se puede tomar a broma.

La miró con una sonrisa. Se dio cuenta de que estaba cansada.

—Puede que no. Mira, te propongo un trato: me dejas que te invite a cenar y tú intentas convencerme delante de un buen plato de buey.

Mercy se sintió consternada. Travis era parte de un pasado que no quería recuperar.

—Yo no necesito cenar y, sin embargo, tú necesitas hacerte esas pruebas ya.

—Hasta los médicos tienen que comer de vez en cuando.

—No soy buena compañía después de haber tenido un turno de trabajo como el de hoy. Además, puede que pase más de una hora hasta que yo pueda salir.

—No tengo prisa.

—Pero…

—Venga, Mercy, no me lo pongas tan difícil. A menos que tengas un novio esperando en casa.

—No —dijo ella rápidamente.

—Oí que te habías casado.

—Se terminó casi antes de empezar.

El la miró seductoramente.

—Vamos, por los viejos tiempos.

—No creo que sea una buena idea —dijo ella sinceramente y se sorprendió al intuir algo parecido a dolor en los ojos de Travis.

—Eres un poco despiadada, Mercy Holt —dijo él, pero pronto se desvaneció todo atisbo de lo que fuera que había visto ella—. Está bien, tú ganas. Si acompañas a este viejo vaquero a recuperar fuerzas, vendré a hacerme las pruebas dentro de un par de días.

—Eso se llama chantaje.

—Bueno, mi destino está en tus manos.

—¿No me engañarás?

—Palabra de boy scout.

Ella sonrió. Al fin y al cabo, qué podía perder. Era una mujer adulta capaz de controlar sus emociones. No había que darle a una simple cena más importancia de la que tenia.

—De acuerdo —dijo ella sin emoción.

—¡Vaya! Tu entusiasmo podría acabar con la autoestima de cualquiera.

—Nunca te das por satisfecho, ¿eh, vaquero?

Sus ojos brillaron con intensidad.

—Eso es lo que me hace ser un ganador.

Aquella era la prueba definitiva. Estaba perdiendo su encanto.

Travis aparcó la furgoneta con el logo de campeón mundial en la

puerta y el de la Asociación de vaqueros de rodeo profesionales justo frente a la puerta de Mercy.

Era un barrio tranquilo, nada presuntuoso, justo al lado del jardín botánico. Eran las tres de la mañana de aquel día de Hallowen, hacía frío y la calle estaba desierta. Nada se movía, ni siquiera la cabeza rubia que reposaba sobre su hombro.

Sonrió para sí. ¿Qué haría si sus compañeros de rodeo lo vieran ahora?

Su lema era: Ámalas y déjalas. Y el resultado de su pseudo conquista de la noche era una cabeza sobre su hombro. Sin duda, su compañía no era tan divertida como solía ser, pues había logrado dormir a su acompañante. ¡Después de haberse tomado la molestia de cambiarse la camisa en los servicios del hospital!

Al menos, Mercy había esperado a terminarse la cena, el vino y haber escuchado unas cuantas historias para caer como un bebé en los brazos del sueño.

Eso sí, la había hecho reír, lo que no solía ocurrirle con frecuencia, dado el trabajo que tenía. La verdad es que no tenía muy claro si sentirse insultado o halagado por un acto tan sincero como el de quedarse dormida.

La sujetó con cuidado, pasándole el brazo por debajo de la nuca. Una cascada de pelo dorado le había caído sobre la mejilla y él se la retiró cuidadosamente.

Olía a flores y a mujer. Tal vez, aquello no había sido tan mal negocio, después de todo, pues sólo contemplar el espectáculo merecía la pena. Sin su bata rígida e impecable, la doctora Holt parecía vulnerable y femenina.

La miró con detenimiento. Aquel rostro perfecto que un día lo había dejado sin aliento parecía, a la luz de los años, aún más hermoso. Y, eso, le dolió. No, no eran las magulladuras del golpe recibido al caer desde un toro. Era arrepentimiento. Habría dado cualquier cosa por que las cosas hubieran sido de otro modo.

Mercy se removió y farfulló algo sin sentido. Hacía frío y, a pesar de su jersey grueso, la noche tejana lo estaba dejando helado.

—Mercy, nena. Ya hemos llegado.

Agitó las pestañas como alas de mariposa y dejó entrever esos ojos azules como un cielo de verano. Sonrió lánguidamente y le pasó el dedo por el bigote.

—No me acostumbro a eso.

El tacto de su mano lo electrificó. Se la agarró rápidamente, desconcertado por aquel placer tan doloroso.

Su voz sonó excesivamente ruda para la ocasión.

—Es una seña de identidad. Me siento desnudo sin él.

De pronto, ella dio un salto y cierta expresión de horror se reflejó en su rostro.

—¿Qué hora es?

—Tarde.

Ella se tocó la mejilla enrojecida.

—No puedo creer que me haya quedado dormida. Lo siento.

—No te preocupes —dijo él, mientras abría la puerta—. Creo que ya es demasiado tarde para ti. Venga, te acompaño hasta la puerta.

—No hace falta —abrió el bolso y sacó las llaves—. Gracias por la cena…

El levantó una ceja.

—Ya sabes, mi madre me dio una educación a la antigua, así es que no hay posibilidad de discusión.

Ella dudó unos segundos. Él la agarró del codo y la llevó hasta la casa. En menos de un minuto, él ya estaba en su casa y la observaba mientras encendía las luces.

Desde luego, aquello no era lo que él se esperaba.

El apartamento era espacioso, pero austero. Había una pila de cartas sin abrir sobre el aparador y un montón de revistas sin leer. Al fondo, tenía una cesta llena de ropa sin lavar, por la que rebosaban batas de médico.

La barra de cocina que separaba la parle del salón de la cocina estaba llena de basura, incluido un ramo de flores de supermercado que había muerto en su envoltorio.

Había libros por todas partes, pero ninguna foto, ningún cuadro que hablase de la persona que habitaba allí, sólo una pared llena de placas y diplomas.

—Está toda hecho un desastre —dijo ella, mientras escondía la cesta de la ropa sucia detrás del sofá—, No tengo tiempo de mantener las cosas en orden.

—No te disculpes. Si tenemos en cuenta que yo me paso la mayor parte de mi vida en habitaciones de motel, esto es más que

un lujo para mi vista. No tengo tiempo para flores y, menos aún, para alguien especial que las comparta conmigo.

—No me estarás diciendo que te falta compañía femenina, porque, simplemente, no te creo. Te he visto esta noche desplegando tus encantos y créeme, son muchos.

El sonrió, complacido por aquel reconocimiento.

—Así es que, después de todo, hasta te has divertido…

Ella se quitó la chaqueta y la dejó sobre un taburete. Tenía un aspecto cansado y frágil.

—Te ofrecería una taza de café, pero es demasiado tarde y…

Él jugó con el sombrero que llevaba en la mano.

—Sí, tienes razón. Lo mejor será que me vaya.

—Me alegro de haberte visto de nuevo. ¿A dónde vas después?

—A la ciudad de Okiahoma, la próxima semana. Tengo que ir a ver a un hombre que puede que tenga un toro para mí.

—¿Cómo es eso?

—Sam Prestan y yo estamos empezando con un negocio. Nos ocupamos de cuidar toros para los rodeos. King & Prestan Company se llama.

—¿Sam, el hermano de Kenny? —preguntó ella, realmente sorprendida, pues Sam y él no eran, lo que se dice, el prototipo de socios que se podía esperar.

—¿Extraño? Ya ves. Estamos trabajando duro. Yo soy el que da la cara y él el que lleva el negocio desde Flat Fork. La cosa puede ir bastante bien si tenemos un poco de suerte. ¿Sabías que Sam se casó con Ron i Daniels?

—No, no lo sabía. Me alegro mucho.

Hubo un silencio tenso. Luego, Travis extendió la mano y se la ofreció.

—Buenas noches.

Ella se mojó los labios y le ofreció su mano.

—Tendrás que quitarte los puntos dentro de unos días.

—Me conozco la rutina.

—Y, sobre esos análisis, si me llamas te los haré cuando puedas.

—Mercy… —dijo él, con la mirada fija en las manos que se acababan de estrechar—. Tengo que confesarte algo.

—¿Sí?

—No necesito hacerme esas pruebas.

—Pero Travis, me prometiste…
—Ya me las he hecho.
—¿Cómo?
—Todas y cada una de las que son necesarias según todos los libros de medicina.
Ella retiró la mano.
—¿Y cuál fue el resultado?
El se encogió de hombros.
—Tengo ciertos problemillas. Algo crónico, pero nada que no pueda superar.
—Te habrán dicho que no vuelvas a montar —afirmó ella.
—Me hablaron sobre los riesgos que corría si seguía haciéndolo. Pero, qué demonios, no es peor que lo que les ocurre a otros mil vaqueros como yo y no son, ni con mucho, tan buenos como yo.
—Así es que sigues montando, ¿aún a riesgo de qué? ¿De quedarle paralítico o algo peor? —dijo ella furiosa, pero con una frialdad implacable—. Me parece una estupidez.
—Eso es lo que significa ser campeón mundial —levantó la mano como para aplacar su ira—. Te aseguro que sé lo que me hago. Además, eso es parte del juego.
—¿Juego? —ella escupió la palabra con rabia—. ¿Eso fue para ti todo lo sucedido esta noche? Me mentiste para que aceptara tu invitación, usaste mis sentimientos por ti para poder manipularme. Muchas gracias, amigo.
—No fue así —dijo él exasperado—. Sólo quería cenar con alguien a quien no había visto en años.
—Lo que está claro es que ni tú, ni tu monumental ego habéis cambiado en absoluto, Travis King. No eres un niño, por favor ¿No te das cuenta de que puedes acabar en una silla de ruedas? ¿O te has hecho adicto al miedo?
El sarcasmo de sus palabras lo hirieron en lo más profundo.
—Espera un minuto. ¿Es que tú te crees doña perfecta? Mírate. También necesitas la secreción de adrenalina, si no, no serías médico en un hospital.
—Eso no es cierto.
—¿No? Mira a tu alrededor. Eso es lo único que tienes en tu vida. Aparte, sólo hay un decrépito apartamento y una carencia total de vida privada yo al menos, tengo una hebilla grande en mi

cinturón.

—Que te sirve para reconfortar a un montón de mujeres que no se quedarán en tu cama más de media hora.

Travis sintió que se le encendían las mejillas de rabia.

—No se quejan.

—No, claro que no. Esas pobres adolescentes que se rinden a tus pies después de cada rodeo no tienen con quién compararte. No han tenido tiempo para tanto —Mercy levantó la barbilla—. Me gustaría ver como te lo haces con alguien de tu tamaño.

El la miró con intensidad.

—Veamos.

Le pasó la mano por la nuca y la atrajo hacia si con fuerza, sus bocas se encontraron. Ella agarró con fuerza las solapas de su chaqueta, en un esfuerzo vano por apartarse de él. El brazo de Travis le rodeó la cintura, y ella se dejó llevar. Sentía la boca inflamada por la furia, caliente por el beso.

Después de unos segundos, él ya había olvidado que lo había llevado a cometer aquel acto impío. Lo que importaba era el hambre, un hambre feroz de años cuyo único alimento era ella.

Lentamente, fue cediendo la presión, se hizo paso entre sus labios con suavidad, recorrió con maestría cada lugar recóndito de su boca. Ella se dejaba desvanecer sobre su cuerpo, se derretía en sus caderas, permitía a sus muslos entrelazarse con su carne. Ninguno sabía porqué estaban así, sólo que iba a terminar mucho antes de empezar.

Travis se separó lentamente y miró a Mercy a los ojos. Inmediatamente, se arrepintió de lo que acababa de suceder.

Sus ojos tenían el azul grisáceo que precede a una tormenta.

—Será mejor que te vayas —le dijo.

—Mercy, yo…

Ella le dio la espalda.

—Vete

Así lo hizo. En seguida se encontró en su furgoneta, con las piernas temblorosas y un sabor amargo en la garganta. No sabía cómo había llegado hasta no sabía dónde. Pero estaba y se sentía mal.

—¡Maldición! —repitió una y otra vez.

Acababa de estropearlo todo. De no haber sido porque era

demasiado hombre, habría llorado. Tenía tantas ganas de hacerlo… ¿Qué le había ocurrido? Un pequeño roce de aquellos labios y ya había caído en sus redes, enamorado de aquella niña rica como un adolescente. Tal y como lo estuviera en el pasado.

Pero había sido imposible entonces porque era la chica de su mejor amigo.

Y era imposible ahora, porque había matado a Kenny y ella nunca podría superar aquello.

Capítulo Dos

Mercy se retiró el pelo de la cara y miró el plato. La sopa congelada que se disponía a meter en el microondas tenía un aspecto deleznable. Si a eso se añadía el nudo estomacal que la oprimía, las posibilidades de que aquel líquido pastoso la reconfortara eran más bien mínimas. Tenía, sin embargo, que comer algo antes de empezar en el turno de noche. La culpa de todo la había tenido aquel beso devastador de Travis King.

Sí, eso había sido exactamente: devastador, sin contar con otros calificativos como provocativo, sexy, evocador y tremendamente desconcertante.

¡Maldito perversor de mujeres inocentes!

Pero lo peor era lo que le había gustado a ella. Con un gemido lastimero escondió la cara entre las manos.

En lugar de dormir, que era lo que debía haber hecho, se había dedicado a dar vueltas en la cama tratando de entender lo que había sucedido.

¿Cómo había ocurrido aquello con un hombre que se suponía su amigo? La había arrastrado a ello con las artes más sutiles.

Mentirosa. Lo deseaba más que nada.

Se sintió culpable, una culpabilidad que le golpeaba el pecho mientras sentía el calor de la sopa deslizándose por la traquea.

Si se hubiera atrevido a ser honesta consigo misma, habría tenido que admitir que había deseado aquello desde que tenía diecisiete años, independientemente del hecho de que fuera la chica de Kenny Prestan. Siempre había observado a Travis, sus artimañas para conquistar mujeres y se había preguntado qué era lo que les ofrecía.

Mal, muy mal. «Eso no es digno de ti, Mercedes Lee", se dijo a sí

misma. «Crece de una vez».

Se acercó al montón de platos sucios que había en el fregadero. Sabía que tenía que meterlos en el lavaplatos, pero también sabía que no tenía ganas.

Se le hacía un mundo.

Abrió la puerta corredera de cristal y salió al pequeño patio trasero. Se veían las luces de los coches en el bulevar y el ruido de un tráfico intenso.

El aire estaba limpio y tenía un dulce aroma a hierba. Sintió un escalofrío al intuir tantos recuerdos que se peleaban por entrar a la vez en su cabeza.

Apareció la habitación de un motel y el eco de una puerta cerrada con fuerza.

—¿Por qué se pone así Kenny? No lo entiendo —la voz de Mercy temblaba.

—No deberías haberlo sorprendido de este modo. Venir aquí por sorpresa no ha sido una de tus mejores ideas —le dijo Travis. Tenía su imagen, vestido con unos vaqueros, desnudo de cintura para arriba, con un gran cardenal por causa de una caída.

—He conducido durante cuatro horas sólo para verlo —dijo ella indignada.

La habitación olía a rancio. Era el lugar idóneo para una pareja de vaqueros que venían a participar a un rodeo de segunda categoría en una pequeña ciudad de Tejas.

—A veces pienso que no le gusto en absoluto-dijo ella con un puchero.

—Está loco por ti.

—¿Entonces por qué se ha ido de ese modo?

Travis respiró profundamente y se apoyó en un armario de plástico repleto de botellas de cerveza vacías.

—No le gusta que te escabullas de ese modo.

—¡No me estoy escabullendo!

—Pues lo parece. Apareces así, en mitad de la noche. ¿Tus padres saben dónde estás?

Ella se ruborizó.

—No, no exactamente.

El levantó una ceja.

—Así que la niña se ha escabullido en su descapotable, para pasar desapercibida.

—Tengo dieciocho años y puedo hacer lo que quiera.

Ella se retiró el pelo de la cara y levantó la barbilla.

—Sabes, para Kenny no es fácil la situación con tu padre. El honorable juez Holt piensa que un vaquero no es suficiente para su hija y tú empeoras las cosas con tu comportamiento.

—Mis padres no entiende nada —dijo ella—. No es mi culpa que ellos sigan viviendo en la edad de piedra.

—Crece, por favor, Mercy. Los adultos no se tratan de ese modo. Si fueras sincera con ellos…

—Deja de tratarme como si fuera una mocosa. Eso es, exactamente, lo que ellos hacen. Jamás me escuchan cuando les hablo de estudiar medicina, de mis amigos o de que me quiero marchar de Flat Fork.

—Lo que no quieren es que te compliques la vida con un muerto de hambre y he de confesar que te comprendo. Tal vez, lo que verdaderamente te resulta atractivo de Kenny es, precisamente, ese desafío.

Ella lo miró indignada.

—No digas eso. Quiero a Kenny.

—Bueno, a veces tienes formas muy extrañas de demostrárselo. Lo has puesto en una situación complicada— ¿Cuándo vas a aprender a pensar antes de actuar?

—Si le parece tan mal todo esto, ¿por qué te has prestado a hacer de intermediario? —preguntó ella.

—Porque soy amigo de Kenny.

—Y el hombre al que amo. Y tú me dices que ahora me odia sólo porque necesitaba verlo y he venido hasta aquí. ¿Es que todo lo hago mal?

Aquella condena provocó en Mercy un río de lágrimas que habría desarmado a cualquiera.

Travis no iba a ser menos, así es que se lanzó, cual caballero andante, al arte del consuelo. Ella se dejó caer sobre la cama y hundió la cara entre las ropas.

—Vamos, nena, déjalo ya. No llores, ojitos azules —la cama se hundió bajo el peso de Travis y arropó a Mercy con su cuerpo—. No

soporto verte llorar.

—¿Por qué el amor tiene que ser tan doloroso? —sin dejar de sollozar se abrazó a él. Tenía un torso musculoso y fuerte. Olía a jabón y a hombre.

—El amor cae a veces en los lugares más inusitados o inapropiados. Supongo que no lo hace a propósito.

—¿Por qué Kenny no me entiende? Tú sí me entiendes, ¿verdad, Travis? Muchas veces desearía…

—Venga, no llores más —él la reconfortó con un suave beso en la sien mientras te acariciaba los brazos desnudos.

Mercy sintió un escalofrío y se quedó casi sin respiración. Tenía la sensación de que, de pronto, hubiera desaparecido todo el oxígeno de la habitación.

Él murmuró unas palabras ininteligibles y sorbió las lágrimas de ella mientras recorría sus párpados con los labios. Ella abrió la boca, anticipando… ¿qué?

Él también parecía estar esperando. Sus alientos estaban sólo a unos milímetros, y sus ojos se clavaban como espadas sedientas.

Confundida y avergonzada, Mercy apartó la cabeza. No podía estar sintiendo aquello, ¿verdad?

Era más que una necesidad el impulso que la instaba a besarlo. ¿Estaba loca o, simplemente, era esa luz misteriosa que iluminaba sus ojos?

¿Qué habría hecho él si ella le hubiera enlazado los brazos al cuello? ¿Qué habría hecho ella si en ese momento él hubiera respondido a ese impulso? O lo que habría sido mucho peor, ¿qué habría hecho si la hubiera rechazado?

La idea de un desastre como aquel hizo que recuperara la lucidez inmediatamente, el gesto de él se relajó. Ella en aquel instante sintió que todo había sido producto de su imaginación.

—Verdaderamente, señorita Mercy, se le pone una cara horrorosa cuando llora —él sonrió.

Ella se apartó y se limpió la cara con el bajo de su camisa. ¿Dios santo, se habría dado cuenta de lo que estaba pensado?

—Lo siento —murmuró ella, sin saber exactamente si se disculpaba por el llanto o por esos impulsos inconfesables.

—No te preocupes, princesa. Es lógico que estés triste —Travis se levantó y se puso una camisa de vaquero con incrustaciones de

perlas y unas botas—. Voy a buscar a Kenny. Seguro que ya se le habrá pasado el enfado. Tú sabes que no puede estar enfadado contigo mucho tiempo. Lo tienes atrapado.

Ella tragó saliva.

—¿Tú crees?

—Estoy convencido —abrió la puerta y sonrió, pero de algún modo sus ojos desmintieron esa sonrisa—. Seguro que ya se ha calmado.

—Eso espero —Mercy se quedó pensativa e impulsivamente le preguntó algo—. Travis, ¿has estado enamorado alguna vez?

El se quedó petrificado. Luego, sonrió de nuevo.

—Claro, nena. Me enamoro cada diez minutos, más o menos. El problema es que suelo desenamorarme a los cinco minutos.

De repente, una ráfaga de viento frío golpeó el rostro de Mercy y le alborotó el pelo.

Eso era lo que había ocurrido entonces y volvía a ocurrir en el presente Era una lástima, pero algunas cosas y algunos hombres jamás cambiaban.

Mercy sintió un escalofrío, del que culpó al viento de la noche y se metió en la casa. Pero era más el sabor de aquel beso furtivo dejado con tanta furia que la climatología ambiental la que provocaba esos efectos en su cuerpo menudo.

Había muchas cosas sin aclarar en su relación con Travis King, cosas sobre Kenny, sobre el modo en que murió, sobre cómo desapareció King tras la muerte de su amigo. Además, por primera vez se estaba dando cuenta de que, en aquel momento, no había perdido a un hombre, sino a dos.

Aquello no era, sin embargo, más que agua pasada y no estaba dispuesta a remover las cenizas. No volvería a ver a Travis en su vida, eso era lo mejor.

Como si sus buenos propósitos hubieran evocado a algún espíritu errante, sonó el timbre de la puerta. Llámese instinto o lógica deductiva, pero Mercy sabia a ciencia cierta quién era mucho antes de abrir la puerta. A pesar de todo, cuando lo vio, con un hermoso ramo de flores en la mano y una sonrisa jovial de niño bueno, se sintió tan desconcertada que no pudo reaccionar.

—He venido a pedir disculpas.

Ella se quedó inmóvil en la puerta, aceptó el ramo de rosas y narcisos, y observó al hombre cabizbajo que, con humildad, sujetaba el sombrero a la altura del regazo.

—Esto no era necesario —dijo ella mientras olía el aroma de las flores.

—Para mí, sí. Tu amistad es mucho más importante que nada en el mundo. Creo que ha sido una estupidez ponerla en peligro de un modo tan idiota. Dime que no lo he fastidiado todo.

—No, claro que no —ella buscó una buena excusa para justificar la actuación de ambos—. Después de tanto tiempo sin vernos… estábamos muy emocionados y, bueno…

—Me alegro de oírte decir todo eso.

Ella miró al ramo.

—Gracias, son preciosas. ¿Quieres pasar?

—No, mejor no —él sonrió—. No me gustaría tentar a la suerte. Además, tú te tienes que ir a trabajar, ¿no?

Ella no pudo evitar un sentimiento de decepción, pero no lo hizo patente.

—Sí, supongo que tienes razón.

—Bueno, me voy —se puso el sombrero—. Sólo quiero que hagas algo por mí.

—Si puedo…

—Esos capullos me han costado un ojo de la cara. Me gustaría que las metieras en agua. Ella se ruborizó y asintió, aunque en su gesto había cierta amargura.

—Sí, lo haré ahora mismo.

Aquella tristeza en los ojos hizo que Travis dudará unos segundos. Luego, extendió la mano y le pasó los nudillos por la mejilla.

—Bueno, nos vemos.

Mercy no cerró la puerta hasta que el tacón de la bota no había desaparecido en lontananza.

Se encaminó a la cocina y deshizo el nudo que ataba el celofán del ramo. Las manos le temblaban.

Sacó un jarrón que le había regalado su madre y que jamás había salido de su caja hasta aquel preciso instante y colocó las rosas.

Nos vemos, había dicho él. Pero no, no era una buena idea. No con la historia tragicómica que había entre ellos; no, teniendo en cuenta que el mero tacto de sus dedos le provocaba una explosión dentro. Juntos eran como un camión cargado de nitroglicerina. Ella tenía una profesión en la que pensar, responsabilidades, mucho por hacer en su vida.

Lo último que necesitaba era un vaquero huidizo que le complicara la vida. Tenía que evitarlo como fuera.

—¿Cómo se llama el hombre que va de negro?

—Johnny Cash

Mercy estaba terminando el turno. Aquel era el último paciente del que se ocupaba.

—No, ése no. Me refiero al otro —dijo la enfermera, señalando con el bolígrafo.

Mercy levantó la vista y no pudo evitar que una burbuja de alegría le bailara en el pecho.

—Travis, ¿qué estás haciendo aquí? ¿Te ocurre algo? Te duele la cabeza o…

—Pare, pare, doctora —Travis levantó la mano—. Todo va bien. Sólo soy un vaquero solitario en busca de un poco de compañía. ¿Cuándo puedo esperar de ti un poco de atención?

—Travis, no creo…

—Ya he terminado —dijo la enfermera—. Hasta mañana, doctora Holt

—Vamos, princesa —dijo Travis, apoyando los pulgares sobre la hebilla del cinturón—. Te invito a cenar. ¿O prefieres que te invite a desayunar?

Era tan tentador e irresistible… pero, instintivamente ella sabía que lo único que le podía acarrear era problemas. Así es que se recordó a sí misma sus propósitos de ser razonable.

—Gracias, pero realmente no puedo. Tengo que lavar ropa y recoger un poco la casa…

Travis chasqueó la lengua, la agarró del brazo y se la llevó hacia la puerta.

—Eso no es una vida apropiada para una preciosidad como tú.

—No todos somos animales de juerga continua —su tono era algo crispado, pero eso no pareció afectar a Travis en absoluto.

—Tienes que oler flores de vez en cuando, ojitos azules.

—Eso he oído.

—Ah

—Y tu ramo me está sirviendo para llenar ese vacío. Las he puesto en un bonito jarrón y las he nutrido con kilos de aspirinas, para que duren eternamente. Y, si, huelo esas malditas flores quiera o no.

Realmente no había forma de eludir su olor. Cada vez que habría la puerta un aroma delicioso golpeaba el sentido olfativo.

Travis sonrió satisfecho.

—Lo ves —dijo él—. Soy una buena influencia para ti.

Mercy lo miró de reojo.

—Déjame en paz, Travis King. Me conozco tus artimañas. Nadie es tan endemoniado como tú.

Él se puso la mano en el corazón.

—Puede ser. Pero tampoco tan divertido. Y a ti no te viene nada mal eso.

—Yo estoy perfectamente —protestó ella.

—Claro. Pero eso no implica que no necesites que alguien se ocupe de ti. Así es que vamos, estás bajo prescripción médica del doctor King.

Ignoró por completo sus protestas, la metió en la furgoneta y la llevó hasta Stockyards, una parte turística, llena de tiendas, restaurantes y garitos nocturnos.

La invitó a comer unas buenas costillas en Rickys Barbeque y, después, la llevó al famoso Billy Bob's Tejas, donde, Mercy no se extrañó de que el vaquero recibiera efusivos saludos de todas las mujeres que se encontraba.

Aunque a lo largo de la noche no dejaron de reírse, lo que hizo que, poco a poco, fueran recobrando aquella vieja amistad, ella no bajó la guardia en ningún momento. Había peligro y no debía olvidarlo.

No obstante, cuando Travis la llevó a casa y rehusó la invitación de un café, Mercy no pudo negar que se sentía cansada pero feliz.

Sin duda el capítulo de la diversión faltaba en el libro de su vida y, a partir de entonces, se aseguraría de tomar buena nota de ello. Claro, que no iba a ser lo mismo cuando Travis se hubiera marchado.

En los días siguientes, el vaquero apareció continuamente,

siempre por sorpresa, en el momento más inesperado y con un plan cada día más descabellado.

Desayunaron ostras, vieron una película culta en el horario de madrugada, incluso le dio un masaje en los pies.

El día que él se marchaba a Oklahoma para inspeccionar unos toros, dejó encargada una pizza para que ella no se quedara sin cenar.

Mercy no estaba acostumbrada a tantas atenciones. La verdad era que se sentía incluso un poco culpable por aceptarlas. Pero era difícil detener al huracán Travis cuando se ponía a desparramar esa simpatía que lo caracterizaba. Así es que, llegó un momento en que ella ya ni se molestaba en negarse.

En más de una ocasión se preguntaba por los motivos que podría tener él para actuar de aquel modo, pero prefería evitar deducciones que pudieran dejarla mortificada. Lo único que debía tener claro era que aquel hombre, como cualquier huracán, aparecía y desaparecía con la misma rapidez.

Al menos, le quedaba la constancia de que su amistad seguía intacta aún después de tantos años.

Travis tocó el timbre. Sí, allí estaba, a la puerta de Mercy, cuando debía de haber agarrado, hacía ya tiempo, el avión que lo debía llevar a Colorado Springs aquel fin de semana.

Sin embargo, se encontraba apostado a la entrada de un túnel, en espera de que una mujer le diera un par de palmaditas en el lomo y lo mandara a dormir.

En los últimos días había sido con ella tan dulce como un merengue. Además, se había comportado como un monje de clausura, cuando lo que realmente habría deseado era devorar con avidez aquella boca insinuante, y comprobar si lo que recordaba de aquel beso furtivo había sido realidad o mera imaginación.

Su estrategia basada en un platonismo de Judas pronto habría de dar frutos.

La puerta se abrió y mostró la figura caótica de una Mercy en albornoz.

—¡Travis..! Yo…

—Hola, ojitos azules —el aspecto desperfecto de su contertulia,

no hizo sino avivar su imaginación en lo que a ausencia de ropa se refería. Se preguntó si, debajo de aquel trozo informe de felpa verde habría un cuerpo deliciosamente desnudo.

—Bueno, este no es un buen momento. Me quería dar un baño antes de ir a trabajar.

—Ya sé que soy un incordio, pero me preguntaba…

—¿Sí?

Se tocó el vendaje.

—Me preguntaba si me podrías ayudar con esto. Tengo una cita con un toro en Colorado Springs mañana por la noche y quiero estar radiante.

—¿Te vas…? —ella se detuvo ahí, pero no pudo evitar que él apreciara el tono decepcionado en que había formulado la pregunta.

—Sí. Me voy a Colorado y luego vuelvo a Flat Fork.

—Así es que si a ti no te importa jugar a los médicos conmigo…

Ella dudó.

—Claro.

Una vez dentro, él pudo oír el ruido del grifo corriendo.

—Tómate el baño con calma, mientras el agua siga caliente. Luego me quitas esto y desaparezco de tu vista.

Mientras ella se metía al baño, Travis observó que el salón-cocina seguía en el mismo estado de caos que hacía unos días.

Se encogió de hombros, colgó el sombrero y se puso manos a la obra.

—¡Cielo santo! ¿Qué ha pasado aquí?

Travis levantó la cara de la pila que acababa de dejar reluciente y se encontró la mirada horrorizada de Mercy.

Seguía envuelta en el albornoz. La piel le brillaba por la ducha que se acababa de dar y tenía el pelo envuelto en una toalla. Llevaba un maletín de médico en una mano.

El torció el bigote.

—Creo que se llama trabajo casero.

Ella miró anonadada a la cocina resplandeciente y al orden imperante en la pequeña sala de estar.

—Me siento fatal, de verdad, no deberías de haber hecho esto, Travis.

El se secó las manos y dejó el trapo en su sitio.

—Relájate, princesa. Llevo mucho tiempo siendo un soltero y me

he convertido en un cocinitas estupendo. Además, considero que necesitas una pequeña recompensa por tus servicios médicos.

—Seguro que piensas que soy un desastre —dijo ella avergonzada.

—No, no lo pienso, lo sé. Pero creo que una médico atareada como tú se puede permitir el lujo de serlo. Pero, ¿por qué no contratas a alguien para que te ayude?

—Es que he estado…

—Sí, ya sé, muy ocupada. Nena, necesitas tener una vida privada —le aseguró él mientras se sentaba en una silla.

—Mi vida está bien como está —dijo ella. Agarró unas tijeras de su maletín y se puso manos a la obra.

—¡Oye! No me vas a hacer daño, ¿verdad?

—Creía que los vaqueros eran inmunes al dolor —dijo ella mientras le levantaba la barbilla con un dedo y comenzaba a quitarle el vendaje.

El respiró profundamente al sentir el pequeño dolor que le provocaba el quitarle los puntos. Pero, lo que realmente lo mareaba era el olor a fémina, a flores y a champú que rezumaba ella.

—Hay un mito que los caballeros del ruedo mantenemos vivo para atraer a las mujeres —dijo él.

—¿Cuál es?

—Dímelo tú.

Ella lo miró anonadada. No entendía a qué se refería.

—Sabes, no podemos seguir así.

—¿Así cómo?

—Viéndonos como vampiros, por la noche. ¿Cuándo vas a tener unas vacaciones? Me gustaría verte a la luz del día.

Ella soltó una pequeña carcajada.

—¿Para qué? ¿Para poder verme las patas de gallo? La luz nocturna es el mejor cirujano plástico del mundo.

La agarró del codo y la colocó entre sus piernas.

Tiró de la toalla que le cubría el pelo y la mata dorada y húmeda le cayó sobre los hombros. No importaba lo fría que fingiese ser. Sentía algo por él.

—Sabes que estás mucho más guapa que a los dieciocho años.

Ella se tensó.

—No hagas esto.

—¿Qué?
—Jugar conmigo.
—¿Qué te hace pensar que es un juego?
—Sigues siendo el mismo King que las ama y las abandonas.
—Puede que sí o puede que no —la agarró de la cintura y la atrajo hacia sí.
Le deslizó la mano por la nuca.
—¡Estate quieto, Travis! Estás tocando terreno peligroso.
—Eso es exactamente lo que quiero.
—Creía que había quedado claro todo entre nosotros. Tú eres de los que tiene una muñequita esperándote en cada puerto. Yo no estoy dispuesta a ser la cama caliente de un vaquero rutilante y menos tuya.
La agarró con más fuerza.
—Consideraré la oferta, cariño, si juegas con las cartas apropiadas.
—Déjame en paz. No estoy interesada.
—Mentirosa. Tú sabes que hay algo entre nosotros.
—Nada importante —dijo ella, con esa mirada de princesa que desprecia a un villano—. Nada por lo que tomarse molestias.
Aquellas palabras le llegaron al corazón, a la parte más susceptible de sentir dolor. Por supuesto, quién era él para atreverse con aquella alta dama. No tenía nada que ofrecerle a esa niña rica.
El sonrió, pero no había humor en esa sonrisa.
—La señorita Mercy Holt, fría y calculadora. ¿Por qué será que no me sorprende esa actitud?
—Porque sabes que soy demasiado inteligente como para caer rendida a los pies de un vaquero —le respondió ella con furia—. Estoy segura de que hay cientos de cabezas huecas por ahí que lo hacen gustosas.
El sonrió con malicia.
—Tienes toda la razón. No te necesito para nada. Tengo en el plato manjares mucho más apetitosos que una niña mimada que nunca ha crecido. Claro que podría haber sido interesante mientras durara. Nunca se sabe lo que te depara el destino.
Ella dejó escapar toda su ira.
—¡Eres un ser despreciable! Algún día te arrepentirás…
—No obstante, sentiría mucho decepcionarte.

Se aproximó con un movimiento compulsivo, y cubrió sus labios con su boca. Una protesta inaudible se intuyó, pero no lo detuvo. Se sentía herido, desilusionado, furioso, y aquel beso era una venganza necesaria, la necesidad hecha traición.

Exploró su boca, metió las manos por su albornoz, hasta encontrar la tierna carne de sus senos.

Ella se curvó de placer y los pezones se le endurecieron, inflamados por un deseo incontrolable del que quería renegar.

Todo cambió en un instante. Una tormenta de verano, distante al principio, se precipitó con una lluvia de rayos y truenos. Hambrientos e insaciables se buscaban el uno al otro.

Ella se apoyó sobre la barra de la cocina. Tenía los hombros descubiertos y sentía las caricias de aquellas manos masculinas como un reclamo inevitable.

En aquel preciso instante, el teléfono sonó, discordante, intruso como el rugido de una pantera en una guardería.

—¡Dios santo, Mercy! —le susurró él al oído. Después, le acarició la nuca y comenzó a besarle el cuello.

—¡Estate quieto!

El se apartó de ella y levantó las manos como un ladrón cazado in franganti. Ella se apartó, mientras le recomponía el albornoz. Un brillo de lágrimas le iluminaba los ojos.

—Mercy…

—Maldito seas, Travis —el teléfono seguía repicando implacable —. ¡No tienes derecho a hacerme esto!

No, claro que no lo tenía. Pero, de algún modo, era patente que la rabia iba más dirigida hacia ella misma que hacia él.

Le tendió la mano.

—Nena, no hay nada malo en lo que sentimos…

Ella ignoró su gesto y lo miró con la frialdad del hielo.

—Es la típica mentalidad de una ciudad pequeña. Menos mal que salí de allí a tiempo. Y no tengo intenciones de volver jamás. No necesito esto. No te quiero cerca de mí. Lárgate, vaquero, y déjame tranquila.

Finalmente, agarró el teléfono.

—¿Sí? Dígame.

Travis se quedó inmóvil. No sabia si sería capaz de volverse a mover nunca después de aquel doloroso rechazo.

Lo cierto era que esta vez sí que lo había estropeado todo. No podía hacer otra cosa más que desaparecer. Buscó su sombrero. No sabía dónde lo había puesto.

—¿Cómo? Mamá, tranquilízate, no puedo… Sí. ¿Está en el hospital de Flat Fork? Sí. El doctor Hazelton, supongo… Por supuesto, voy para allá

Mercy colgó el teléfono. Estaba demudada y descompuesta. Travis la miró interrogante—. Mi padre ha sufrido un ataque al corazón.

Capítulo Tres

—Ya estamos llegando. ¿Quieres parar en tu casa primero?

La pregunta sacó a Mercy del ensimismamiento en que se había sumergido durante las dos horas de viaje a Flat Fork.

Sentía frío, aún a pesar de la potente calefacción del vehículo.

La gran mansión apareció majestuosa, pero poco acogedora. Como siempre le había ocurrido, aquella grandiosidad no era sino una invitación a la huida.

—No, vamos directamente al hospital.

Travis no respondió, se limitó a seguir sus indicaciones.

Mercy miraba por la ventanilla. Flat Fork había cambiado muy poco desde su última visita hacía un año.

Pero esta vez, las circunstancias hacían que lo viese todo con otros ojos. Aquel símbolo del ayer no era nada en aquel momento. Sólo importaba su padre.

“Por favor, que se ponga bien”, pensó ella.

Una mano reconfortante se apoyó sobre su hombro, como si su acompañante hubiera escuchado su ruego.

—Estaremos allí en menos de un minuto.

—Sí, gracias —dijo ella.

Pero su tacto le provocó un estremecimiento impropio del momento y las circunstancias. A pesar de la ansiedad que le causaba la enfermedad de su padre, el magnetismo de aquel hombre seguía perturbándola. Además, el recuerdo de su encuentro furtivo hacía que sentimientos opuestos se batieran a duelo dentro de ella, por un lado el remordimiento, por otro la necesidad de aquel cuerpo.

¿Qué habría ocurrido si aquella llamada no los hubiera interrumpido? Habría acabado entregándose a él allí mismo, en la

cocina de su casa.

Después de un amor truncado y un matrimonio fracasado se creía inmune a todo. Pero no, no sólo no era inmune, sino que era capaz de sentir deseo por un hombre al que casi consideraba su hermano.

Todo había cambiado, sin embargo. Ya no había amistad entre ellos y eso la descorazonaba. ¿Cómo había podido destruir algo realmente intenso por un minuto de placer que ni siquiera había sabido disfrutar? La vida, a veces, era realmente absurda.

Y, al conocer la noticia de la enfermedad de su padre, se había comportado como el típico machito. El se encargaría de todo, no tenia de qué preocuparse. La llevaría hasta allí de inmediato.

Después de todo, tal vez estaba siendo injusta. Simplemente se había prestado como un amigo… ¿Un amigo?

Ella había aceptado su apoyo, viniera de quien viniera. La verdad era que lo necesitaba.

Mientras estaba sumergida en esos pensamientos, llegaron al hospital. Era un pequeño edificio que albergaba sólo cincuenta camas. Los casos realmente urgentes iban en ambulancia o helicóptero a Ft. Worth.

Ante ellos apareció el cartel de urgencias.

—Ya estamos aquí —dijo él. Pero Mercy ni siquiera lo escuchó, pues antes de que el vehículo se detuviera por completo ya había abierto la puerta.

Se dirigió apresurada a la entrada que halló cerrada. Frustrada, comenzó a golpear el cristal.

—Cierran después de la hora de visitas —dijo él—. Pero ahí hay una puerta pequeña por la que se puede entrar.

—Menos mal que lo conoces —dijo ella sin detenerse un momento.

—A la fuerza ahorcan. He estado aquí más veces que en mi propia casa —respondió él.

Mercy no pudo evitar que el estómago se le encogiera al recordar el peligro del trabajo que desempeñaba. ¿Qué le importaba a ella lo que él hiciera? Como médico, ya le había advertido del riesgo que corría. El resto era asunto suyo. En aquel instante su única preocupación debía ser su padre.

Una enfermera se aproximó a ellos.

—¡Menos mal que ya has llegado! El doctor sabía que vendrías en seguida.

Mercy dudó unos segundos.

—Sí… soy la hija del juez Holt.

—Lo sé, Mercy. ¿No te acuerdas de mí? Soy Jeanne Potter.

No. No tenía ni la más remota noción de quién era Jeanne Potter. Pero, después de todo, era normal. Al juez y a su familia los conocía mucha gente. Eso no implicaba que fuera lo mismo a la inversa.

—¡Sí, claro! Perdón, estoy tan confusa con todo lo que ha sucedido.

—No te preocupes, es normal. Está en la habitación veintitrés —mientras los acompañaba, saludó a Travis—. ¿Qué tal estás?

—Ahí andamos. ¿Qué tal anda Ross?

—Sufriendo con la espalda. Pero sobrevivirá. Gracias por preguntar.

—A Sam le gustaron mucho los toros que le enseñó. Para la primavera lo llamaré, a ver si podemos concretar algo.

—Muy bien.

La familiaridad con que Travis trataba a la enfermera incrementó la extraña sensación que Mercy tenía en la boca del estómago. A veces, se sentía realmente desplazada. Le había ocurrido toda la vida y eso la hacía comportarse de un modo frío y distante. La gente solía interpretarlo como una señal de engreimiento, pero era, más bien, inseguridad.

Fuera de Flat Fork había podido cambiar esa actitud. Entre sus pacientes tenía fama de ser un médico cálido y comprensivo. Gracias a Dios, no tendría que volver a vivir en esa ciudad.

—Esta es la habitación veintitrés —dijo Travis.

Mercy se detuvo y abrió la puerta. Travis la siguió.

Su padre estaba postrado en la cama, rodeado de aparatos que le controlaban el ritmo cardíaco. A los pies, sentada en una silla, había una mujer de pelo gris. Al oír la puerta alzó la cabeza.

—¡Mercedes! —exclamó Joycelyn Holt, vestida con elegancia suprema y con esa figura aristocrática que siempre la caracterizó. Se aproximó a su hija y la abrazó.

—Mamá —respondió ella con un nudo en la garganta.

Joy se apartó y la miró de arriba abajo.

—Tienes que hacer algo con esos pelos que llevas. ¡Me alegro tanto de que estés aquí!

—¿Qué tal está?

—Me gustaría que no hablarais de mí como si ya tuviera un pie en la tumba —protestó una voz desde la cama—. Todavía no estoy muerto.

Joycelyn dio un profundo suspiro.

—No cambiará nunca.

Aquella era una buena señal. Mercy se sintió aliviada y se apresuró hacia su padre. La mascarilla de oxígeno y su difícil respiración la tomaron por sorpresa, pero sonrió a pesar de todo. Le agarró la mano y comenzó a tomarle el pulso.

—Hola, papá. Ya veo que sigues portándote mal, como de costumbre.

—Vamos, tómame la temperatura y déjame seguir protestando —dijo él con un intento de sonrisa.

—Sí, señor, como ordenéis. ¿Qué tal le encuentras?

—Como cinco kilos de patatas comprimidos en el saco de un kilo de lentejas —respondió él—. Ese maldito Hazelton me lo está poniendo difícil. Me alegro de que estés aquí. ¿Puedes sacarme de esta inmunda pocilga?

Su esposa suspiró de nuevo.

—Jonathan, por favor.

—Depende de cómo te portes, papá —respondió Mercy—. Me gustaría ver el parte médico…

En ese instante, la puerta se abrió y el doctor Eugene Hazelton entró como si fuera un diminuto tornado, seguido de la eficiente Jeanne Potter.

Hazelton miró al vaquero que había apostado junto a la puerta.

—Travis King —se aproximó a él, para estrecharle la mano—. ¿Cómo andas?

—Bien, doctor.

—Vaya, eso es un cambio —dijo el doctor Hazelton con una ligera carcajada—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Travis se encogió de hombros.

—He traído a Mercy desde la ciudad.

—Es usted muy amable, señor King —dijo Joycelyn. La extrema formalidad de su agradecimiento era, sin duda, un recordatorio de

que Travis nunca había pertenecido a la clase con la que los Holt se codeaban. Mercy no pudo evitar un gesto disconforme, pero Travis se limitó a asentir.

—Siempre contento de poder ayudar, señora. Me saldré mientras… —miró a Mercy—. Te espero fuera.

Desapareció por la puerta y ella sintió que se le encendían las mejillas ante las miradas especulativas de los demás. Rápidamente, se dirigió al doctor con un tono profesional.

—¿Cómo está mi padre?

Diez minutos después Mercy siguió al doctor Hazelton y a Jeanne al pasillo.

—Mañana por la mañana ya veremos cómo va. Mientras tanto intenta convencer a tu madre para que descanse.

—Sí, gracias, doctor.

Cuando la figura blanca había desaparecido en la distancia, otra salió de las sombras. Era Travis, cuyo atuendo negro lo había hecho casi invisible en la oscuridad. La presencia del vaquero alteró todas las constantes vitales de Mercy. ¿Qué le ocurría? Aquellas reacciones se estaban convirtiendo en algo francamente molesto.

—¿Qué tal está tu padre?

—Podría estar mucho peor —el tono aliviado de su respuesta dio más claves que su críptico comentario. Finalmente le dio una somera explicación médica que implicaba que esta vez había tenido suerte. Si descansaba y seguía el tratamiento adecuado, tenía todas las posibilidades de recuperarse favorablemente—. Esto ha sido un primer aviso. Va a tener que asumir cambios radicales en su vida.

—Duro para un hombre como él.

—Algunos son peores —dijo ella con una mirada acusadora. Estaba claro que su padre y él eran tal para cual, cabezotas e irresponsables en cuanto al cuidado de su cuerpo.

Pero, después de todo, ella no era quien para criticar a ninguno de los dos.

Mercy suspiró y se apartó el pelo de la cara. Su madre en seguida vendría a decirle que se lo recogiera, como hacía cuando era una adolescente. Y ella lo haría, sólo por no discutir.

Ya era hora de despedir a Travis y así lo iba a hacer.

—Bueno, me voy a quedar aquí esta noche y puede que no vuelva a verte. Gracias por todo.

Travis la miró con una sonrisa malévola en los ojos.

—No te vas a librar de mí tan fácilmente.

Sus palabras le provocaron a Mercy una sacudida por la columna vertebral.

—Te agradezco mucho todo lo que has hecho por mí esta noche, pero no quiero entretenerte más, así que te dejo ir.

Travis no pudo ocultar el dolor que le acababa de provocar sus palabras, pero la aparición de Joy acalló toda respuesta.

—Mamá, creo que deberías irte a casa. No vas a hacerle a papá ningún favor agotándote más de lo necesario. Yo me quedaré. Estoy acostumbrada al turno de noche.

—Para mí sería un honor llevarla a su casa, señora Holt —se ofreció Travis.

—Gracias, señor King, pero no sería capaz de dormir en casa. Tal vez, mañana —Joy apretó la mano de su hija—. Saber que estás aquí me ayuda un montón.

—Claro, mami. El doctor y yo hemos quedado en que papá podrá volver a casa en un par de días. Luego me quedaré un par de días más para ver cómo va evolucionando antes de volver a Ft. Worth.

—¡Mercedes Lee Holt! —protestó la madre—. No puedes hacernos eso.

Mercy la miró anonadada, sin poder adivinar qué exactamente había hecho mal esta vez.

—¿Haceros qué?

—Tu padre ha estado a punto de morir y en lo único que piensas es en cuándo podrás irte de aquí —un río de lágrimas comenzó a rodar—. ¿Cómo puedes ser tan insensible?

Mercy miró las húmedas mejillas de su madre con auténtico desconcierto. Jamás la había visto llorar, pues estropeaba el maquillaje.

—Madre, estás exagerando un poco. Sólo quería decir que…

—Yo sola no puedo con esto. Ya has oído al médico. Tu padre tendrá que seguir un régimen estricto y jamás hace lo que yo le pido que haga. En cuanto lleguemos a casa, se va a poner a trabajar y eso lo va a matar.

—Por favor, no saques las cosas de quicio. El ataque de papá ha sido muy leve y se recuperará sin problemas.

—¡Qué poco conoces a tu padre! —Joy sacó un pañuelo bordado y perfectamente planchado de su bolso—. Sé que odias Flat Fork y que, probablemente también nos odies a tu padre y a mí, pero…

—¡Mamá, eso no es cierto!

—Pero es tu obligación quedarte aquí todo el tiempo que te necesite.

—Ya, pero mi trabajo… Tengo responsabilidades.

—Trabajas demasiado, igual que tu padre.

—Eso es lo que yo le he estado intentado decir, señora Holt —interrumpió Travis. Mercy le lanzó una mirada asesina y él sonrió plácidamente.

—Gracias, señor King —dijo Joy —. Me alegro de no ser la única que se ha dado cuenta. Mercedes, no te voy a permitir utilizar tu trabajo como excusa. Sé a ciencia cierta que tienes semanas y semanas de vacaciones acumuladas, pues jamás te dignas a venir a casa.

—Mamá, mi trabajo requiere mucha dedicación. No es que no quiera veros y estar con vosotros.

—Entonces, pruébalo. Quédate con nosotros hasta el día de Acción de Gracias. ¿Es eso mucho pedir a una hija?

—¿Tres semanas? —la idea se le apareció como un infierno. Tres semanas atrapada en aquel pequeño lugar y bajo el techo paterno. Mercy tragó saliva con dificultad—. Realmente no creo que me sea posible. Por supuesto que me quedaré aquí el tiempo que papá me necesite, pero será mejor que vayamos viendo las cosas sobre la marcha.

—Si, ya veo dónde están tus prioridades. Tú, tú y siempre tú —la amarga decepción de aquellas palabras le llegó al corazón.

—Bueno, puedo ver el modo de solucionarlo, quizás…

—Mejor que así sea —dijo Joy en un tono cortante. Se dio la vuelta y se metió en la habitación.

Mercy se dejó caer sobre la pared del pasillo.

—¡Dios!

Travis le colocó una mano reconfortante sobre el hombro.

—Está nerviosa por lo que le ha ocurrido a tu padre. No le tomes en consideración nada de lo que diga.

—¿Es que crees que no conozco a mi propia madre? —Mercy se apartó de él. Estaba a punto de estallar y lo único que necesitaba

era un objetivo que estuviera lo suficientemente cerca como para no fallar el disparo—. Estoy harta de que te metas en mi vida con ese estilo tuyo de estar pero no comprometerle con nada. Deja de obligarme a hacer cosas que no quiero.

Travis sintió un huracán contenido dentro. Su respuesta salió certera y peligrosa.

—Tiene gracia. No me pareció que te quejaras antes.

Ella casi se atraganta de la rabia que sintió.

—Eso ha sido un maldito error, y tú lo sabes.

—Puede que me engañara, pero a mí me dio la sensación de que a ti no te lo pareció en su momento, no a juzgar por le modo en que te apoyabas sobre la barra y gemías en mis brazos.

Ella se puso roja de ira.

—He dicho que fue un error. Así es que quédate con tus consejos, tus cenas y tus provocaciones, vaquero. Lo creas o no, soy perfectamente capaz de vivir mi vida sin que un majadero con el ego del tamaño de una catedral me diga lo que debo hacer.

—Dejaré pasar eso porque sé que tú también estás preocupada por el juez.

Su concesión la hizo sentir pueril y pequeña.

Acabó por completo con todo intento de autocontrol.

—Escucha, no necesito que me hagas favores. Ya he tenido mi ración y me siento llena. Desaparece.

El hizo una mueca parecida a una sonrisa.

—Eso es lo que me gusta de ti, un minuto eres dulce como un merengue y al siguiente eres el mismísimo demonio.

—Guárdate tus adulaciones para alguna caza vaqueros, porque aquí caen en vacío. Ya te he dado las gracias, así es que, ¿a qué esperas para desaparecer de mi vida?

—Claro que me iré, si eso es lo que tú quieres. Pero recuerda una cosa.

—¿Qué?

Con estudiada insolencia, le pasó el pulgar por los labios, luego la agarró de la nuca, provocándole un escalofrío y la soltó bruscamente.

—Nos vemos —dijo él. Se dio media vuelta y se marchó.

* * *

—Ese toro es un ejemplar de primera

—Si, señor —dijo Travis. El capital era limitado.

—Muy bien hecho, socio —Sam Preston le dio una palmada en el hombro a su colega y este se retorció de dolor—. ¡Oye! ¿No me digas que te tiraron por tierra en Colorado?

Travis hizo una mueca.

—Digamos que me podría haber ahorrado el billete de avión.

Estoicismo. Eso era lo que hacía de un vaquero un gran campeón. Pero la realidad era que el fin de semana había hecho la peor actuación que podía recordar. Otra como ésa y se quedaba en el vertedero de vaqueros inútiles. No podía permitirse aquello, King & Preston necesitaba el dinero.

Sin embargo, a parte del bolsillo vacío, el orgullo vapuleado y el cuerpo hecho trizas, lo que le había hecho daño era Mercy Holt. Ella era la culpable de todas sus desgracias. No se había podido concentrar durante el rodeo.

Claro que, si se lo decía, su respuesta sería: «Ya te había advertido que no debías volver a montar.»

Lo mejor que podía hacer era cambiar de tema.

—¿El sheriff a averiguado algo de las cabezas que nos faltan?

—Nada, no sabe nada.

—Ya van tres, ¿no?

—Cuatro. Tres en los pastos del norte y una en tus tierras.

—¡Maldita sea!

—Sí. La verdad es que es muy fácil. Cortan la alambrada, se los llevan en un camión y los convierten en hamburguesas.

Travis gimió ante la idea.

—Creo que nos va a tocar vigilar.

—Sí, no nos podemos permitir tanto robo. No sé porqué nos hemos convertido en su blanco favorito. La verdad es que no sé quien pueda ser, una banda organizada o un grupo de críos… ¿quién sabe?

—El otro día vi un grupo de adolescentes que no me dieron muy buena espina merodeando por allí —dijo Travis.

—¿Reconociste a alguno?

—No. Se largaron en una especie de viejo camión antes de que pudiera verlos con claridad. Tenían todo el aspecto de andar buscando problemas.

—O huyendo de ellos —dijo Sam—. Tal vez la asistenta social de

jóvenes sepa algo. ¿Como se llamaba… Jones?

—¿No era Honey? La nieta pelirroja de la vieja Sally.

—Sí, es ella. La verdad es que está haciendo un buen trabajo.

—¿Qué te parece si me acerco a la ciudad esta mañana y voy a verla?

—Buena idea —dijo Sam, mientras abría la puerta de su casa.

Olía a bacon y café recién hecho—. Pero pasa y deja que la ricitos te prepare algo de desayunar.

—Seguro que tu mujer tiene mejores cosas que hacer que alimentar a un vaquero.

—Ya sabes que siempre te ha tratado con especial cuidado.

Travis dejó el sombrero junto a Sam.

—Claro que todo hay que decirlo, la mujer no es especialmente lista, porque se casó contigo.

—Y fue la mejor venta que hizo nunca —Roni Preston se rió desde la puerta. Sus rizos de pelo negro le caían sobre los hombros. A la altura de la cintura una pequeña se le enganchaba con ansia.

—¿Qué tal estás, guapo mío? ¿Quieres un café?

—Bien y sí, por supuesto —Travis extendió las manos, agarró a la niña y se la puso sobre las piernas.

No es que soliera sentir impulsos paternales, pero de vez en cuando sí se veía con un par de pequeñajos corriendo a su alrededor. Y, lo peor era que la mujer de aquel futuro supuesto era Mercy.

Roni le sirvió el café, mientras Sam le explicaba los planes de ir a ver a Honey Jones.

—Desde luego que vale la pena intentarlo —dijo Roni—. Luego, ¿me puedes llevar hasta la ciudad? Tengo el coche en el garaje y me acaban de llamar para decirme que ya está.

—Por supuesto —Travis sonrió y Jessie, la niña, le dio unas palmaditas en la cara y luego lo besó—. Sam, vas a tener que andarte con cuidado. Esta niña ya empieza a besar vaqueros.

—Tengo una escopeta.

—Si por él fuera, terminaría por ser una solterona —dijo Roni con una sonrisa.

Sam se cruzó de brazos.

—Mi obligación como padre es poner dificultades. Por cierto, y hablando de dificultades, ¿qué es eso que he oído sobre tú y

Mercedes Holt? —Travis se tensó.

—Somos amigos. Dio la casualidad de que estaba visitándola cuando llamaron para avisar de lo de su padre, y yo la traje hasta aquí.

Roni sonrió.

—Kyrstal me dijo que a su padre ya lo habían echado del hospital por lo mal paciente que era.

Travis agarró su taza.

—Me alegro, me alegro mucho por Mercy.

Sam lo miró con curiosidad.

—Vaquero, intuyo algo… No me digas…

—¡Oye, no! No saques conclusiones precipitadas…

—Vamos, Travis, suelta —le ordenó Roni. ¿Qué pasa?

Él respiró exasperado.

—Ni yo mismo lo sé —confesó.

Sam se apoyó sobre el armario de la cocina.

—Así es que el teórico del ámalas y abandónalas está atrapado.

—No empieces Sam —dijo Travis—. He partido más de una cabeza por mucho menos.

Sam se rió.

—No le dejes abrumarte, Travis. Y no te preocupes, ya sabes que ninguna dama se te resiste —dijo Roni.

«No, ninguna a excepción de la única que importa», se dijo él.

Capítulo Cuatro

Mercy estaba habituada a vérselas con los traumas, la muerte y la tragedia, padres desesperados, niños histéricos, criminales psicóticos, médicos arrogantes. Había desarrollado todo el aplomo que era necesario.

Sin embargo, aquel paciente en particular le resultaba imposible. Claro, que era su padre, y ella seguía siendo la pequeña de papá.

Mercy suspiró y continuó andando por el pasillo de mármol. Por suerte, el juez había insistido en que todos los papeles referentes a delitos juveniles estuvieran en la oficina de ayuda al joven cuanto antes. No se podía demorar más.

Jonathan era lo que vulgarmente se conoce como un enfermo terrible. Había logrado sacarla completamente de sus casillas. Así es que, sin tomar en consideración el aspecto físico realmente lamentable que tenía, Mercy se había lanzado a la calle. Su madre estaba durmiendo una merecida siesta y Daisy acaba de entrar en la habitación de su padre para atender a una de sus múltiples peticiones.

La verdad era que jamás habría podido pensar que una pequeña escapada a Flat Fork pudiera ser tan reconfortante.

Después de dejar las carpetas, se dirigiría a la pequeña librería que había junto a la farmacia, a ver si conseguía algo para que su padre se entretuviera. Luego, se iba a regalar un delicioso helado de frambuesa con una montaña de nata, tal y como solían hacer Travis, Kenny y ella antes de que todo cambiara.

Antes de que su pensamiento se encaminara a un lugar inadecuado, empujó la puerta de cristal y entró en la oficina.

Una mujer pelirroja, con un uniforme oficial que le confería un aspecto contradictorio, la miró desde su mesa. Su rostro afable la

hacía parecer muy joven, pero la indumentaria la envejecía notablemente.

—¿En qué puedo ayudarla?

—¿Es usted Honoria jones? —dijo Mercy, mientras dejaba una montaña de carpetas sobre el mostrador—. He traído los archivos del juez Holt.

—¡Claro! El acaba de llamar, doctora Holt. Sí, yo soy Honoria, aunque todos me llaman Honey —dijo la mujer con una sonrisa.

Mercy no pudo resistirse a la calidez de su respuesta.

—Y a mí siempre me han llamado Mercy por aquí.

—Conoces a Travis King, ¿verdad?

—Sí… claro —Mercy se colocó un mechón de pelo por detrás de la oreja.

No sabía qué hacer ante el entusiasmo de Honey, y la inesperada presencia de Travis.

Este se levantó del sillón que había semioculto tras una columna. Andaba con dificultad. Estaba claro que se había hecho daño en el rodeo de Colorado Spríng. A Mercy le habría gustado poder reconfortarlo pero, con la misma intensidad, también habría deseado darle una solemne bofetada por ser tan estúpido.

—Travis ha accedido a prestarnos su nombre como reclamo para la barbacoa de la próxima semana.

—¿Qué barbacoa? —preguntó Mercy.

—Estamos organizando una gran fiesta, para recaudar fondos. Algunos muchachos de por aquí necesitan que se les incentive un poco: vacaciones, deporte, algo de sana diversión, para que no se desvíen o vuelvan a tener problemas con la ley. Estoy segura de que se van a vender las entradas por docenas si el nombre de Travis King aparece en los carteles.

—No te excedas en tus esperanzas. No todos tienen tan alta opinión de un miserable vaquero como yo —dijo él, mirando fijamente a Mercy.

Esta sintió una bocanada de calor subirle desde el estómago.

—No digas tonterías. Eres demasiado modesto. Será un éxito garantizado —dijo Honey y, luego, se dirigió de nuevo a Mercy—. Me gustaría que se lo contaras al juez, le va a parecer muy bien la idea.

—Sí, se lo diré. Así es que ha llamado… desde luego este

hombre. Debería estar descansando.

—Está mucho mejor, ¿no? —preguntó Travis.

—Sí. Pero es muy impaciente. Necesita tomarse su tiempo.

—No te envidio en absoluto —dijo Honey con una sonrisa—. Tener al juez como enfermo debe de ser una auténtica tortura. Mira, voy a salir un momento al pasillo y te haré una fotocopia del programa, así tendrá algo con lo que entretenerse.

—Es una idea fantástica —dijo Mercy.

—En seguida vuelvo.

La puerta se cerró y un extraño silencio llenó la sala durante unos segundos.

—Tienes un aspecto terrible, nena.

—Gracias por hacérmelo saber —Mercy rompió el sarcasmo de su voz con un suspiro— Lo siento, Travis. No sé lo que me provoca tanta agresividad. Quiero disculparme por lo del otro día. Dije cosas terribles.

—Los dos lo hicimos.

—Supongo que somos como aceite y agua, imposibles de mezclar. Así que lo mejor será que no lo intentemos. ¿No crees?

Él apoyó la cadera sobre el mostrador.

—¿Mejor para quién?

Ella sintió un nudo en la garganta.

—Para los dos.

—Hay opiniones para todo.

Si un hombre que a ella le hubiera convenido realmente se hubiera mostrado tan devoto e implacable, se habría sentido más que halagada. Pero no era el caso. Cualquier relación con aquel vaquero estaba avocada al fracaso más estrepitoso.

—Travis —una cabeza llena de rizos se asomó por la puerta—. ¿Has terminado ya? ¡Pero, bueno, qué veo! ¡Si es Mercy Holt!

—Roni Daniels. ¡Cuánto me alegro de verte! ¿Qué es de tu vida?

Las dos mujeres se dieron un fuerte abrazo. Se conocían desde niñas y, en ocasiones, habían sido compañeras de aventuras cuando Mercy iba con Travis y Kenny.

—Ya ves, me he convenido en una Preston. ¿Te lo puedes creer, Sam y yo?

—Enhorabuena. Travis me lo contó.

—Con alegría supongo. El tuvo la culpa en parte. Tiene cierta

experiencia en eso del papel de cupido, ¿verdad? —dijo Roni y miró al reloj. Mercy se ruborizó—, Travis, si quieres llegar antes de que cierren será mejor que nos demos prisa.

—Bien —Travis se bajó del mostrador.

Honey entró en la oficina, saludó a Roni y le dio los papeles a Mercy.

—Aquí tienes.

—Tenemos que vernos antes de que te marches, ¿me lo prometes?

—Sí, claro —dijo Mercy, sin intención alguna de cumplir su promesa.

—Y, yo, por supuesto, espero que vayas a la barbacoa en representación del juez.

Mercy dobló los papeles y los metió en una carpeta.

—La verdad es que no sé si me va a ser posible. No creo que esté aquí durante mucho más tiempo.

—Pensé que te ibas a quedar hasta el día de Acción de Gracias —dijo Travis con cierta sequedad—, ¿No me digas que en el hospital no te han dado permiso?

La realidad era que la administración había sido bastante complaciente y le había concedido, sin problemas, el tiempo que necesitara. Tenía acumuladas vacaciones de años.

—Simplemente me resulta difícil hacer planes ahora mismo. No me voy a quedar en Flat Fork para siempre. Lo entiendes, ¿no, Honey?

La mujer no ocultó su decepción, pero asintió.

—Bueno, si cambias de planes, házmelo saber.

—Vamos, King —dijo Roni—. Hasta pronto, Mercy.

Travis se dispuso a salir, pero antes se aproximó a ella y, en un susurró le dijo algo al oído.

—Para ser una chica tan lista, te pasas demasiado tiempo evitando cosas.

—¿Qué quieres decir?

—Que por mucho que lo intentes no te vas a poder pasar toda tu vida huyendo.

Mercy abrió la puerta y vio que su padre dormía plácidamente.

Ella también estada cansada. La tarde había sido difícil y había tenido que mandar a su madre con una bolsa de hielo en la cabeza.

Atravesó el pasillo y se metió en su dormitorio.

La esmerada y cursi decoración de aquel su supuesto santuario, no ayudaba en exceso a relajar su agitada cabeza. Papel de florecitas rosa, lazos y encajes hacían de aquel un recalcitrante espacio que incitaba más a la huida que a cualquier otra cosa.

Gracias a que la tenue luz de una pequeña lámpara victoriana ayudaba a difuminar el recargado decorado.

Se acercó a la ventana y dejó que sus pensamientos se perdieran en la oscuridad de la noche, como un prisionero que anhelaba el vacío como la única esperanza de libertad. Se ahogaba. La relación con sus padres siempre había sido asfixiante.

Todavía sentía que tenía que superar los miedos y las inseguridades que eso le había provocado.

Aunque su familia estaba, de algún modo, feliz por sus éxitos, siempre pesaba el desconcierto que les había provocado que se convirtiera en médico.

Eso había sido para ellos un golpe aún más duro que su divorcio.

Por todo aquello, Mercy sabia que necesitaba mantener una distancia razonable, aunque no le entristecía que así tuviera que ser.

Sin embargo, en la situación en que se hallaba, ni siquiera podía lograr eso. Semejante panorama, junto con haber tenido que dejar su trabajo temporalmente y los últimos encuentros con Travis la habían dejado fuera de juego, sin defensas, capaz de estallar de un momento a otro.

Mercy apoyó la mano sobre el cristal frío. Siempre le había ocurrido lo mismo. Aquel sentimiento de opresión le provocaba una explosión salvaje, incontrolable, en su interior, llevándola a hacer cosas de las que después se arrepentía. Tenía que luchar consigo misma para luchar contra aquel impulso. Pero valía la pena el esfuerzo, pues el resultado de dicho ejercicio de disciplina le había dado frutos muy valiosos. Esa era otra razón para haberse negado a seguir sus instintos, para haber mantenido a Travis King a distancia.

El era la única persona que había logrado en años llevarla al punto de casi perder el control.

Sí, estaba claro, lo que hacía era huir. Travis tenía toda la razón. Le había costado mucho construirse una vida para tirarlo todo por

tierra por un minuto de pasión y locura. Las heridas podían ser muy profundas y no tenía fuerzas para recuperarse.

A pesar de todo, en aquel preciso instante, se sentía como un león feroz reclamando salir de su jaula.

Se alejó de la ventana, agarró el camisón y apagó la luz de la lámpara.

En ese preciso instante, una china golpeó el cristal. Ella volvió la cabeza y se quedó escuchando. Un segundo golpecillo vino acompañado de un silbido.

Ella se acercó a la ventana y se asomó.

—¿Quién está ahí? —dijo ella y un montón de recuerdos le vinieron a la cabeza.

—Hola, nena.

La voz de Travis era inconfundible, a pesar de que su oscura figura se confundía con las sombras.

—Travis, ¿qué quieres?

Cuantas veces había llegado hasta allí en horas intempestivas, portador de una carta de otro, o la había ayudado a escaparse en mitad de la noche para un encuentro furtivo con su novio. Muchas más, se habían quedado horas hablando en el garaje mientras el mundo entero dormía.

—¿Puede venir Mercy a jugar un rato?

Mercy sonrió. El viento frío le golpeaba la cara y lanzaba sus cabellos al aire.

—¿Estás chalado?

—Me dedico a montar toros para ganarme la vida. Eso es una prueba clara de ello.

—Pero yo no.

—Bueno, como has dicho que no estarás aquí mucho tiempo, quería saber si le gustaría darte una vuelta por ahí con un viejo amigo.

La tentación estaba allí abajo, vestida de negro, con un enorme bigote que torcía dándole un aspecto vulnerable. Era peligroso, y no debía acceder. Por eso, abrió del todo la ventana y se aventuró a bajar por la estructura que sujetaba la hiedra.

—¡Mercy! ¿Qué demonios estás haciendo? —dijo Travis, realmente asustado por su repentina intrusión en el mundo del circo. Se colocó justo debajo para sujetarla—. ¡Por Dios santo! No

quería decir que bajaras así. Te podrías haber partido el cuello. Eres demasiado vieja para hacer esas tonterías.

Casi sin respiración por la cercanía del vaquero, ella agitó la cabeza.

—Pues parece que no, que no soy demasiado vieja. Además, mira quién fue a hablar.

—Eso es diferente.

Ella se rió.

—No, no lo es. Y no hables tan alto, que vas a despertar a mis viejos. Vamos.

Lo agarró de la mano y lo condujo hacia el garaje, que había sido en tiempos un establo. Entraron y ella lo soltó. Recorrieron uno a uno los diversos automóviles que allí había, piezas de museo algunas, hasta llegar a uno de ellos que permanecía tapado.

—¿Qué haces aquí, Travis?

—No lo sé —admitió él.

Ella comenzó a levantar la lona que cubría el vehículo.

—¿Te acuerdas de este coche?

—Difícil de olvidar —dijo él mientras admiraba el brillo reluciente del viejo Pontiac descapotable rojo—. Muchas cosas habrán sucedido en la parte de atrás de este deportivo. ¿No, Mercy?

Aquella presunción la ofendió. No sabía porqué, era lógica. No respondió, se limitó a abrir la puerta y a meterse dentro. Encontró la llave debajo del asiento del conductor, donde su padre siempre la dejaba.

—¿Te vienes?

—¿A dónde?

—¿Qué importa? —dijo ella. El la miró dudoso. Ella se encogió de hombros y metió la marcha atrás.

—¡Espera! —el dio un salto por la puerta y se colocó en el asiento del copiloto.

Una vez fuera del garaje, Mercy se lanzó a toda velocidad por la carretera, como si quisiera quedarse clavada en la noche.

El viento les golpeaba la cara. Libertad. Aquello era la libertad.

Ella agarraba el volante con fuerza y una risa placentera se le escapo al ver que Travis se agarraba el sombrero.

—¡Más despacio, Mercy! ¿Qué diablos te pasa?

—Este es mi verdadero yo, ¿recuerdas?

—¡Por favor!

Ella siguió sin reducir la velocidad.

—Nunca me acosté con él —dijo ella, gritando contra el viento y el ruido del motor.

—¿Qué?

—Kenny y yo, nunca lo hicimos…

En la carretera apareció un pequeño animal, Mercy dio un volantazo. Las ruedas derraparon y estuvieron a punto de salirse de la carretera. Pero ella no se detuvo, aceleró y continuó el paseo mortal.

Agarrado con furia a la puerta, Travis gritó con voz implorante que se detuviera.

Entonces, ella recordó que él era el que conducía la noche que Kenny murió. Se sintió avergonzada y desaceleró, hasta pararse en un rellano.

—Lo siento —dijo ella, temblando como una niña. Sin pensar, se lanzó a sus brazos y lo invitó a abrazarla.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó él.

—Simplemente agárrame.

Sus brazos la apretaron con tuerza, la reconfortaron. Después de un rato de permanecer así, ella lo miró a la cara.

—¡Nos estamos empapando!

—Si.

El agua goteaba por el ala de su sombrero.

—Y el coche también.

Ella sintió el placentero alivio de una carcajada interna.

—Debemos de parecer un par de idiotas mojándonos aquí dentro.

—La verdad es que podríamos poner la capota.

—Intenta superar los ocho segundos, vaquero. ¿Preparado?

Ambos salieron de coche y cubrieron el descapotable. Una cortina de agua los había empapado por completo. Ella tenía el pelo completamente empapado y a él se le retorcía el bigote por el peso del agua.

La expresión de la cara de él y su aspecto le provocó una risa contagiosa que se transmitió en ondas hasta su acompañante. Ambos se rieron abiertamente durante un rato. Una vez colocado el tcho se metieron en el interior del Pontiac.

—Me encanta oírte reír —dijo él.

—Es fantástico —respondió ella.

La lluvia golpeaba el techo y los cristales. Mercy lo miró intensamente, observó cómo pequeñas gotas de agua se le colaban por los agujeros de la nariz. ¡Cómo echaba de menos la risa, la diversión!

Algo que Travis King había sabido mantener como parte de su vida. Se perdió en sus inmensos ojos oscuros. ¡Cómo habría deseado…!

Antes de poder formular su deseo, un temblor la sacudió. Travis frunció el ceño.

—Déjame conducir.

—¿Por qué?

—No estoy dispuesto a que te agarres una pulmonía. Así es que relájese, doctora, el caballero Travis se encarga de todo ahora.

Travis puso otro trozo de leña en la chimenea, colocó los dos dedos pulgares sobre la hebilla del cinturón y se quedó mirando a las llamas.

Llevaba sólo una toalla sobre los hombros e iba descalzo. Pero al menos los vaqueros estaban secos.

Miró hacia el pasillo. En la habitación del fondo estaba ella, cambiándose de ropa.

Era una casa modesta, sobre lodo comparada con la inmensa mansión de los Holt, pero era confortable. Había preferido traerla aquí para secarse, pues estaban sólo a medio kilómetro de la entrada del rancho.

Volvió a mirar hacia la puerta. No podía quitarse de la cabeza aquella confesión de Mercy. Jamás había hecho el amor con Kenny. No tenía sentido que le importara tanto. Al fin y al cabo había estado casada y el no había sido lo que se decía un santo. Daba igual. Sin embargo, por algún motivo que no acertaba a comprender, el que no hubiera tenido relaciones con Kenny era un alivio.

—Me alegro de haber descubierto en tu armario una camisa que no es negra.

Travis se dio la vuelta y la saliva se le quedó en la garganta. Mercy llevaba una camisa de franela que le cubría casi hasta las rodillas. Se había puesto también unos calcetines largos y se había

peinado el pelo por detrás de las orejas. Pero nada estropeaba el efecto que en aquel preciso instante estaba provocando en su lívido. El se aclaró la garganta y respondió con dificultad.

—De vez en cuando me gusta variar —dijo él—. Me alegro de que te parezca bien.

—He puesto mi ropa mojada en tu secadora. Espero que no te importe —ella se aproximó hacia la chimenea. El aroma de su champú masculino, mezclado con aquella esencia femenina tenía algo de irresistible.

—Bien. Todavía tienes los labios azules del frío. ¿Quieres un poco de brandy?

Ella miró a la taza que él tenía en la mano.

—Tomaré lo mismo que tú.

—Chocolate caliente

Ella sonrió.

—Realmente sabes cómo vivir salvajemente, ¿eh, vaquero?

—Hace tiempo que dejé de beber. Tómate éste. Yo iré a por otro.

Antes de que tuviera tiempo a darse la vuelta, ella dio un sorbo al chocolate. Después, con la lengua, capturó la espuma que se había quedado sobre los labios. Aquello le provocó a él un vuelco en el estómago. ¿Estaba siendo provocativa o él tenía tanta hambre que veía cosas que no existían?

Mercy se colocó la taza sobre el pecho para sentir su calor y comenzó a dar vueltas por la habitación.

—Tienes una casa preciosa.

—Me siento bien en ella —le dijo él. Era el tipo de casa apropiada para un hombre como él. Aunque sí le faltaba un ligero toque femenino. Si ella quisiera dárselo…— Lo único malo es que paso aquí menos tiempo del que me gustaría.

—No te pierdes mucho. ¿Qué hay en Flat Fork?

—Mi hogar. Y un montón de gente trabajadora que me ayuda. Durante mis ausencias, Sam y sus braceros me cuidan esto. Y la verdad es que hecho de menos la rutina del día a día de los vaqueros y la diversión de ir a cazar cuatreros.

—¿Cuatreros?

—Sí. Últimamente nos han estado robando ganado. Sospechamos que son unos críos que andan merodeando por allí.

—Por eso fuiste a hablar con Honey Jones, ¿no es así? O sea

que, después de todo esto no es el paraíso.

—Pero tendrás que admitir que no es un mal sitio para crecer.

Ella se retiró el pelo de la cara.

—Como dice Einstein, todo es relativo.

—Yo creo que es un buen lugar para tener una familia —su cálida mirada la agarró desprevenida—. Ya sabes, dos niños, un perro… esas cosas. ¿Nunca has pensado en ello?

—No —su respuesta fue demasiado rotunda—. ¿Qué te parece si me llenas el vaso, vaquero?

—Te vas a emborrachar con tanto chocolate. ¿Quieres ahogar tus penas? —se dio la vuelta para encaminarse hacia la cocina. Ella, entonces, dio un grito, le arrancó la toalla y le tocó el inmenso moretón que tenía en un costado.

—¿Esto es lo que le has hecho en Colorado Spring?

—Además de el ridículo más espantoso, sí.

—¿Qué ocurrió?

—Tenía otras cosas en la cabeza.

—Podrías haberle roto el riñón.

Sus palabras salían con furia, pero su tacto era suave, casi sensual.

—¿No sangraste? Y qué me dices de…

—¡Vete al infierno! ¡Estoy perfectamente!

Ella abrió aún más los ojos al ver el corte que le atravesaba el torso desde la clavícula hasta la cintura.

—Además de ser un loco, eres un mentiroso, vaquero.

—Ahórrate los sermones.

—A ver que puedo hacer con esto…

Se aproximó a él con una sonrisa felina y depositó sus labios sobre la herida.

El dio un salto, como si lo acabara de abrasar.

—¿Qué haces?

—Besarte.

Continuó besándole el pecho, el cuello. El sintió que toda la urgencia encerrada en su lívido ponía la señal de alerta.

—Será mejor que sepas lo que estás haciendo, mujer, si no vas a tener problemas —él le agarró la muñeca con fuerza.

Ella se aproximó hasta sus labios y lo besó con intensidad.

—¡Cállale! —volvió a besarlo.

Con un rugido, le soltó la muñeca y la atrajo hacia sí, para que notara qué le había provocado. Ella enlazó los brazos por detrás de su cuello y abrió la boca en un reclamo de más.

La lengua de él la invadió por completo. Sabía a chocolate. Recorrió todas sus curvas con la palma de sus manos, hasta colarse por debajo de la camisa.

Entonces descubrió que estaba completamente desnuda.

La tocó con ansiedad, y ambos se entregaron con la necesidad de dos hambrientos.

Pero, de pronto, un pensamiento le vino a Travis a la cabeza. "Vive peligrosamente". Aquella era la frase que ella usaba en esos instantes de frenetismo, cuando enloquecía y se convertía en el animal salvaje que era entonces.

Sin embargo, pasada la fiebre, venía el arrepentimiento. Y sabía a quién iba a culpar. Sería él el causante de todos sus males, el que se habría aprovechado de ella. No, por muy doloroso que resultara en aquel instante, no estaba dispuesto a pasar por eso. Se separó de ella rápidamente, con la misma furia con que la había tomado en sus brazos.

—¡Ya está bien!

—¿Qué pasa? —completamente confundida, Mercy sonrió—. Te gusta tomar la iniciativa, ¿no es así? Pues adelante.

—¡Estate quieta! Ya hemos ido demasiado lejos.

Ella no cabía en su asombro. La rabia le enrojeció las mejillas. Se apartó de él con furia.

—¡Bueno, lo siento! Pero habría jurado que esto era lo que habías estado persiguiendo durante todo este tiempo.

—No así —dijo él.

—¿Cuál es el problema? ¿Qué yo he tomado la iniciativa? —ella soltó una carcajada áspera—. Típico. ¿Qué pasa, tienes miedo de no podértelo hacer con una mujer de verdad?

—No, es tu estado de ánimo. Te conozco y sé que no estás pensando claramente.

—¿Quién eres tú para juzgarme de ese modo? No estoy dispuesta a que me trates como a una niña caprichosa.

—Entonces no te comportes como tal. Trato de hacer lo que me parece más apropiado en este momento

—Pues perdona, pero no sé porqué esta repentina expresión de

nobleza en un hombre que ha estado intentando meterse en mi cama no me parece muy creíble.

El la agarró del brazo.

—Escucha, tú sabes que te deseo desesperadamente. Pero cuando ocurra, no quiero que luego te arrepientas. Mañana por la mañana te lamentarías de todo esto y tú lo sabes.

Ella se quedó completamente inmóvil, con el gesto de una estatua de hielo.

—Lo único que sé, vaquero, es que me dejaré matar antes de permitir que me vuelvas a tocar.

Capítulo Cinco

—Tienes un aspecto horroroso.

—Gracias, Daisy. Siempre has sabido cómo levantar el ánimo a la gente.

Con un suspiro cansado, Mercy soltó las llaves y el bolso en mitad de la mesa de desayuno y se dejó caer en una de las sillas como un peso muerto.

La afirmación de la vieja señora no era en absoluto falsa. Los vaqueros grandes semiocultos por una enorme camisa de caballero, eso sin mencionar las ojeras de una noche sin dormir, la hacían parecer sacada del estercolero público.

Apoyó los codos sobre la mesa y la cabeza sobre las manos.

—¿Te ayudo con el desayuno?

—Me dejaría matar antes de dejarte poner una pezuña en la cocina. Ya he tenido bastante con lo que ha hecho tu madre con ella, llenándomela de cerámicas y cristales.

—Si me hubieras dado la oportunidad de aprender en su momento no me habría convertido en una inútil total— Daisy la miró incrédula.

—¿Y cuándo mostraste interés alguno en este tipo de cosas? Que yo recuerde, lo único que te importaba era andar de flor en flor.

—Lo que, por desgracia, sigue ocurriendo ahora —allí estaba Joycelyn Holt, de pie junto a la puerta, con un vestido sencillo de color azul y frotándose las manos que tenía con restos de crema hidratante. La expresión de su rostro lo decía todo.

Mercy hizo un gesto parecido a una sonrisa forzada.

—Buenos días, también, mamá.

—No sé cómo le atreves a mirarme a la cara después de lo que has estado haciendo esta noche.

Mercy se levantó y se sirvió una laza de café. Estaba agotada y ese cansancio le daba una claridad mental de la que carecía en otras ocasiones. Puede que sus padres no pudieran cambiar jamás su actitud respecto a ella. Pero, lo que si estaba claro era que ella podía cambiar sus respuestas y sus reacciones, abandonar ese continuo sentimiento de culpabilidad. Tal vez, debía lograr que la imagen que ellos percibían cambiase.

En lugar de dejarse llevar por la rabia, se mantuvo serena.

—¿Y qué se supone que he estado haciendo durante toda la noche?

—Me parece obvio —dijo Joycelyn, expresando con una intensa mirada a su atuendo toda la indignación de la que era capaz—. No has superado tu desafortunada preferencia por los vaqueros.

Tenía toda la razón del mundo. Pero después del rechazo de Travis, lo creía superado. En algún momento entre el anochecer y el amanecer, a unos cincuenta kilómetros de ninguna parte, se había dado cuenta de que tenía mucho que agradecer a Travis. ¿Qué importaban cuáles fueran sus razones para hacer lo que hizo?

En su momento, hacer el amor con él le pareció lo más razonable del mundo. Tal vez, el acoso al que la había sometido la había empujado a terminar algo que parecía no tener fin. O puede que simplemente le apeteciera. Sí, ¿por qué no? Ella también podía sentir ese tipo de necesidades, como cualquier otra mujer. Hacía mucho que no se sentía reconfortada por unos brazos masculinos.

De cualquier forma, Travis tenía razón. Una mujer inteligente como ella no debía jugar con fuego. Y aquel vaquero era puro peligro. Así es que se había evitado un montón de arrepentimientos.

Excepto por una cosa. Se arrepentía de no haber podido hacer el amor con él. Pero ése era su secreto más escondido.

—Y bien, ¿qué tienes que decir en tu defensa?

—Tenemos que hablar de esto.

—Tu conducta no deja de decepcionarme. No te pido tanto. Mercedes, sólo que dejes de comportarte de un modo tan vergonzoso mientras estás aquí para ayudar a tu padre.

—A papá lo atiendo perfectamente. Ya he ido a verlo y he comprobado todas sus constantes. Lo único que lo altera es que no le lleven su zumo de naranja cuando lo requiere.

—Ya voy, ya voy —murmuró Daisy entre dientes.

Agarró la bandeja y desapareció por la puerta de la cocina,
Joycelyn se aproximó a la cafetera y se sirvió una taza de café.

—¿Debo suponer que te has acostado con él?

Mercy se tensó.

—El hecho de que sea un médico reconocido en toda la profesión, así como una mujer adulta, ¿no me da ningún derecho a tener una vida privada?

—Creo que tengo el derecho de saber si las últimas aventuras de mi hija van a servir de cotilleo a toda la comunidad —dijo Joycelyn en un tono exasperado—. ¡Por Dios, Mercedes! Piensa en la posición de tu padre. Espero que, al menos, hayas sido discreta. Si no puedes evitar este tipo de asuntos, al menos podrías tenerlos con alguien más…

Los ojos de Mercy reflejaron toda la rabia contenida.

—¿Más qué?

—Más de tu clase.

—¿Cómo mi maravilloso y adúltero marido? Sí, supongo que ese es el tipo ideal para la insensible Mercedes Lee Holt.

Joycelyn la miró con indignación.

—¿Por qué tienes que ser tan dura?

Mercy sintió un nudo en la garganta y todas sus buenas intenciones cayeron en saco roto ¿Cómo se sentiría su madre si supiera que Travis King había rechazado sus insinuaciones? Durante unos segundos estuvo batallando consigo misma, dispuesta a lanzar la provocativa información como una afrenta.

Por suerte, el teléfono la salvó de la catástrofe.

—¡Hola, Roni! No. Estaba levantada. Sí, supongo que los bebés te obligan a levantarte pronto y con energía. ¿Cuándo? El viernes por la noche… a Rosie's, contigo y con Sam… Ya… Bueno…

Dudó unos segundos. No tenía nada claro que volver a reiniciar su vida social en Flat Fork fuera una buena idea. Entonces, miró a su madre que fruncía el ceño en un gesto desaprobatorio.

—Gracias, Roni —dijo ella con dulzura—. Me encantará veros el viernes.

El viernes por la noche, la carne de Rosie's estaba deliciosa, la música ruidosa y la conversación de Sam y Roni tan fácil de llevar que Mercy se sintió en la gloria. Era la primera vez que se divertía así desde que había llegado a casa.

Después de cenar, decidieron cerrar una noche estupenda con un estupendo juego de fútbol americano.

—Ya veo que aquí se siguen tomando lo del fútbol muy en serio.

Mercy observó con curiosidad a la concurrida asistencia. Algunos llevaban pitos, otros cencerros y todos estaban dispuestos a animar a los Mustangs con su mejor espíritu.

El aire era un poco frío y limpio. Olía a palomitas y a hamburguesas. Había una gran pancarta en una de las gradas que decía; Mustangs, conquistad todo el estado. Una voz profunda, anunció la entrada de los jugadores.

—La verdad es que las semifinales son un gran acontecimiento en la ciudad —dijo Roni, mientras se metía las manos en los bolsillos de plumas.

Mercy sonrió.

Encontraron unos asientos junto al pasillo central. Los Preston no dejaban de saludar a gente, lo que hacía a Mercy sentirse un poco extraña. Innumerables miradas se depositaban sobre ella, lo que la incomodaba enormemente. Se sentó en el lado más próximo al pasillo, con Roni a la derecha.

—Si los Mustangs ganan hoy vas a tener que venir a animarlos en la final. ¿Estarás por aquí? —preguntó Roni.

—Seguramente sí —admitió Mercy—. Lo más probable es que me quede hasta el día de acción de gracias. Aunque la verdad es que mi madre y yo estamos todo el día como el perro y el gato. Pero, para ella, el que yo haya estado aquí durante la convalecencia de mi padre ha sido muy importante. Lo que pasa es que no estoy acostumbrada a permanecer tanto tiempo alejada de la locura del hospital y lo hecho en falla.

—Estoy segura de que el doctor Hazelton te encontraría rápidamente algo que hacer —los ojos de Roni brillaron con cierta malicia—. La verdad es que se está haciendo mayor y se merece la posibilidad de ir tomándoselo con un poco más de calma. Esta ciudad aceptaría sin reparos un médico extra.

—¿Qué estás tramando, malvada? —preguntó Sam, mientras depositaba una mano sobre su rodilla.

—¡Nada! —respondió ella con aire inocente—. Sólo plantaba una semilla.

Sam sonrió.

—¡Qué sutil es! ¿Verdad?
Mercy se rió abiertamente.
—Me halaga la sugerencia. Pero la verdad es que me gusta el lugar en el que trabajo.
Era un buen sitio si uno estaba loco, le gustaba no parar de trabajar, carecer de vida social y no tener ataduras. Así es que debía de estar loca y nadie podía negarlo.
—Bien, bien —comenzó a gritar Roni y se puso de pie, al mismo tiempo que la afición animaba a uno de los jugadores.
Por los altavoces, el presentador iba describiendo la jugada, dando el nombre de los participantes en una u otra.
Cuando Sam y Roni se sentaron, Mercy se dirigió a ellos.
—¡No me digáis que el que habla es…!
Roni asintió.
—Travis. Seguramente el señor Kaplan sigue con gripe. Lo llaman de vez en cuando. Es muy bueno como comentarista.
—Sí —dijo Mercy secamente—. Sabe cómo encauzar a su audiencia por donde él quiere.
—Uno de los canales deportivos de la televisión por cable lo quería contratar. Pero al estar en el circuito de los rodeos no le permite tener un horario fijo.
—Pensé que sólo estaba en rodeos durante el fin de semana —dijo Mercy.
Con la mirada fija en el campo de juego, Sam asintió.
—Sí, está los fines de semana en esta época del año. Pero en verano, monta todos los días. Hace unos ciento veinte rodeos al año. El próximo fin de semana estará en uno, el último antes de la gran final de Las Vegas.
Mercy sabía demasiado bien cuál era el estado físico de Travis y la idea de que corriera un riesgo tan grande le provocó un vuelco al corazón.
—¿Crees que volverá a ganar esta vez, Sam? —preguntó Roni.
—Sabe lo que se hace cuando está sobre un toro mejor que nadie. Adora los rodeos. Sólo el olor despierta en él toda la adrenalina que necesita para ser el mejor.
—Sí, pero cualquier día esa pasión lo va a matar —dijo Mercy.
Sam la miró con curiosidad.
—O le seguirá dando laureles. Ese riesgo es parte del juego,

Mercy. Tú lo sabes.

—Lo siento —dijo ella, se encogió de hombros y sonrió—. La sangre es parte de mi vida y no me puedo acostumbrar a que nadie la busque voluntariamente.

—Es su elección.

—Sí, lo sé —Mercy cerró la boca con fuerza, como para impedir que ninguna otra palabra se le escapara.

El sonido de unas botas de vaquero precedieron a la figura de un vaquero y su saludo desenfadado.

—¿Cómo estamos?

—¿Qué diablos haces aquí? Vete a tu sitio —dijo Roni, con una gran sonrisa.

—He venido a ver a las dos perlas más preciosas de Flat Fork —dijo Travis y le dio un pequeño puñetazo en el hombro a Sam—. ¿Qué pasa? Mira, has visto. Ese niñato de allí le está haciendo pasar un mal rato a Honey.

La pelirroja estaba en la parte de abajo de las gradas, confrontada con un muchacho de unos trece años. La expresión insolente del rostro del chico lo decía todo.

—Sí, ¿qué pasa?

—Que estoy seguro de que ese es uno de los mocosos que he visto en mis tierras.

—Se llama Chase Conly —dijo Roni—. Creo que vive cerca de tu rancho con su tío o algo así.

Honey no parecía estar consiguiendo nada del muchacho. Lo agarró de la camisa para impedir que se fuera, pero él se le escabulló y se unió al grupo que lo esperaba.

—Tengo que volver a la cabina —dijo Travis—. ¿Crees que podrías ir a enterarte de lo que pasa?

Sam asintió.

—Sí, será una buena idea.

Travis se quitó el sombrero.

—Ha sido un placer, señoras —se arrodilló junto a Mercy y le susurró algo al oído—. Estás irresistible esta noche, cariño.

—Deja tus adulaciones para quien quiera oírlas.

Una sombra le oscureció la mirada, pero su sonrisa permaneció intacta.

—De vuelta a la batalla, ¿no?

—Ni siquiera.

Aquello era un desafío, un guante lanzado a la cara. El duelo había empezado.

Travis se levantó.

—Bueno, muñeca. Como dice el cazador, hay más de una forma de pelar la liebre.

Subió los escalones de dos en dos, como para demostrar que no se sentía herido. ¡Idiota!

Roni se retiró los rizos negros de la cara.

—Te gusta, ¿verdad?

—En absoluto.

Roni la miró dudosa.

—Si tú lo dices.

—¡Espectacular, señores! —la voz de Travis resonó en todo el estadio.

Los espectadores enloquecieron. La banda comenzó a tocar sones de victoria. Todo el mundo gritaba mientras Travis describía las acciones.

Los Mustangs acababan de marcar un tanto, estaban catorce a dieciséis y era el final de la primera parte.

—Pero antes de que vayamos a celebrar esta primera parte de triunfo, hay algo que quiero tratar con vosotros. Lo primero, vamos a darle la bienvenida a una de nuestras ex-mises de Flat Fork, que ha regresado hace poco, Mercedes Holt. Levántate, Mercy, y saluda a nuestra concurrencia.

Mercy se ruborizó de inmediato.

—¡Ese maldito…!

Roni comenzó a reír y la animó a levantarse.

—Vamos, te están esperando.

¿Qué otra cosa podía hacer? Mercy se puso de pie, se colocó su mejor sonrisa de plástico y saludó a un público que la aplaudía acaloradamente.

El monólogo de Travis continuó imparable.

—Por supuesto, todos conocéis al padre de Mercy, el juez Jonathan Holt. También sabréis que, últimamente ha tenido algunos problemas de salud, aunque ya está casi recuperado. Pues bien, el juez os invita a una súper barbacoa tejana con baile incluido para el próximo fin de semana. Esta fiesta tiene como objetivo recaudar

fondos para ayudar a la rehabilitación de jóvenes con problemas. Money Jones está junto a la salida dispuesta a venderos todas las entradas que necesitéis. Di hola, Honey.

—Hola —recobrada ya de su enfrentamiento con Chase Conly, la dama levantó una mano llena de entradas mientras sonreía—. Venid a por ellas.

—Eso es, ánimo —continuó Travis—. No seáis ratas. Vuestros vecinos os están mirando y, además, es por una buena causa.

Roni comenzó a reír, al ver a los compradores abalanzarse como fieras sobre Honey.

—No tiene ninguna vergüenza, ¿verdad?

—Ninguna —afirmó Mercy con un gesto de rabia.

—Vamos, no podemos empezar con la segunda parte del partido hasta que Honey lo haya vendido todo —Travis estaba en la puerta de la cabina con el micrófono en la mano.

—¡Eh! ¿Qué me dices de tus entradas? —le gritó alguien.

El se levantó el sombrero y las sacó de ahí.

—Aquí mismo las tengo. Y me siento orgulloso de decir que mi acompañante será la imponente Mercy Holt, que irá en representación de su padre, el juez Holt.

—¿Qué? —Mercy casi se atraganta—. Yo nunca…

—La señorita Mercy es una reconocida doctora en medicina en la cuidad de Worth —Travis continuó—. Así es que no creo que se preste a sortear un beso, como hizo tiempo atrás en el instituto, pero, a pesar de todo, aún es capaz de dejarle sin respiración. Así es que venid a divertíos con nosotros. Ánimo, la segunda parte del partido está a punto de empezar.

La gente saludaba a Mercy y le daba ligeras palmaditas en el hombro.

Si no hubiera estado tan ocupada maldiciendo a aquel insolente individuo que la había metido en aquello, se habría dado cuenta de que aquellas muestras de apoyo la satisfacían. Aún más, la resarcían de la frialdad con que, a veces, la trataban las gentes del lugar. Pero no era el momento, ni el lugar, ni las circunstancias para explorar dichos sentimientos.

Sonreía incesantemente a los vecinos que venían a felicitarla, eso sí, reprimiendo las ganas de anunciar a voces que Travis King era un tramposo, que todo era mentira. Estaba claro que, de

hacerlo, sería ella la que pareciera egoísta y vil, pues él sólo actuaba por motivo de una causa justa.

La realidad era que la había acorralado en una esquina y esta vez no iba a quedar sin castigo.

Travis sabia que Mercy le haría pagar por lo ocurrido durante el partido. Lo que no sabía era cómo ni cuándo.

El juez atravesó el recibidor de la gran mansión la noche de la barbacoa y se dirigió a él.

—¡Travis, chaval! ¿Cómo andas? —Jonathan le estrechó la mano con afecto, luego le dio un par de palmadas en la espalda y lo condujo hacia el salón.

Estaba delgado y tenía un aspecto algo cansado, pero el color de sus mejillas y aquella sonrisa que le había hecho ganar tantas elecciones decían que estaba en buenas condiciones físicas después de todo— Mercy bajará enseguida.

—Me alegro de verlo tan bien, su excelencia

Travis se aclaró la garganta. No quería parecer un adolescente en su primera cita.

Jonathan se sentó en una de las rimbombantes sillas del súper lujoso salón y le ofreció a Travis que lo hiciera en otra.

—Nada, todos, o mejor dicho, todas en esta casa se están comportando como auténticas idiotas, incluida mi hija. No me dejan volver a trabajar todavía.

—Lo entiendo perfectamente —dijo Travis mientras colocaba tímidamente su trasero en el borde del asiento y sujetaba el sombrero con las dos manos.

En otros tiempos, se habría sentido intimidado por tanta opulencia. Pero para entonces, ya había tratado con más ricos de los que le habría gustado y no lo asustaban.

Respecto al juez, aunque podría tener ciertas reservas respecto a él por ser un vaquero, lo cierto es que había entre ellos cierta complicidad.

—Yo he estado en esa situación más de una vez y es difícil de llevar —dijo Travis con confianza—. Le hace a uno sentirse muy mal.

—Sí —afirmó el juez—. Oye, quería agradecerte el modo en que

estás llevando lo de la barbacoa. Es un proyecto mío que creo puede tener mucho futuro en esta comunidad. La verdad es que me da mucha rabia no poder estar allí. Pero sé que contigo y con Mercy ayudando a Honey, la cosa está en buenas manos.

—Muchas gracias, señor. Me gusta darles a los chicos una oportunidad para encontrar su camino. Yo también tuve mis problemas durante la adolescencia y los rodeos me salvaron.

El juez se rió, pero había respeto en su mirada.

—Sí, tiene gracia, y ahora eres el campeón mundial y un próspero hombre de negocios, y mi pequeña toda una doctora en medicina. Incluso estuvo ayudando al doctor Hazelton mientras yo estuve en el hospital. ¿Quién se lo habría imaginado cuando erais unos adolescentes locos y no hacíais más que darnos quebraderos de cabeza? Me hace sentirme orgulloso de lo que hemos hecho crecer aquí en Flat Fork.

—¡Vaya, papá! Es la primera vez que te oigo decir algo así —Mercy no ocultaba su gozo y su sorpresa.

Entró en la habitación y Travis se puso en pie. Los rizos dorados le caían hasta los hombros y llevaba una falda vaquera con vuelo en tonos morados que daban a sus ojos una tonalidad violeta. La camisa la llevaba a juego, unas botas y un cinturón de vaquero.

El fonendoscopio que llevaba colgado al cuello y el medidor de la presión arterial eran el contrapunto ideal de aquel atuendo.

—Porque un hombre no diga esas cosas no quiere decir que no las sienta —dijo Jonathan en su habitual tono gruñón.

—Bueno, pero no está mal oírlas de vez en cuando —ella se inclinó y le dio un beso en la mejilla—, Gracias. ¿Qué tal estás tú, Travis?

—Eh… bien, gracias.

—En seguida estaré contigo —dijo ella, mientras se insertaba los dos extremos del fonendo el los oídos.

—Sin prisa —Travis tenía la boca seca y luchaba desesperadamente contra la sensación de hambre que la femenina presencia de Mercy Holt había despertado en él. No la había visto desde el día del partido y tenía que reconocer que aquella noche estaba irresistible. Parecía, además, que había tenido tiempo de tranquilizarse un poco. Quien sabía, puede que incluso pudieran llegar a restablecer su amistad.

—¡Déjalo ya! Vais a llegar tarde —dijo el juez.

—No te preocupes, seguro que nos dejan algo de comer —dijo ella—. ¿Te has tomado ya la medicina?

—No me trates como si tuviera seis años. Con tu madre al lado es imposible que se me olvide. Venga, idos de una vez. Y divertíos.

—Estoy segura de que así será —murmuró ella y miró a Travis con una sonrisa—, ¿Estás preparado?

Se despidieron del juez y Travis la condujo hasta su furgoneta.

Mientras se dirigían a la fiesta, ella habló alegremente del tiempo, del brillo de las estrellas y de cómo le apetecía comerse una verdadera parrillada tejana.

El, al final, decidió agarrar al toro por los cuernos.

—No tienes que fingir que te divierte este compromiso. Los dos sabemos que no es así —le dijo, mientras aparcaba en el lugar de destino.

Cientos de comensales se movían de un lado a otro, iban de mostrador en mostrador llenándose el plato. Varios cocineros atendían las tres barbacoas móviles y el aroma de la carne y la salsa de tomate llenaba el aire y hacía que los paladares se humedecieran.

—Vamos, lánzate a mi cuello y acaba con esta tortura.

—Yo creo que los dos somos lo suficientemente adultos como para poder superar nuestras diferencias de un modo más civilizado —la mirada de Mercy transmitía calma, paz—. Vamos dentro, estoy muerta de hambre.

La dulzura de su respuesta no contribuyó en exceso a suavizar sus sospechas. Sin embargo, decidió tomar lo que había y aceptar. Podía estar en ese estado de ánimo que le permitía perdonarlo todo y tenía que aprovechar.

Llenaron uno de sus platos con costillas, pollo ensalada y muchas otras delicias que se ofrecían.

Compartieron mesa con los Preston y con Cristal Harrison y su marido, Bud.

Honey iba de un lado a otro, ocupándose de todo para que nada fallara.

Después de la comida, los seis se unieron al corro de baile que se había formado en la pista. Travis se sintió orgulloso al comprobar que Mercy, a pesar de su ausencia y de lo que renegaba de aquella

parte de su vida, no había olvidado aún el swing tejano. Sólo había un elemento que Travis no encontraba placentero y era el cambio continuo de pareja. Lo ponía endemoniadamente celoso.

Finalmente, acabaron juntos, bailando un suave vals que hacía las delicias de ambos. Aunque, sobre todo ella, hiciera lo imposible por no mostrarlo. El cantante narraba la historia de un amor perdido y de los errores cometidos en el pasado.

—Mercy…

—¿Sí?

—¿Podemos salir de aquí?

—¿Por qué?

—Tenemos que hablar.

—Vamos a terminar discutiendo.

El se apartó un poco y depositó su mirada en aquel rostro perfecto.

—No, te lo prometo.

Honey apareció entre los danzantes con una gran sonrisa en los labios.

—Ya es casi la hora.

—De acuerdo —dijo Mercy y Honey se alejó entre la multitud.

—¿La hora de qué? —preguntó Travis.

—Vamos a hacer una subasta. Nos ayudarás, ¿verdad?

Justo ahora que tenía la esperanza de poderse escapar con ella, reclamaban su presencia.

—Por supuesto.

Ella lo miró dulcemente y le regaló una mirada que le provocó un vuelco al corazón.

—Sabía que podría contar contigo.

—Siempre —se tragó aquella confesión como si hubiera sido demasiado contenido para una sola palabra—. Nena, ¿podríamos…?

Se interrumpió al ver a Sam que se aproximaba a ellos.

—¡Ni hablar! No te la presto. Con lo que me ha costado tenerla toda para mí.

—No me extraña que no me la quieras prestar —respondió Sam con una sonrisa—. Pero no se trata de eso. Han vuelto a desaparecer cuatro reses.

—¿Qué?

Mercy frunció el ceño y escuchó a Sam.

—Lo peor es que pilló al individuo. Pero no se pudo hacer con él. Ha avisado al sheriff. Ángel dice que se escapó pasando a través de dos vallas.

—Voy contigo.

—No, me las arreglaré —Sam miró hacia el escenario, donde Honey acababa de empezar anunciar la subasta. A ti te necesitan aquí. Te haré saber lo que ha ocurrido exactamente en cuanto lo sepa.

—Muy bien. Si seguimos así no vamos a ser capaces de hacer que el dinero empiece a correr. Tenemos contratos firmados y nos estamos quedando sin toros que vender.

Sam lo miró con una sonrisa resignada.

—Lo solucionaremos. Ya sabes, a veces se pasa por momentos difíciles.

—Travis, nos esperan —dijo Mercy y lo agarró del brazo.

Honey lo llamó para que subiera, pero no pudo evitar una mirada malévola al verlo saludar al público con su habitual autosuficiencia. Mercy se sentó a un lado del escenario con un montón de cajas.

—Lo que vamos a subastar, además de ayudar a la causa que nos ha reunido hoy aquí, servirá para dar al vaquero más aguerrido de estos lares un equipamiento propio de un campeón. Un aplauso para su voluntaria intervención.

Travis comenzó a sospechar que no le iba a gustar aquello.

—Lo primero que tenemos aquí, es un magnífico collarín, ideal para roturas de cuello. ¿Cuánto sale?

—¡Cincuenta centavos!

—¡Vete al diablo, Tim! Eso es una miseria.

—Veinte talegos —dijo un vaquero.

—Así empezamos bien.

La puja fue reñida. Se peleaban por todo tipo de artilugios, rodilleras, vendajes, cabestrillos, hasta la oferta final: una silla de ruedas con su equipo de oxígeno completo.

Travis, vestido hasta los dientes como un maniquí protésico no podía ocultar su desazón ni aún debajo de un sonriente bigote.

—Gracias por haber servido a una causa noble —dijo ella, con sorna—. No es que esperemos que vuelvas de Las Vegas en estas condiciones, pero es mejor estar preparado.

La multitud reía a carcajadas. Travis forzó un gesto de complacencia. Se la había jugado. Había sido una justa venganza, pero no se iba a quedar así. Todavía no había dicho la última palabra.

—Por lo menos, tengo mi médico particular que me da amor y cariño —Travis agarró a Mercy de la mano y se la colocó encima—. Ven aquí, cariño y bésame. Es mi única medicina.

El comenzó a besarla en el cuello como un vampiro. Ella pataleó, chilló y golpeó, mientras la gente se reía aún más que antes. Honey los acompañaba gustosa.

—No está mal, un pequeño sacrificio por una buena causa, ¿eh, vaquero? Demos un aplauso a esta pareja por toda la ayuda que han prestado.

Travis recibió el saludo, mientras Mercy sacaba la silla de ruedas con Travis en ella del escenario.

La banda comenzó a tocar de nuevo.

—Ayúdame a librarme de todo esto.

—Puedes morirte asfixiado, por lo que a mí respecta.

El sonrió.

—¿Quieres decir que no te ha gustado el modo en que le he dado la vuelta a tu pequeña broma? Si no te quieres quemar, no juegues con fuego.

—¡Maldito…! —con llamas en los ojos, Mercy se encaminó hacia la salida.

—Mercy, espera.

—Vete al infierno.

Travis se libró como pudo de los artilugios que lo amordazaban. Pero, cuando quiso alcanzarla, ya no estaba.

Capítulo Seis

—Sube a la furgoneta —Travis abrió la puerta que acababa de situar, sin detener completamente la marcha, junto a Mercy. Pero ésta no se detuvo, continuó andando por la pequeña carretera, sumergida en la oscuridad de la noche.

—No, gracias —respondió, sin ni siquiera mirar hacia atrás.

—¡Llevo una hora buscándole! Por favor, entra.

—No.

Travis frenó de golpe, descendió del vehículo y se aproximó a ella.

Mercy se dio la vuelta y se enfrentó a él.

—Déjame en paz. Te lo advierto…

El la agarró del brazo.

—Ya no puedo soportar más, ¿entiendes? —dijo él.

Ella levantó la barbilla con orgullo. Puso las palmas sobre la chaqueta de él para mantener las distancias.

—Y yo no sufro las vejaciones de un majadero como tú con alegría —murmuró ella con maldad.

—Vamos —dijo él y ella le enseñó los dientes. Él insistió—. Esto es Tejas y aquí hay leyes que deben de ser cumplidas. La fiesta se deja con el que te trajo.

—Oblígame.

—Venga, yo te traje. Te acompañaré a casa —dijo él—. A menos que haya algo más que quieras hacer, algo que hemos pospuesto demasiado.

—Antes me acostaría con una serpiente.

—Bueno, tú tampoco eres, lo que se dice, la dulzura personificada. Pero eso no cambia el hecho de que los dos nos deseamos con desesperación —ella gruñó y él la atrajo hacia sí con

más ímpetu.

Entonces, notó la hebilla de su cinturón.

—¿Qué diablos es esto?

Ella no respondió. Se limitó a mirar con una sonrisa malévola. La había reconocido. Era la hebilla que Kenny había conseguido al ganar su primer rodeo. Y, precisamente, había decidido ponérsela cómo una barrera, un símbolo del pasado contra el presente.

La rabia se le mezcló con la desesperación. Quería aullar como un lobo herido, porque amaba a aquella mujer, siempre la había amado y siempre la amaría. Y no podía hacer nada para alcanzarla.

No había sido posible entonces, y jamás lo sería.

Lentamente, se apartó de ella. Ella lo miró con un puñal en los ojos.

—De acuerdo, nena, tú ganas —sus palabras sonaron a cristales rotos—. Deja que le lleve a casa y se acabó. Es lo único que te pido.

Mercy no protestó. Se metió en la furgoneta y cerró la puerta. Mientras él conducía, ella lo miraba de reojo,

En la cabeza de Travis acababa de estallar una tormenta. No había nada más que decir y, sin embargo, de pronto se dio cuenta de que le quedaba todo por hablar. Cuando ya todo estaba llegando al final, se acababa de dar cuenta de que tenía que contárselo. Tomó una pequeña carretera comarcal.

—Por aquí no se va a mi casa —dio ella.

—Lo sé. Tengo algo que decirte. Será solo un momento.

Se dirigió a un pequeño descampado que había a orillas del lago O'Neal. Paró el motor y se quedó en silencio, con la mirada perdida en el vacío de la noche. No sabía por donde empezar.

—Nunca hemos hablado de la muerte de Kenny.

Ella se tensó.

—No estuviste allí para hablar de nada.

—Me sentía tan confundido después del accidente… Cometí muchos errores.

—No me hagas esto —hubo un inesperado tono de súplica en su voz.

Él se quitó el sombrero y se pasó la mano por el pelo.

—Lo hemos dejado correr demasiado tiempo. Sé que no puedes perdonarme y que eso siempre se interpondrá entre nosotros.

—¿De qué hablas?

—Yo conducía aquella noche. Estaba lloviendo y el camión salió de ninguna parte. Pero yo llevaba demasiadas cervezas encima. Fue mi culpa. Kenny era mi mejor amigo y yo lo quería como a un hermano, pero te lo arrebaté de un modo horrible. Jamás había dicho esto a nadie. Ya no he podido más.

Sin poder esperar a su reacción se dispuso a arrancar el motor.

—¡Todo este tiempo…, Dios! —instintivamente le tocó el brazo.

Él se quedó petrificado.

—Mercy…

—Jamás te culpé —dio ella con angustia—. Fue mi culpa.

El la miró con horror y ella tuvo que ocultar el rostro entre las manos.

—Explícate, por favor —dijo Travis.

—No deberíais haberos puesto en carretera aquel día.

—No entiendo.

Ella levantó la cabeza y dejó las manos sobre el regazo, sin fuerza.

—Acababa de ganar el rodeo. Lo estabais celebrando y teníais intenciones de quedaros toda la noche. Eso fue lo que me dijo cuando me llamó. Pero, de pronto, todo cambió, ¿recuerdas?

Travis asintió.

—Sí. La verdad es que estuve bastante enfadado durante la primera parte del trayecto. Pero él parecía tener mucha prisa por llegar.

—¿Y no te preguntaste por qué?

—Pensé que quería volver enseguida para poder verte.

Ella se rió amargamente.

—Sí, con la chica que acababa de romper con él.

Travis la miró confundido.

—¿Cómo?

—Si hubiera tenido la valentía de esperar a tenerlo frente a mí, no os habríais puesto en carretera aquella noche. Fue mi culpa, ¿no te das cuenta?

—¿Rompiste con él? Pero, ¿por qué? Si estabais locos el uno por el otro.

Ella no podía responder, tenía un nudo en la garganta que le impedía hablar. Pero por la expresión de su rostro, Travis lo adivinó todo.

—¡Dios!

Ante su exclamación, ella sintió toda la culpa de años en el corazón y en el estómago.

—Mercy, cariño…

—¿Cómo puedes llamarme cariño? —gritó ella—. Después de lo que os hice a los dos. Tú te has estado culpando de lo ocurrido todos estos años, cuando fue el egoísmo de una niña malcriada que se había encaprichado con su mejor amigo lo que provocó su muerte.

Travis la abrazó.

—No te hagas esto a ti misma. No éramos más que unos niños. Esas cosas ocurren

—No, yo sabía lo que hacía y obtuve lo que me merecía. Os perdí a los dos.

—No podía enfrentarme a ti. Tenía miedo.

—¿De qué?

—De tu odio.

Ella abrió los ojos con sorpresa.

—¡Eso nunca!

—Pero yo no me sentí capaz de correr ese riesgo.

—No eras la única que se sentía culpable.

—Ya, el accidente…

Él la apretó con fuerza.

—No, no se trata de eso sólo. ¡Cielo santo, Mercy! Yo estaba perdidamente enamorado de ti. ¿Cómo no te diste cuenta?

Mercy se quedó sin respiración.

—Yo… yo…

—¿Sorprendida? —él curvó la boca, como riéndose de sí mismo —. Tal vez yo era mejor actor de lo que creía. Pero te aseguro que este maldito bastardo habría dado cualquier cosa por haber podido traicionar a mi mejor amigo.

Ella bajó los ojos.

—Los dos sentíamos lo mismo.

—Si, luchamos contra ello.

—No con la suficiente fuerza.

—Se habría solucionado de algún modo, si las cosas no hubieran sido como fueron…

—Sí, si no…

—Al menos ambos sabemos la verdad ahora —él agitó la cabeza y sus dedos se hundieron en los brazos de ella—. Hemos estados atrapados como dos conejillos, sintiéndonos culpables y ninguno de los dos puede soportarlo por más tiempo. Tenemos que dejar que Kenny se vaya…

Mercy levantó la cabeza y miró a Travis. Una lágrima se deslizó por su mejilla.

—Hemos perdido tanto tiempo…

—Tú eres el médico aquí, y debes saber que algunas heridas tardan mucho tiempo en cicatrizar.

—Viniendo de ti, ese comentario es gracioso.

—Ven aquí.

Ella se dejó abrazar. Ambos necesitaban el calor del otro. El se apoyó sobre la furgoneta. Ella también lo rodeó con sus brazos. El le acarició la nuca y ella apoyó la cabeza sobre su pecho.

Travis se sentía en casa, con la barbilla apoyada sobre su pelo suave. Era como una silla cómoda, como el sonido reconfortante de una chimenea en mitad del invierno.

Mercy se sentía cálidamente envuelta por terciopelo, su respiración sobre la piel, su tacto sobre la ropa. Se apoyó en él, dejando que sus senos se acomodaran sobre su torso. Le acarició la cara, el pelo, con toda la suavidad y ternura que tenía escondidas en lugares recónditos.

—Dulce Mercy…

—Te he echado tanto de menos —dijo ella en un tono dolido.

—No ha pasado ni un sólo día sin que pensara en ti— respondió él.

—¿Amigos de nuevo?

—Amigos

Ambos sonrieron. Un escalofrío recorrió a Mercy de arriba abajo. No tenía nada que ver con la temperatura ambiental, sino con la espectacular figura masculina que tenía junto a su cuerpo.

Después de un breve momento de duda, sus bocas, al unísono, se encontraron.

Él le separó los labios con la lengua y tomó posesión de sus sentidos. Ella le devolvió la misma cantidad de pasión, excavando con los dedos entre su cabello espeso.

Las manos de él buscaron el camino adecuado por debajo de su

chaqueta, hasta llegar a sus pechos. Ella gimió de placer y se restregó contra él, luego metió la pierna entre las de él.

Se separaron ligeramente, ambos congestionados por su necesidad mutua.

Todo daba vueltas en la cabeza de Mercy. Se juntaba la excitación de lo prohibido, la calidez del encuentro, la intensidad de la química que los atraía. Confusión, deseo, curiosidad. Se sentía mareada, pero sabía exactamente lo que quería.

—Sigue besándome.

—Tienes que tener cuidado con lo que le pides a un hombre tan hambriento de ti como lo estoy yo.

—Yo también tengo hambre.

En un ágil movimiento, ella se encontró apoyada sobre la furgoneta. Sin dar tiempo a nada, la besó con un ímpetu renovado. Cuando ya había sacado toda molécula de aire de sus pulmones, comenzó a describir sendas de besos sobre su cuello.

Sobrecogida y fuera de control, Mercy sonrió y le quitó la chaqueta. Le desató los botones de la camisa, dejando al descubierto el imponente torso esculpido en mármol.

Le pasó las manos por los pequeños pezones y él gimió de placer.

Al tocar la hebilla del cinturón de ella, Travis dudó un momento. Pero Mercy, en un gesto decidido, se lo arrancó y lo lanzó lejos.

—Ya estaba bien.

Travis abrió la puerta de la furgoneta y la empujó dentro. El la siguió.

—Nos podrían arrestar por esto —dijo ella.

—No hay nadie en kilómetros —Travis le desabrochó la camisa y se apoyó sobre su carne.

Ella se arqueó y dijo algo con la voz estrangulada.

—La luz…

El cerró la puerta y la luz se apagó. Puso la radio y una emisora de música country empezó a sonar.

Con la prisa del deseo se fueron desnudando el uno al otro: la camisa, el sujetador los pantalones.

El le levantó la falda y la despojó de su ropa interior.

Ella agarró con firmeza su sexo excitado y él emitió un suave

grito de placer.

Travis jugó con los pezones endurecidos y descendió la mano hasta encontrarse con su pubis cálido.

—Estás excitada.

—Lo estoy para ti.

Le abrió las piernas delicadamente y acarició el centro de su feminidad.

Sus bocas buscaban rincones secretos, sus lenguas degustaban el sabor de la piel humedecida por el deseo.

Y el placer era inmenso, tanto que parecía imposible que llegara a ser mayor.

Entonces, él se abrió paso dentro de ella y el mundo empezó a girar.

Ella rodeó sus caderas con las piernas y ambos comenzaron un vaivén placentero, guiados por la fuerza de años de hambre mutua.

Era exquisito. Ninguno de los dos había experimentado jamás sensaciones semejantes. Mercy había esperado aquello durante toda su vida y no se había dado cuenta hasta ese preciso instante. Las lágrimas expresaban su alegría. De repente, ya no pudo pensar más.

Para él, aquello era la realización de un sueño, la confirmación de que sólo existía ella. Primero despacio, luego creciendo como en un temporal marino en que las olas se convierten en gigantes, se batieron en duelo mortal de amor hasta que lo imposible ocurrió. El éxtasis fue más que eso, y ambos se lanzaron a él como un final esperado. Tanto placer era casi dolor. No podía haber nada más allá.

La quietud sucedió a la tormenta. Los besos se encontraron de nuevo en la placidez. Y, en la radio, Judy Collins cantaba lastimeramente sobre su amor a un vaquero…

Capítulo Siete

Travis se bajó de la furgoneta aquella soleada mañana, atravesó la puerta de cristal y llegó hasta la consulta que el doctor Hazelton tenía en el hospital de Flat Fork.

Había bebés con caras rojas, ancianos acompañados de sus ancianas esposas que ojeaban revistas de hacía cinco años y un adolescente con cara aburrida.

Travis dudó unos segundos. Miró de un lado a otro de la habitación, hasta que, por fin, vio a Mercy leyendo el periódico. ¡Cómo la amaba!

Desde siempre había sentido eso cada vez que la veía, pero después de lo de la noche anterior, ese sentimiento se había incrementado.

Sonrió mientras se acercaba a ella.

Tenía que reconocer que lo de anoche no había sido lo que ella se merecía. Esa maldita furgoneta no era, precisamente, un nido de amor romántico.

Aunque había que reconocer que la historia tenía su encanto; los cristales empañados, un amor furtivo como el de dos adolescentes.

Sin embargo, necesitaban pasar más tiempo juntos, que ella se diera cuenta de que ser amantes era mejor que ser amigos. Entonces él se atrevería a firmar palabras como para siempre y ella lo creería.

Por desgracia, si hay algo de lo que carece un vaquero que se dedica a los rodeos es de tiempo.

—Eres una mujer difícil de encontrar.

Ella levantó la cabeza y no pudo evitar un gesto de sorpresa. Luego se ruborizó. Llevaba unos vaqueros y una sudadera rosa clarito que dejaba adivinar claramente sus pechos. Se había sujetado el pelo en una especie de moño que incitaba a ser

deshecho.
—¡Travis! ¿Qué haces aquí?
—He venido a buscarte. Tu madre me dijo que habías traído a tu padre para el chequeo de los mil kilómetros.
Ella sonrió.
—Mi madre no te ha podido decir algo tan fuera de estilo.
—No con esas palabras, pero quería decir lo mismo —él la agarró de la mano—. ¿Quieres hablar un momento?
Ella miró hacía la puerta que daba a la consulta.
—Mi padre está a punto de salir.
—Será sólo un momento.
El la instó a levantarse y seguirlo hasta el recibidor, donde sólo había una recepcionista inmersa en su trabajo y un montón de máquinas de bebida.
La empujó hasta una esquina que había detrás de las máquinas, fuera de la vista de cualquier intruso.
Allí la besó acaloradamente.
Sabía a pasta de dientes y a café, y a ese olor femenino, suyo y tan especial.
Él se apartó y se sintió complacido al ver su expresión y al sentir la sangre golpeándole las sienes.
Había sentido auténtico dolor al dejarla en casa la noche anterior.
Después de hacer el amor, habría deseado haberse quedado con ella hasta el amanecer, contemplando el lago. Pero, esa extraña timidez que a veces aparece en dichas circunstancias y el poco sentido común que aún le quedaba intacto lo había impulsado a llevarla hasta su casa.
Al verla descender del vehículo y atravesar la puerta de la inmensa mansión de los Holt se sorprendió arrepintiéndose de un acto tan caballeroso como estúpido.
—Buenos días —le susurró al oído. De algún modo, aquella era la continuación de un encuentro delicioso.
Ella miró por encima del hombro de él.
—Nos podría ver alguien.
—Estamos solos. Bueno, casi. Pero aquí no nos puede ver nadie —volvió a besarla con placer—. ¡Parece que ha pasado una eternidad desde anoche!

Ella se ruborizó una vez más y bajó los ojos avergonzada.

—Travis, por favor.

—Tenía que verte antes de irme.

Ella levantó la mirada y sus inmensos ojos azules lo miraron con sorpresa.

—¿Te vas? ¿A dónde?

—Alburquerque —dijo él con una sonrisa—. Ya tengo todo en la furgoneta, salgo ahora mismo. Hay un par de toros allí con mi nombre escrito en el lomo…

Ella se dejó caer sobre la pared.

—¡Vaya!

—Es sólo durante el fin de semana —se enroscó un mechón del pelo de ella en el dedo—. Volveré antes de que te des cuenta.

—Ya

El tono neutral y frío de ella lo disturbó profundamente. Le levantó la cara con los nudillos y la obligó a mirarlo a los ojos.

—Sé que todo esto ha sido muy rápido. Quizás no del modo que esperábamos. Yo quería que hubiera sido con todo lujo de detalles a tú alrededor, champán, sábanas de raso, esas cosas. Te prometo, que eso llegará.

—No, si estuvo bien… yo…

A Travis le vino una inspiración repentina.

—Y, la verdad, no veo porqué no podemos empezar ya. Vente conmigo.

—¿Qué?

—A Alburquerque. Nos recorreremos la ciudad después de que el rodeo termine —subió las cejas en un gesto de malicia—. Y te aseguro que habrá una cama de verdad en un hotel de primera. ¿Qué me dices?

Ella tragó saliva con dificultad.

—No puedo. Mi padre…

—Tu padre está muy bien ya. Estoy seguro de que te dará gustoso un par de días de descanso.

—No, de verdad, no puedo.

—Pero

—No es buena idea —sus palabras sonaron inesperadamente cortantes.

Él la miró fijamente. Algo estaba ocurriendo, pero era la misma

que había estado con él en el lago.

—De acuerdo, ¿qué pasa?

—Nada. Sólo que no me parece bien que nos precipitemos.

—¿Precipitarnos? Llamas precipitarse a quince años de espera.

Ella se mordió el labio.

—Pero es que nada ha cambiado realmente.

Él abrió la boca con sorpresa.

—Maldita sea, ¿cómo que no ha cambiado nada? Mírame a los ojos y dime que lo de ayer no ha significado nada.

—No… no puedo… —Mercy apartó la mirada—. Nos dejamos llevar por los recuerdos, eso es todo. Pero ya no somos niños y la nostalgia no es suficiente. Tú tienes tu vida y yo tengo la mía. No se encontrarán jamás, ¿no te das cuenta? Yo ni siquiera puedo soportar la idea de verte montando uno de esos malditos loros. Tratar de engañarnos con lo contrario sólo nos provocaría un dolor innecesario. Tenemos que parar antes de dejar que vaya más lejos.

Travis sintió que un gigante le pisaba el pecho. No era justo.

—Vete al infierno.

—Travis, sé razonable. Fue el calor del momento, un error que tenemos que enmendar. Es lo único que tiene sentido.

Que tratara de intelectualizar con tanta frialdad la pasión que habían compartido le pareció un auténtico delito. La agarró por los hombros y la sacudió.

—¿Sentido? Esto es lo único que tiene sentido para mí.

La besó con rabia, con amor, con sinceridad, con tristeza. Y ella, permaneció impertérrita, como una estatua de bronce. El se apartó y la miró frustrado.

Sus ojos eran dos témpanos.

—¿Satisfecho?

—No, claro que no. Estás huyendo otra vez y eso no resuelve nada.

—Te equivocas. Simplemente he tomado una decisión que es buena para mí. Espero que la aceptes como tal.

—Pues esperas en vano —dijo Travis, mientras le recorría la mejilla con el dedo—. Estoy lo suficientemente loco como para comerme al diablo con cuernos incluidos, así es que no pienses ni por un minuto que esto se ha terminado. Hay algo especial entre tú y yo, y no vas a lograr vencerlo.

—Supongo que es un problema de opinión. Ya veremos.

—No, no estoy dispuesto a perder ni un minuto más de lo imprescindible, sólo porque tienes miedo y vuelves a salir por la puerta de atrás con el rabo entre las patas.

—No te pases conmigo, vaquero.

El soltó una carcajada.

—Piensa sobre lo que ocurrió anoche hasta que yo vuelva. Me apuesto lo que quieras a que seguirás excitada hasta entonces.

—¡Cerdo! —los ojos le ardían de furia—. Vete a donde te plazca a montar tus estúpidos toros, pero mantente alejado de mí.

Travis se apartó de ella, con un gesto torcido.

—Sí, con un poco de suerte me partiré el cuello y eso solucionará todos tus problemas, ¿verdad?

Ella palideció como si la acabara de abofetear.

Pero, en aquellas circunstancias no podía sentir remordimientos. Al fin y al cabo estaba tirándolo todo por tierra por miedo, orgullo o quién sabía qué.

Travis se dio la vuelta y se alejó por el pasillo sin volver la vista atrás.

Era domingo por la tarde, había nubes grises en el cielo y, de vez en cuando, caía alguna que otra gota de lluvia. Todo el campo parecía en tensión, en espera de esa tormenta que estaba a punto de caer con su posible violencia y capacidad destructiva. Mercy miró al cielo y entró en el camino que conducía al rancho de los Preston.

El tiempo no hacía mucho por aliviar la tensión que había sentido en los músculos desde su última discusión con Travis. Un miedo irracional se había apoderado de ella. Era como si sus últimas palabras se hubieran convertido en una amenaza.

Mercy se limpió el sudor de las manos en las mallas. La premonición que gritaba continuamente en su cabeza la alteraba por completo.

Ya había sido culpable de una muerte en el pasado y ahora iba a serlo otra vez.

Travis estaba rabioso cuando se marchó y, en su locura, se podría lanzar al ruedo como si lo hiciera al vacío.

Jamás se perdonaría que le ocurriera algo. Y no podía soportar el suspense de no saber algo. Así es que se puso en camino, en busca de los únicos que seguro sabían algo. No le importaba quedar

en evidencia.

Mercy sonrió. Era una necia o, más bien, una loca a la que se le había ocurrido saltar sobre Travis, olvidando su natural precaución. Había sido aquella niña malcriada de antaño la que había hecho el amor con él. ¡Qué error!

Un error memorable. Su memoria le susurraba al oído recuerdos deliciosos, maravillosos y mágicos más allá de cuanto ella hubiera podido imaginarse.

Pero un error, al fin y al cabo. Porque Travis era un hombre cuya vida seguía estando siempre al borde del precipicio. Sí, él tenía razón: era una cobarde. Ya había perdido a alguien antes, y no quería tener que enfrentarse con la cara de la muerte de nuevo. No podía entregarle su corazón a Travis, para que se lo arrebataran en el momento más inesperado. ¿No había sufrido ya bastante? ¿Es que tenía que perder a todas las personas que le importaban? Y, por supuesto que le importaba el vaquero. Era su amigo, después de todo.

Pero era más seguro mantener cierta distancia.

El era quién era. Ella agradecía el que las cosas se hubieran aclarado después de tantos años, pero no iba a complicarlas aún más. El tenía que comprender eso. Aunque lo que realmente deseaba Mercy era poder entenderlo ella misma.

Aparcó el coche frente a la casa de los Preston.

Su pelo revoloteaba en el viento mientras la lluvia mojaba los mechones sueltos.

La puerta se abrió y Roni Preston apareció en la puerta. Le hizo señas a Mercy de que se apresurara.

El corazón le empezó a latir con fuerza y se apresuró hacia la casa.

—¿Qué ocurre? ¿Le ha pasado algo a Travis?

Roni la miró confundida.

—¿Travis? ¿Qué le ha sucedido?

—Está herido, ¿verdad?

—¡Está perfectamente! —dijo Roni y la agarró del brazo—. Ha llamado hace un rato. Montó un toro llamado Black Sabbath y ganó el primer premio.

—¡Gracias a Dios! —dijo ella y se relajó—. Es que como te he visto así, con esa cara…

—¡Cielo santo! Estás muy nerviosa. Déjame que prepare un té —Roni la condujo hacia la cocina y le agarró el abrigo para dejarlo secar—. Siéntate antes de que te caigas. Sam está fuera, con el ganado y yo estoy algo cansada, porque Jessie está con los dientes y lleva unos días sin dormir y llorando sin parar. Ya empieza otra vez.

—Entonces, será mejor que no te moleste.

Roni le hizo a Mercy un gesto para que volviera a sentarse y, después de unos cuantos gemidos la niña se volvió a dormir.

—Bien, necesita terminar su siesta, si no se pone muy pesada. Así puedo tener un poco de compañía adulta. Me alegro de que vinieras. ¿Estabas preocupada por Travis?

—Bueno… Durante todo el día he tenido una extraña sensación, ya sabes —todavía sentía el nudo en el estómago—. No era más que una tontería.

—¿Una tontería preocuparte porque doscientos kilos de carne salvaje puedan aplastarlo? A mí no me parece ninguna tontería —Roni puso una bandeja con té y galletas con forma de pavo sobre la mesa y se sentó junto a Mercy—. Supongo que no podrá seguir haciendo eso durante mucho más tiempo.

—El piensa que sí.

—Sí, y supongo que lo de hoy demuestra que está todavía en plena forma. Además, King & Preston necesitan el dinero.

Mercy rodeó la taza caliente con los dedos. No quería preocuparse de los problemas de Travis, pero no podía evitarlo.

—¿Tan mal está la cosa?

—Bastante mal. El negocio es demasiado reciente y Buzz Henry sigue teniendo mucha fuerza y muchos clientes fieles. La verdad es que sería capaz de cualquier cosa por quitarnos el pan. Ya sabes, a los hombres la competencia les hace daño en el sitio más idiota: su orgullo.

Mercy sonrió.

—Sí, debe de ser algo en su ADN.

—Acabas de dar en el blanco. En cuanto a lo de los robos, no se pueden creer que alguien pueda tener la audacia de robarnos a nosotros y no tienen ni idea de quién pueda ser.

—La policía tampoco ha podido averiguar nada, ¿verdad?

Roni le dio un mordisco a la cola de un pavo-galleta y agitó la cabeza.

—No. El sheriff dice que podrían ser esos críos que andan por ahí y Honey anda a la caza de cualquier evidencia.

—¿Y aquel chico con el que se estaba enfrentando el día del partido? Creo que se llamaba Chase.

—Honey fue a hablar con su tío. Dan Conly. El mismo ha estado en la cárcel un par de veces, pero insiste en que su sobrino está limpio. Y la verdad es que el ganado desaparece sin dejar rastro, así es que es más probable que se trate de profesionales.

—El sheriff terminará por encontrar a los responsables, estoy segura.

—Puede, pero Sam no quiere arriesgarse.

—Espero que dejéis de tener problemas —Mercy dio el último sorbo de té y dejó la laza sobre la mesa—. Tengo que volver a casa. Mi padre se pone tan pesado como Jessie cuando llega esta hora del día y tengo que liberar un poco a mi madre.

Se levantaron y Roni la acompañó hasta la puerta.

—Bueno, ¿quieres que le diga a Travis que has venido hasta aquí sólo para saber si estaba bien?

Mercy sonrió y se encogió de hombros.

—Estoy segura de que tiene un montón de mujeres que se preocupan por él, así es que no quiero que le alimentes el ego a cuenta mía.

—Siempre ha tenido reputación de mujeriego, pero últimamente parece prestarle toda atención a una dama en concreto.

Mercy suspiró.

—Le gustan los retos y eso es todo lo que yo represento, créeme.

—No estoy tan segura de eso. El modo en que te mira…

—Lo que le gusta a Travis King es la seducción —dijo Mercy—. No sabría qué hacer si me cazara de verdad. Y yo soy demasiado razonable para entablar una relación con un hombre que lleva la palabra muerte escrita en la frente. No te preocupes, se olvidará de mí media hora después de haberme marchado a Ft. Worth.

—¿Cuando va a ser eso?

Mercy habría deseado decirle hoy mismo, mañana a más tardar. Pero no estaba dispuesta a darle a Travis ocasión de confirmar que estaba huyendo.

—Me marcharé después del día de Acción de Gracias —le dijo a Roni—. Mi padre está ya casi recuperado y yo tengo que volver a

trabajar.

Roni la miró decepcionada.

—Me alegro mucho de que hayas estado por aquí. ¿Vendrás a la misa del día de Acción de Gracias?

—Mi madre me dijo algo, sí.

—Yo canto en el coro, lo creas o no. Estás avisada.

Mercy se rió.

—Entonces allí estaré.

—No veremos. Y… Mercy…

—¿Sí? —se detuvo en mitad del porche.

—Travis es el tipo más decente que conozco después de Sam. No lo subestimes. Ni a ti tampoco.

Era triste quisiera o no reconocerlo: volver a la ciudad después de conducir durante dos días, con un cheque de ganador en el bolsillo, con los laureles aún colgados de cuello y celebrarlo con unos cuantos analgésicos y solo.

Travis se bajó de la furgoneta delante de la farmacia de Kelly el lunes por la mañana. El viento golpeaba frío y húmedo como la caricia de una bruja. Tembló y rechinó los dientes por el dolor que sentía. Lo cierto era que no había sido tan duro el rodeo y, sin embargo, su cuerpo estaba dolorido. Mercy le habría dicho que era una consecuencia de años de mal tratarse.

Entró en la farmacia. Hacía calor y resultaba confortable. Agarró un par de cajas de analgésicos y se dirigió al mostrador. Desde lejos, vio a un grupo de adolescentes que estaban molestando a la farmacéutica. Uno de los chicos era Chase Conly. A pesar de la opinión de Honey, Travis seguía pensado que aquel chico podía estar vinculado al robo de ganado.

Missy Armitage, una hermosa rubia con largos rizos dorados, se mostraba indignada.

—¿Estáis seguros de que esto es todo?

Un chico de unos dieciocho años soltó con desprecio una bolsa de patatas sobre el mostrador.

—No tengo intenciones de pagar por esto. Estaban rancias.

—Lo dudo, porque te las has comido todas —protestó la farmacéutica.

—El cliente siempre tiene razón, muñequita —el adolescente se acercó e hizo un amago de acariciarla, pero ella le dio un manotazo.

—Fuera de aquí, Clayton. Eres un majadero.

—¿Algún problema? —preguntó Travis.

Caminó entre los adolescentes y dejó las cajas de analgésico sobre el mostrador.

Chase reconoció a su vecino y lo miró con desprecio. Clayton se puso en actitud defensiva.

—No entiendo porqué estos malditos cuatreros no pagan lo que deben —dijo Travis—. Vamos, que hay otros clientes esperando.

—Nuestro dinero es tan bueno como el tuyo —dijo Clayton.

Travis se acercó a él y nariz con nariz le habló en tono amenazante.

—Pues úsalo de una vez, antes de que pierda la poca paciencia que me queda.

Clayton soltó con desprecio un par de billetes sobre el mostrador.

Travis miró a Chase. Era un extraño muchacho de trece años, con poca ropa para el tiempo que hacía, inseguro y con un toque de beligerancia gratuita que podía hacerlo peligroso.

—¿Haciendo novillos, Chase?

El muchacho se puso rojo hasta la frente y miró a sus compañeros.

—Usted vive en Marte, señor. Estamos de vacaciones.

—¿Y no tenéis nada mejor que hacer que molestar a esta dama? —los miró acusadoramente—. ¿Habéis estado rondando mi propiedad otra vez?

Chase se tensó.

—No, ¿por qué?

—Algunas de mis vacas han desaparecido por arte de magia. Tal vez hayáis visto algo.

—No, no hemos visto nada —dijo Clayton, mientras guardaba el cambio en el bolsillo—. Vamos. Tenemos mejores cosas que hacer que darle charla a un vaquero paralítico.

Travis metió los pulgares en el cinturón y los observó mientras se marchaban. Aquel chico tenía más razón de la que él quería admitir, pero eso no quería decir que tuviera que gustarle el comentario.

—Gracias, Travis —dijo Missy—. Estos críos me ponen de los nervios, siempre tratando de impresionar a los otros. ¿Esto es todo?

Estuvo tentado de decir que sí, pero el dolor que tenía a la altura del coxis lo estaba matando de verdad.

—Será mejor que me des un poco más de lo que me mandó el doctor Hazelton.

Ella sonrió.

—Enseguida vuelvo.

Mientras esperaba, Travis no pudo dejar de pensar en Chase Conly. Había una tensión en el cuerpo de aquel muchacho y un deseo de que los demás lo consideraran el duro que le iba a causar muchos problemas, si no se los había causado ya. Y estaba seguro de que el muchacho sabía algo del ganado robado.

—Aquí tienes, Travis —Missy le dio un pequeño paquetito—. Te lo cargo en la cuenta.

—Gracias. Nos vemos —Travis trató de que su cojera fuera lo menos evidente posible. Lo único que le pasaba era que estaba entumecido. Un par de pastillas lo pondrían en forma, incluso para pelearse con una mujer tan cabezota como Mercy Holt.

Y una cosa estaba clara, él y Mercy iban a tener un encuentro en cuanto dejara de sentirse tan mal.

Capítulo Ocho

—¡Por Dios santo, niña! ¿Dónde te has metido desde tan temprano? —exclamó Jonathan desde la puerta de su estudio, al ver aparecer a su hija por la puerta.

—Ha habido un accidente de tractor —dijo Mercy, cubierta de barro y con el jersey lleno de manchas de sangre. Se detuvo al pie de las escaleras. Las deportivas sucias habían dejado huellas sobre el mármol del recibidor. La penalización por eso era una tremenda bronca de Daisy por haber destrozado la cera recién pulida el día antes de Acción de Gracias—. He ido en la ambulancia en lugar del doctor Hazelton.

—Parece que te has llevado la peor parte.

—No, para nada. La peor parte se la ha llevado Ben Honicutt, pero creo que se va a recuperar.

—Me alegro de que así sea —Jonathan levantó una ceja—. Sé que estás muy ocupada, pero, ¿podrías concedernos un minuto?

Mercy miró al reloj y se encaminó hacia el estudio.

—El doctor me ha pedido que haga una visita a una paciente en su casa —Mercy se quedó en silencio al ver al trío de visitantes que había en el estudio, Honey Jones, un poco más pálida de lo habitual, Sam Preston y Travis, vestidos con camisas vaqueras y chalecos. Ambos se levantaron al verla entrar.

—Buenos días, Mercy— Roni se alegró mucho de tu visita.

—Hola, buenos días —dijo Travis, con una mirada acusadora.

Mercy nunca pensó que aquellos ojos marrones podrían resultar tan fríos y frustrantes y tan cálidos y hambrientos a la vez. Culpabilidad, miedo y lujuria se le mezclaron a Mercy en el estómago.

Pero estaba demasiado ocupada para enfrentarse a todo aquello.

Tenía un millón de cosas que hacer para su madre antes de volver a Ft. Worth.

Además, llevaba unos cuantos días ayudando al doctor Hazelton y no había parado. ¿Qué culpa tenía ella de que su vida últimamente fuese tan intensa?

Por desgracia, no había tenido ocasión de devolverle a Travis sus llamadas.

«Cobarde, miéntele a todo el mundo, pero no te mientas a ti misma", pensó Mercy.

La verdad era que había estado corriendo de arriba abajo como hace un hámster en su rueda, haciendo lo que fuera, en cualquier parte, para evitar enfrentarse a Travis. Ella lo sabía, pero él también. Y su estrategia había funcionado perfectamente hasta ahora.

—Lo siento. No sabía que tuvieras visita —Mercy dio un paso para atrás—. No quería molestarte.

—No digas tonterías —le replicó Jonathan. La agarró del codo y la condujo hasta la silla vacía que había entre Travis y Honey—. Este es un asunto que conoces. Ya sabes lo de las reses robadas, ¿verdad?

—Sí, algo sé, pero…

—Travis vio a un grupo de muchachos en sus tierras y Honey está tratando de enterarse de algo…

—De algo, pero no consigo mucho. Lo que sí he oído es que Clayton y un par de críos más andan por ahí con los bolsillos llenos de dólares. Jamás antes habían tenido ni una moneda para malgastar.

Mercy miró de nuevo al juez.

—¿Tenéis alguna prueba que los relacione con los robos?

Jonathan negó con la cabeza.

—No, no tenemos pruebas, sólo sospechas. Pero incluso si se demostrara que esos chicos están envueltos en algo sucio, aquí hay algo que tratar y nos hemos quedado sin ideas. Sé que tú estuviste trabajando con grupos de jóvenes en la ciudad. Por favor, Mercy, si tienes alguna sugerencia, apreciaríamos mucho tu opinión.

Mercy no pudo ocultar su sorpresa. Su padre le hacía una invitación oficial a participar en un tema de máxima importancia para él, no como la nena de papá, sino como una verdadera adulta.

A partir de aquel momento dejó de importar la mirada de Travis o su insistente gesto de condena. Aquello abría una puerta hacia una nueva relación entre padre e hija y no iba perder la oportunidad.

—Estaré encantada de ayudar en lo que pueda —dijo ella y tomó asiento, lo que indujo a Travis y Sam a hacer lo mismo.

En el instante en que el vaquero tomaba posesión de su silla, su pierna musculosa y varonil rozó la de Mercy. Su piel estaba caliente y a ella se le aceleró el corazón.

—Un punto de vista nuevo es siempre una buena cosa —dijo el juez, mientras se levantaba y se dirigía al carrito del café. Sirvió una taza que le dio a Travis para que se la pasara a su hija.

Al agarrarla, sus dedos se rozaron. El estómago se le encogió y sintió un escalofrío. No podía parar el intenso calor que le abrasaba el bajo vientre y que se extendía hasta sus extremidades. Lo estaba haciendo a propósito para desorientarla.

—Gracias —dijo ella con fingida cortesía.

—De nada.

La intensidad y capacidad evocadora de su mirada consiguieron hacer que se ruborizara. Dio un sorbo de café y se quemó la lengua.

—Ten cuidado, te puedes hacer daño —le murmuró él.

Con la mirada firme al frente, Mercy tomó otro trago para probarle que estaba equivocado.

Sam fue el siguiente en hablar.

—Me gustaría asegurarme de si esos chicos tienen algo que ver con los robos. Podríamos estar perdiendo el tiempo. Debe de haber algún modo de averiguarlo.

—Chase Conly —dijo Honey—. Es el más joven y estaba empezando a confiar en mi. Pero ahora… estoy seguro de que está ocultando algo, pero no se qué.

—Recuerdo que su tío estuvo en el banquillo de los acusados ante mí hace unos años —dijo el juez—. Creo que tenía los cargos de robo a mano armada con intimidación, pero no me acuerdo bien. Supongo que él no nos servirá de nada.

—Dan Conly no abriría la boca ni para comer. Supongo que es algo de familia. El se encargó de su sobrino cuando nadie quería hacerlo, pero me trata con mucha hostilidad cuando quiero hablar con él de los problemas de Chase.

—Los padres con los que yo he tratado siempre suelen ponerse a la defensiva y sobreprotegen a sus hijos.

—Hay demasiado orgullo detrás de esas actitudes —dijo Travis —. Y miedo.

Mercy se tensó al intuir el mensaje oculto tras aquel comentario. Bueno, que pensara lo que quisiera. Ella estaba haciendo lo que debía.

—Ojalá que hubiera un modo de encauzar a esos chicos. Eso nos permitiría llegar hasta ellos —dijo Honey con una mezcla de esperanza y frustración— El dinero y la emoción pueden ser dos buenos motivos para robar, sin que se hayan siquiera pensado en que pueden acabar en la cárcel.

—Quizás parte del dinero que se recauda para ayudar a jóvenes podría utilizarse para que estos chicos hicieran algún tipo de servicio a la comunidad —sugirió Mercy—. Podrían limpiar el parque de Saddiebag o algo así.

—Eso es una idea —dijo Jonathan—, Si les damos algo que hacer que les haga sentirse orgullosos y reciben algo de dinero a cambio, podemos hacer que se mantengan alejados de los problemas.

—Sí, es un proyecto con posibilidades —dijo Honey—. Y la verdad es que el parque de Saddiebag necesita una reforma.

—Sí, vamos a ir a por ello —Jonathan dijo con un entusiasmo que Honey secundó.

—De acuerdo —Honey miró a Travis—. ¿Sería posible que el campeón mundial de rodeos colaborara en esto?

Travis sonrió, esa sonrisa embriagadora que sabía dibujar con maestría.

—Por ti, cualquier cosa.

—¡Gracias! —respondió ella, encandilada con el vaquero.

Mercy sintió… ¿qué sintió? Rabia, humillación, desencanto. No. Sintió celos. Desconcertada, dejó la taza sobre la mesa.

Era un caso perdido. ¿Cómo podía permitirse ella rechazar a Travis y luego sentir celos porque prestaba su atención a otra mujer?

Con un monumental esfuerzo logró vencer aquel inadecuado sentimiento.

Pero lo que encontró en su lugar no fue paz, sino vacío. Al

menos, durante unos segundos, no le dolió el corazón. Eso era algo. Dolor. ¿Era eso lo que sentía, entonces?

No importaba, tan pronto como pudiera volver a su rutina de siempre, todo volvería a su sitio.

—No podríamos agarrar a un par de macarras de esos e interrogarlos. Eso nos ahorraría tiempo.

Jonathan se rió.

—Sospecho que la constitución no nos lo permite, Sam.

—Sí, algo así me imaginaba. Era sólo por ahorrarnos un par de cabezas o tres.

—Mirad, yo voy a intentar por mi parte sacarle algo a Chase o a los otros.

—Mientras tanto, Mercy nos podría buscar más detalles de cómo se ponen en marcha este tipo de acciones en Ft. Worth. Si tuviéramos un buen modelo sobre el que basarnos ahorraríamos mucho tiempo y nos evitaríamos muchas equivocaciones.

Mercy mantuvo la expresión de su rostro inalterable.

—Estaré muy contenta de poder ayudaros.

—¿Cuándo tienes pensado volverte para allá? —preguntó Honey.

—El viernes —la palabra se le quedó en la garganta al ver la tensión en los hombros de Travis. A pesar de todo, se forzó a seguir con un tono jovial—. Papá está prácticamente recuperado y, sí no se excede demasiado en su trabajo, todo debería ir bien, yo tengo que volver a trabajar. Así es que, en cuanto llegue, recabaré la información que me solicitáis.

Honey sonrió.

—Bueno, sentiremos mucho que tengas que irte, pero será estupendo poder disponer de todo tan pronto. Gracias.

Desesperada por escapar, Mercy miró a su reloj una vez más.

—Ahora, si me perdonáis, tengo que ir a visitar a la señora Rubin.

—Ya hemos terminado —dijo el juez y se levantó.

Mercy salió casi corriendo, pero Travis la siguió.

Ella se quedó paralizada al sentir su mano en el brazo cuando se disponía a subir la escalera.

—Déjame, Travis.

—Tenemos que hablar antes o después.

—¿Para qué?

—¡Maldición! ¡Eres una cabezota!

—Tengo muchas cosas que hacer —dijo ella.

—Sí, claro, no me cabe la menor duda de eso —la obligó a mirarlo a la cara—. Puedes intentar llenar cada minuto de tu vida para no tener que pensar, ni sentir, ni ser.

—No sé qué quieres decir.

—Lo sabes perfectamente. ¿Por qué crees que estas huyendo tan desesperadamente?

—No lo estoy haciendo.

—Mentirosa —la soltó y su boca dibujó una expresión de tristeza —. Está bien, hazlo a tu modo. Pero lo cierto es que si no tienes lo que hay que tener para darle a lo nuestro una oportunidad, toda tu vida va a estar vacía.

Aquello fue más como una condena que una predicción, una cuchilla afilada sobre el cuello. Sintió un terror infinito a que cuanto acababa de decir fuera verdad.

—¿Vas a ir así?

Mercy puso la ropa sucia en el cuarto de la lavadora.

—Por lo menos voy limpia. La señora Rubín es demasiado amable para poner objeción alguna a mis pantalones vaqueros. Me tengo que ir.

Mientras su madre preparaba un centro de mesa para la cena de Acción de Gracias, le lanzó a su hija una mirada crítica.

—Pero ese no es un atuendo indicado para una profesional como tú.

—Deja a la chica tranquila —dijo Jonathan. Se sentó en una de las sillas de la cocina y abrió el periódico—. Está muy bien. Siempre lo está.

—Gracias, papá —Mercy agarró su maletín y le dio un beso en la mejilla—. Y gracias por haberme pedido opinión hoy. Significa mucho para mí.

—Nos estabas haciendo un favor.

—Llamaré al director del grupo de jóvenes cuando regrese a la ciudad —dijo ella—. Eso sí, a condición de que no trabajes demasiado.

—Que es exactamente lo que haces tú, ¿no? Somos iguales, ¿sabes? Y yo soy la prueba viviente de que los adictos al trabajo no

llegamos siempre donde queremos —la miró por encima del periódico—. Quizás el médico debería seguir su propio consejo y encontrar cierto equilibrio en su vida.

Las palabras de Travis resonaron en su cabeza.

La única forma de mantener bajo control todos aquellos sentimientos encontrados era trabajando.

—Es más fácil decirlo que hacerlo. Pero intentaré —mintió ella.

Su madre adivinó de inmediato que sólo fingía.

—Vamos. Te estarás matando, como de costumbre, en cuanto vuelvas a Ft. Worth y no volverás a vernos —Joycelyn puso un último ramillete de flores en el centro—. Por lo menos, tampoco tendrás tiempo para ese vaquero.

—¡Joy! —Jonathan soltó el periódico con fuerza sobre la mesa —. Ya basta.

La madre se enfrentó a él.

—Sólo porque una madre tiene ciertas aspiraciones para su hija…

—Mercy es una mujer adulta, capaz de tomar sus propias decisiones.

Mercy tragó saliva y miró a su padre admirada.

—Tienes razón, papá. Gracias. De cualquier forma, no tienes de qué preocuparle, mamá. Para mí Travis no es más que un amigo y, una vez que vuelva a Ft. Worth dudo que nuestros caminos se vuelvan a juntar.

—Espero que eso no sea por nada que hemos hecho o dicho nosotros —el juez metió las manos en los bolsillos de su chaqueta de punto—. Creo que en un momento nos comportamos como pomposos estúpidos y juzgamos mal a tus amigos.

—Éramos padres —protestó Joycelyn—. ¿Qué hay de malo en querer lo mejor para nuestra hija?

—Fue un error no confiar en el juicio de Mercy a la hora de escoger sus amistades. Los Preston y Travis Kíng eran y son gente estupenda. Y ya es hora de que dejemos de interferir en la vida privada de Mercy.

—No creo que la preocupación de una madre pueda llamarse interferencia, Jonathan.

Joycelyn se puso de pie bruscamente y se dirigió hacia la puerta —. Perdonadme, tengo que ir a la iglesia a ayudar para el servicio

de esta noche.

—¡Mamá!

Joycelyn desapareció y el juez detuvo a su hija.

—Déjala.

—Pero se ha enfadado.

—Se le pasará —Jonathan suspiró y sacudió la cabeza—. Tu madre es una buena mujer, pero no puedes permitir que lo que otros esperan de ti te impida encontrar tu camino.

—Lo sé.

—¿Seguro? —agarró las manos de su hija—. Tu madre te quiere y desea lo mejor para ti. Pero si tú eres feliz, ella aceptará cualquier cosa. Así es que, si has encontrado algo precioso, no lo dejes escapar.

Mercy se mordió los labios temblorosos.

—Sí fuera tan sencillo.

—No pierdas la segunda oportunidad. Son algo muy difícil de encontrar. Lo sé por experiencia.

—¿Qué tal estaba la señora Rubín hoy?

—Se está muriendo.

Mercy estaba junto a su madre en el banco de la iglesia. La iglesia Metodista estaba completamente llena en aquella misa de Acción de Gracias. Había un coro mixto, que incluía a Roni Preston, dispuesto a hacer las delicias de los asistentes.

Varios grupos de chicas adolescentes llevaban en la mano un programa decorado con calabazas y pavos.

La escena le provocó a Mercy una sonrisa. Después de todo Flat Fork no era un sitio tan malo. De hecho, no podía pensar en otro sitio que pudiera llamar hogar. Se preguntó desde cuando había empezado a pensar eso.

—Siento mucho que su salud esté tan delicada —dijo Joycelyn, elegante, como siempre, con un traje blanco de invierno y un collar de perlas—, ¿Y su familia?

—Siguen haciendo como que no pasa nada. Se niegan a aceptarlo.

—Cada cual afronta las cosas a su modo —murmuró Joycelyn.

Mercy asintió.

Mientras observaba una fila de nuevos fieles recién llegados, no pudo evitar pensar en la señora Rubin, frágil como un pajarillo y,

sin embargo, serena, en paz consigo misma, permitiendo a su familia vivir una ilusión durante el tiempo que lo necesitasen.

—Pero en algún momento, hay que enfrentarse a las cosas —le había dicho ella.

Mercy apretó los labios. Había un mensaje en aquellas palabras que podría tener mucho que ver con sus propias emociones.

De pronto, queriéndose confundir entre los murmullos de la congregación, escuchó la voz de Travis. Mercy sintió aquel timbre profundo reseñarle dentro. ¿Es que nunca se libraría de ese estado de vigilia en que la ponía? No importaba lo que le dijera su cabeza.

Con la esperanza de que él no la viera, dirigió su mirada al frente.

Sam y Travis pasaron por el pasillo en busca de un sitio. La pequeña Jessie no dejaba de jugar y trataba, sin demasiado éxito, de arrancarse un lazo rojo que llevaba en el vestido.

Travis se dio la vuelta para sujetar a la pequeña y sus ojos se clavaron directamente en Mercy. El mensaje parecía claro y conciso, sabía perfectamente dónde estaba y era más, parecía saber cuáles eran sus más íntimos pensamientos.

Tragó saliva y juntó las manos sobre el regazo.

Su madre la miró y frunció el ceño.

—¿Estás bien?

—Sí, claro —su voz sonó como un susurro mortecino—. ¿Por qué no iba a estarlo?

Joyselyn miró en dirección al hombre que había captado la atención de su hija.

La misa comenzó, pero en muchos momentos Mercy estuvo completamente ausente.

El coro cantó, el platillo de las limosnas pasó.

Pero para Mercy lo único real era aquella espalda masculina que, como un imán atraía una y otra vez su mirada.

La chaqueta le hacía los hombros excepcionalmente anchos y la sólida línea de su mandíbula y de su cuello le recordaban a Mercy el tacto de aquella noche en que la hizo suya. El recuerdo la hizo temblar de necesidad y tristeza.

«Corre», le decía su cabeza. «Relájate», le decía su corazón.

Al ver a Travis a agarrar a la pequeña Jessie, ponérsela sobre las piernas e inclinarse para besarla, creyó que se iba a desmayar de

amor.

Acababa de derribar los muros. La negación de los sentimientos había despegado, se había desvanecido en el aire. Por fin, lo que todos habían intentado decirle se mostró claro como el agua. Estaba enamorada de Travis King y, posiblemente, lo había estado desde que tenía diecisiete años.

Pero aquel reconocimiento de la verdad no trajo consigo paz.

Tampoco cambiaba las cosas. Lo que antes era miedo se había convertido en pánico. Porque, si seguía su corazón, terminaría roto y no sabía si podría sobrevivir a eso otra vez.

Mercy cerró los ojos para evitar que el dolor le empapara las mejillas. Toda su experiencia en lidiar con la muerte no le servía de nada al enfrentarse con aquello. Le aterrorizaba amar a un hombre que estaba siempre en las puertas de la muerte.

Además, Travis no era hombre de una sola mujer. En cuanto se cansara de ella, la dejaría enamorada y abandonada.

De un modo un otro, la destruiría.

—Tienes las manos heladas —le dijo Joycelyn al agarrar el misal de sus manos—. Yo creo que te estás poniendo enferma.

Mercy se dio cuenta entonces de que la misa había terminado. El himno final llegó a su punto culminante y la gente comenzó a salir por los pasillos.

—Estoy cansada, eso es todo, mamá —murmuró.

Se levantó, agarró su abrigo y su bolso y salió al pasillo—. Ha sido un día largo. Me gustaría irme a casa.

—Buenas tardes, señoras. Una misa muy bonita, ¿verdad? —Sam llevaba a la pequeña Jessie en los brazos y trataba de colocarle, sin demasiado éxito, el gorrillo que se arrancaba continuamente.

Travis se quedó a su lado, deslizando sus ojos por las suaves curvas de aquel cuerpo femenino que tanto anhelaba.

—Estás preciosa, nena —le dijo a Mercy.

Ella sintió sus palabras como una aguja clavada directamente en la garganta.

—Gracias.

—La verdad es que si, lo ha sido y el coro ha estado mejor que nunca, ¿verdad señor… Sam? —Joycelyn lo miró con una sonrisa amable y luego se dirigió hacia la pequeña cabeza pelirroja que había junto a él—. ¡Cómo ha crecido!

—Demasiado deprisa —dijo Roni que se unía a ellos en ese instante.— Hay café y galletas caseras de esas que hago con forma de pavo. ¿Se viene alguien?

—Lo cierto es que yo le dije a Grace Ellis que la ayudaría en el servicio de esta noche —dijo Joycelyn—. Pero Mercedes está un poco cansada. Señor King, ¿le importaría acompañar a mi hija hasta casa?

Mercy y Travis la miraron anonadados.

—Mamá, estoy perfectamente, de verdad…

—Señora, estaré encantado de hacerlo.

—No es necesario —dijo Mercy con desesperación—. No tenías que haber molestado a Travis.

—No tengo problema, siempre y cuando pueda pasar antes a comprobar una cosa —dijo él con un tono áspero.

Mercy hundió la cara junto al cuello de su madre y le susurró algo que nadie más pudo oír.

—Madre, ¿qué se supone que estás haciendo?

La mujer la animó con una respuesta enigmática.

—Nunca podrás saberlo exactamente si no vas, ¿verdad?

Confundida por la repentina acción de su madre, Mercy dejó que Travis la agarrara del brazo.

—La cuidaré —le dijo a la madre.

—Lo sé —respondió ella.

Con el corazón en un puño Mercy susurró muy suavemente.

—Madre…

—No llegaré a casa hasta que Grace y yo hayamos acabado de recoger la cocina. No nos esperes levantada, Mercy. Ya sabes cómo le gusta hablar a Grace.

Sin decir nada más, Joycelyn se dio media vuelta y se puso a hablar con los Preston.

—Lo siento —dijo Mercy—. No sé cómo te han metido en esto.

Al llegar a la furgoneta, Mercy recordó inmediatamente lo que había sucedido la última vez que se había acercado a ese vehículo.

—Ya le he dicho que para mí no hay problema —miró al reloj y se puso de camino—. Espero que no te importe parar en mi casa un segundo. Le prometí a Ángel Morales que nos veríamos allí. Hemos trasladado un nuevo toro, Granada, y quiero asegurarme de que está bien antes de irme mañana a Dentón a ver a mi hermano Sis.

—¿Hay algún problema?

El se encogió de hombros pero mantuvo la mirada fija en la autopista.

—No queríamos sacar a Granada hasta que yo lo hubiera ablandado un poco. Es demasiado agresivo, muy duro para ir directamente a un rodeo. Pero con los últimos robos, nos hemos quedado sin reses y si fallamos ahora, todo el esfuerzo por ser competitivos se irá al garete.

—Ya veo.

La electricidad que había en el ambiente era palpable para ambos.

—No te preocupes, no voy a saltar sobre ti. No sin tu consentimiento.

—¡Vaya, gracias! —dijo ella con ironía.

El se rió, pero fue una risa desafiante, sin humor.

—Ah hemos llegado —anunció finalmente.

Tomaron el camino de tierra que conducía hacia los establos.

Al llegar, Ángel Morales ya los estaba esperando junto al camión de transporte de ganado.

Los faros del coche iluminaron parcialmente al toro embravecido que se removía en el corral.

—En seguida vuelvo —dijo Travis y descendió de la furgoneta.

Mercy no podía apartar la mirada del animal confinado en el interior del establo. Bajó de la furgoneta y se aproximó a la valla. Pocas veces había tenido ocasión de estar tan cerca de un toro de aquel tamaño, especialmente de uno cuyo único propósito era dar cornadas a diestro y siniestro.

Estaba claro que no le había gustado nada eso de que lo transportaran en mitad de la noche. Embestía continuamente a enemigos imaginarios y olía a carne salvaje y a una locura incontrolable. Aquella imagen se le hizo a Mercy insoportable.

Era la prueba viviente del peligro que corría Travis cada vez que montaba.

Travis y Ángel estaban todavía hablando junto al camión.

Mercy se dio la vuelta, se apretó el estómago y sintió una náusea. Con la respiración acelerada, buscó un lugar discreto. Llegó hasta el pajar y se refugió allí.

Una lámpara de seguridad y los faros de la furgoneta daban al

lugar luz suficiente para saber dónde pisaba. Se agarró al marco de una puerta con una mano y se sujetó la frente con la otra, tratando de luchar contra las náuseas que le provocaba el miedo. Estaba claro, no era lo suficientemente valiente como para afrontar determinadas cosas y una de esas cosas era la muerte de Travis. Cualquier idiota con un mínimo de instinto de conservación saldría corriendo.

El sonido de un camión anunció la marcha de Ángel Morales.

Inmediatamente después, Mercy sintió la mano de Travis sobre el hombro.

—Cariño, ¿estás bien? ¿Cuál es el problema?

—Tú, yo, todo. Déjame, Travis —le suplicó—. Ten compasión.

—No puedo —dijo él con la voz inflamada de dolor. Le dio la vuelta y la miró de frente—, ¡Dios, ayúdame! No, no puedo dejarte escapar.

—Pero, ¿por qué?

—Porque te quiero, te amo, ¿es que estás ciega? —Travis se inclinó sobre ella. Sus ojos brillaban con mucha intensidad—. Siempre te he querido, desde el primer momento que te vi. Y eso no ha cambiado ni cambiará.

—¡Dios mío! —aquella declaración de devoción incrementó su vértigo—. ¿Qué voy a hacer?

—Es muy sencillo, nena. Cásate conmigo.

Capítulo Nueve

Había vuelto a hacerlo, había hablado demasiado pronto, se había precipitado y la había arrinconado otra vez. Error. Desastre.

—¡Travis! —exclamó ella con las manos sudorosas, temblando como un pajarito atrapado.

—¿Te parece tan impensable? —dijo él con la garganta inflamada por el ansia—. ¿Es tan absurdo el tener una vida conmigo, niños, una familia?

—No sabes lo que me estás pidiendo.

—Sí, lo sé perfectamente. Te estoy pidiendo que seas mi esposa —depositó las manos sobre sus hombros, se inclinó suavemente y depositó un dulce beso sobre sus labios, pero el fuego de la pasión lo consumía—. Ya sabes, hasta que la muerte nos separe.

Ella dio un paso hacia atrás, como si la hubieran golpeado.

—No puedo.

El frunció el ceño.

—¿No puedes o no quieres?

—Es lo mismo.

—No, no es lo mismo.

—Sabes que no puede funcionar.

—Es el miedo el que te dicta esas palabras.

—Sí —confesó ella—. No podemos dejar de ser lo que somos.

—No te estoy pidiendo nada semejante.

—¿Seguro? —Mercy cruzó los brazos para protegerse de los temblores que la sacudían—. Tú arriesgas tu vida cada vez que montas un toro y quieres que yo acepte eso. Pero si lo hiciera y te perdiera… No, no podría soportarlo.

—¿Y eso es todo? ¿Ese es el problema? —aliviado, él sonrió—. No te preocupes, ojitos azules, me las arreglaré para que eso no

ocurra.

—Pero yo no puedo soportar la idea. ¿Qué ocurriría si te pidiera que lo dejaras, ahora mismo, en este preciso instante?

Travis dudó.

—¿Y por qué ahora? No es algo que pueda hacer toda la vida…

—¿Lo ves?

—Maldita seas, ¿qué quieres probar?

—Nada. Sólo que tanto tú como yo somos adictos a la adrenalina que nos provoca nuestro trabajo. Ninguno de los dos seríamos felices si tuviéramos que dejarlos.

De repente, él se sintió como si se estuviera encerrado con ella en la misma esquina, un lugar sin salida en el que imperaba la desesperación.

—Pero yo haría cualquier cosa…

—Si permites que mi miedo te aparte de lo que es tu vida, el resentimiento destruirá lo que hay entre nosotros. No. No quiero que nos ocurra eso a ninguno de los dos.

El sintió el sabor amargo de la verdad.

—¿Y qué hay entre nosotros, Mercy? ¿Es que para ti no ha sido nada más que un reencuentro de antiguos compañeros de instituto?

—¡No digas eso, por Dios! —se acercó hacia él y depositó la mano sobre su pecho, a la altura del corazón. Una lágrima se deslizó por su mejilla—. No puedo soportar que pienses eso.

—No, por favor, no quiero verte llorar…

Con un gemido, Travis la agarró, la abrazó con fuerza y la besó. Al levantar la cabeza, ambos tenían el pulso acelerado y la respiración era intensa.

Tenía la cabeza llena de disculpas por lo que acababa de hacer y en su mirada se reflejaba cada una de ellas.

Pero, para su sorpresa, ella se acercó aún más a él, lo agarró de la nuca y atrajo hacia sí su cabeza, depositando sus labios en los de él. Luego, le acarició la barbilla y el bigote.

—Esto —dijo ella—. Esto es lo que tenemos.

Esperanza y desesperación empezaron a sonar como una misma melodía.

—Sí —susurró él, mientras su lengua recorría todos los dedos de su frágil mano.

Una vez más, ella se acercó a él y lo besó. Sabía a mujer y a sal y

a desesperación.

El murmullo sonó desesperado.

—Todo lo que podemos hacer es tomar lo que se nos ofrece —dijo ella—. Estaríamos locos si pidiéramos más.

—Entonces yo estoy loco —respondió él—. Voy a hacer lo imposible por obtenerlo todo.

La agarró en sus brazos y la llevó hasta la casa. Sólo se preocupó por encender con el codo la pequeña luz que había en el recibidor.

La condujo al dormitorio y la dejó delicadamente sobre la cama, mientras ella se quitaba el abrigo y lo despojaba a él de su chaqueta.

Travis agarró sus pechos y los acarició a través de la tela. Eran perfectos, y la dureza de sus pezones presionaban contra el fino material del vestido.

El delicioso masaje encendió la sangre de Mercy.

Con ansia, le quitó la corbata de cordón y le abrió la camisa. Se la quitó y con un gemido intenso depositó la boca sobre su pecho, recorrió su torso duro con la lengua y con las manos, hasta llegar a su boca.

La lengua de Travis exploró los abismos insondables, los rincones ocultos de la boca de ella. Ella tembló al tenerlo tan cerca, al sentir sus dedos entre el pelo.

Y se llevó con él todo el aroma a flores, a mujer y a deseo.

Le desabrochó la cremallera del vestido y deslizó las manos por su piel suave. Deslizó el traje desde los hombros hasta los pies sin dejar de besar el marfil que cubría su cuerpo.

—Travis… —suplicó ella.

—Dulce, dulce Mercy. Puedes hacer lo que quieras con un hombre.

El sujetador de raso dejó en libertad sus senos turgentes. El recorrió con los dedos su espalda, hasta llegar a la cavidad que hay entre los dos pechos.

Lentamente, como un tormento, comenzó a saborear sus pezones, pequeños, duros y suculentos. Ella cerró los ojos y recibió el placer, incitándolo a ir más allá.

Pero esta vez no se iba a dejar llevar por las prisas. Tenía que saborearla al máximo. La despojó del resto de la ropa y la admiró durante unos instantes.

—¡Eres increíble! —dijo él—. Me dejas sin respiración.

Se acariciaron mutuamente por todas partes, sin dejar ni un centímetro de piel ansioso de tacto.

Ella era de oro y alabastro, hermosa como la más hermosa. El ébano y tierra modelada para representar a los dioses.

Ella tenía miedo de que él muriera bajo el ímpetu del toro. El tenía miedo a morir de amor.

Mercy se colocó sobre él, le quitó la ropa interior y comenzó a acariciar su sexo.

—No tan deprisa. Déjame jugar un poco.

Le sujetó las manos y repasó con la lengua el contorno de su cuello, de sus pechos, de su vientre, hasta llegar a su pubis.

—Eso es trampa.

—No, es placer.

Allí comenzó a deleitarse con su monte, abrió los labios y hundió la lengua, hasta arrancarle a ella un gemido placentero.

—Travis, no…

Él continuó disfrutando de los pétalos de su feminidad, de sus pequeños gritos, de sus convulsiones y contracciones.

—Eres un demonio, Travis King.

—A tu servicio, princesa.

Entonces ella, inició el juego a la inversa. Descendió hasta por el torso, hasta encontrarse con su excitado sexo. Lo acarició mientras se devoraban en un beso imposible.

—Eres mía —dijo él y se colocó sobre ella, dispuesto a hacer de aquella afirmación una verdad.

Con suavidad y ternura, la penetró. Ella lo recibió con agrado, deseosa de ser uno con aquel cuerpo cálido. Empezaron a moverse, los dos al unísono, en un ritmo cada vez más rápido que los derretía.

Con el magnetismo llegó la explosión y, ambos a un tiempo, degustaron el éxtasis, derramaron toda su vida en la vida del otro, todo su corazón, todo su ser.

Travis sentía los latidos golpeándole las sienes.

Jamás antes había experimentado nada igual. Aquello era lo correcto, lo único verdaderamente bueno que tenían los dos.

La abrazó con fuerza y deseó que ella llegara a darse cuenta también.

La pálida luz del amanecer de aquel día de Acción de Gracias se colaba por la ventana helada.

Iluminaba tímidamente la habitación decorada con muebles rústicos.

En la habitación había una temperatura muy agradable, pero Mercy no dejaba de temblar. La realidad era una intrusa poco oportuna que venía a visitar a los amantes después de un apasionado encuentro.

Mercy se arrimó a Travis como si el calor del otro cuerpo pudiera hacer algo por combatir el espectro indeseado. Lo observó durante un rato.

Seguía profundamente dormido y su respiración evocó el sonido de su deseo.

¿Cómo sería levantarse junto a aquel hombre durante el resto de su vida? ¿Podría tenerlo siempre que quisiera? ¿Podría amarlo libremente, sin miedo?

La fantasía era demasiado dulce y tentadora.

Pero la imposibilidad era la agonía, el cuchillo afilado que degollaba sin piedad.

Cerró los ojos y hundió la cabeza en la almohada.

—No, cariño —dijo él, mientras le acariciaba las sienes. Luego la abrazó y sus cuerpos desnudos se juntaron—. No quiero que vuelvas a despertarte junto a mí llorando.

Ella levantó la cabeza y la mano, y le tocó los labios con los dedos temblorosos.

—No estoy llorando. «Todavía», pensó ella.

Él frunció el ceño.

—Todavía tienes miedo. Quizás para ti sea muy pronto aún para hablar de matrimonio. No debería haber forzado las cosas…

Ella no podía soportar el volver de nuevo sobre aquel tema. Así es que lo besó y comenzó a acariciarle todo el cuerpo. El se sorprendió gratamente.

Ella descendió por su torso, dejando un río de besos impreso en su piel. Por fin, llegó a su destino. Con toda la seducción que se puede esconder en una mirada, capturó su virilidad entre los labios y le arrancó un gemido.

Quería darle algo, un regalo especial, algo que la hiciera inolvidable.

Una y otra vez ella lo besó, hasta que él quiso explotar de placer. Pero no lo hizo.

La agarró y buscó su boca, comenzando un beso cálido que la encendió.

Acarició su feminidad y besó sus senos, hasta que, arrastrado por un deseo incontenible, la penetró con toda la intensidad de su amor. Culminó su placer y ella se estremeció al recibirlo, comunicando con un grito armonioso su entrada en el reino de los cielos.

El quería que su amor fuera siempre compartido, uno y único.

Que fuera siempre aquel universo que estallaba, que se contraía, que brillaba aún a pesar de estar en mitad de la oscuridad. Millones de estrellas guiarían su amor, pues estaba hecho de una materia única, de una sustancia incombustible que sobreviviría al tiempo y al fuego.

Cuando el silencio había llenado de nuevo el amanecer, Travis se atrevió a romperlo.

—Podemos tomárnoslo con toda la calma que tú quieras —dijo Travis con un tono desesperado.

—Acabará por matarnos.

El se quedó pensativo durante unos segundos.

—Supongo que esto no es suficiente, ¿verdad?

Después de haber visto lo que era el paraíso, lo que podría ser su vida juntos, todavía había algo que pesaba demasiado, ser quienes eran. Si el miedo y el riesgo y las decisiones mal tomadas no pudieran destrozar aquello… Acabarían envueltos en el odio y la amargura de la insatisfacción. Para Mercy eso era lo más terrible que podía suceder, incluso peor que la muerte.

Lo acarició con todo su amor y comenzó a llorar.

—No —dijo ella—. Y, además, tú te mereces mucho más.

—Mercy…

—Déjalo así, vaquero. Simplemente hay cosas que no encajan por mucho que uno se empeñe.

El descendió la cabeza sobre su pecho y, entonces, ella sintió el cálido tacto de sus lágrimas. Abrazados y en silencio, lloraron juntos.

—¿No quieres más tarta?

Mercy dejó el plato y la taza en el fregadero y miró a su madre.

—Gracias, pero no tengo hambre.

Joycelyn, elegantemente vestida con un traje otoñal de seda, cortó un trozo de plástico y cubrió la tarta.

—No has comido casi nada.

—La comida de Acción de Gracias estaba deliciosa. La verdad es que Daisy y tú habéis hecho un extraordinario trabajo —miró en dirección a la sala en la que su padre estaba viendo el fútbol—. Y no creo que papá se haya dado cuenta de que todo era bajo en grasa y saludable.

—¡Claro que se ha dado cuenta! —dijo Joycelyn con una sonrisa —. Pero sabe que más le vale no protestar. Está llevando lo del régimen muy bien, gracias a ti. Yo creo que seguirá así.

Mercy se metió las manos en la chaqueta de punto de su traje color marfil.

—Tengo intenciones de teneros conmigo durante mucho tiempo.

Joycelyn dejó el pastel en la nevera.

—Sé que las últimas semanas han sido… difíciles, pero quiero que sepas cuánto te agradezco el tiempo que has estado con nosotros. ¿Estás bien?

Mercy se encogió de hombros.

—Sí, ¿por qué?

—Pareces cansada. No te oí llegar anoche.

—Volví tarde —se le puso un nudo en la garganta y, enseguida, forzó una sonrisa—. De hecho, no he terminado todavía la maleta, así es que debería ponerme a ello.

Preocupada por su hija, Joycelyn atravesó la cocina y la abrazó.

—No tienes que darme explicaciones. Lo único que quiero es que sea feliz.

Mercy se quedó algo desconcertada ante tan poco frecuente prueba de afecto.

—Gracias, mamá.

—A veces, en nuestro ansia de que seáis felices os impedimos serlo. Ahora sé que lo que tú elijas será lo correcto y estaré contigo. Tu padre no es el único capaz de aprender cosas con todo esto.

—Te quiero, mamá —se abrazaron como nunca lo habían hecho y, por primera vez, Mercy sintió que su madre había aceptado que era una adulta—. ¿Sabes? Además he decidido que, a partir de ahora, no voy a aceptar tanto trabajo. Vendré a veros más a menudo. Incluso podríais venir a verme un par de días. Os llevaría

al teatro y a cenar…

—Nos encantaría —Joycelyn le acarició el pelo suelto—. Estás guapa. ¿Seguro que no quieres un poco de tarta?

—Seguro —dijo Mercy, luchando contra la emoción que le comprimía la garganta y las lágrimas que querían salir.

Después de todo y a pesar de su catastrófica relación con Travis, aquel viaje había servido para recuperar otra relación de tanto valor como la primera.

—Bueno, me voy a ver qué tal anda tu padre. El partido debe de estar en lo mejor. ¿Por qué no te vienes para allá?

—Sí, ahora mismo voy —en ese instante el teléfono sonó—. Adelántate tú y yo contestaré el teléfono.

Joycelyn se fue hacia el cuarto de estar.

—¿Dígame?

Era Honey Jones.

—¿Por un casual Travis está ahí?

Mercy se sobresaltó al oír pronunciar aquel nombre, pero se obligo a sí misma a permanecer inalterable.

—No. Creo que se ha ido a Deaton, a pasar con su hermana el día de Acción de Gracias.

—¡Maldita sea! Y Sam está en Austin con sus suegros.

Mercy intuyó cierta alarma en el tono de voz de Honey.

—¿Qué ocurre? —le preguntó.

—Puede que nada. Pero acabo de recibir una llamada de la hermana de uno de los chicos. Escuchó una conversación y, por lo que decían, estoy segura de que son ellos los cuatreros.

Mercy enroscó el cable del teléfono alrededor del dedo.

—Bueno, eso significa que tal vez puedas hacer algo ahora.

—Sí, lo que ocurre es que su hermano ha desaparecido y está convencida de que están metidos en algo ahora mismo.

—¿A plena luz del día?

—Eso es lo que yo le dije, pero seguro que se han enterado de que Sam y Travis están fuera…

Mercy frunció el ceño.

—¿Has llamado al sheriff?

—Todo el mundo está trabajando en un asunto interestatal. Podrían pasar horas antes de que llegara el primer coche de patrulla.

—Y Travis acaba de trasladar su mejor toro… Se podrían arruinar por completo si pierden a Granada —sin pensárselo dos veces, tomó una impulsiva decisión—. Te digo lo que voy a hacer. Voy a darme una vuelta hasta el rancho de Travis. Si esos críos me ven por allí, no se atreverán a seguir adelante.

—De acuerdo. Yo me voy a acercar a la propiedad de los Preston. De cualquier forma, si ves algo extraño, no te acerques. Esos chicos pueden ser más peligrosos de lo que parecen.

—Nada a lo que no me haya enfrentado mil veces durante cualquier noche en la sala de urgencias —dijo Mercy.

—Por si acaso, ten cuidado.

—Bien.

Capítulo Diez

Al acercarse al establo, Mercy vio con horror y sorpresa un viejo camión de transporte de ganado con la puerta abierta. En mitad del corral había varios chicos que trataban de llevar al toro hacia el camión.

El robo de ganado era un crimen sin importancia si los ladrones acababan muertos.

No había ningún otro vehículo en las proximidades del rancho. Un viento frío golpeaba las ramas desnudas de los árboles y había remolinos de aire que elevaban torres de tierra rojiza.

Estaba sola y tenía que hacer algo.

Apretó con fuerza el freno al llegar junto a la vaya y el coche levantó una polvareda espectacular.

Se bajó a toda prisa, con la fuerza de un tornado y les gritó desde la distancia.

—¡Fuera de ahí, maldita sea! Salid de ahí y poneos a salvo.

Uno de los adolescentes se mantenía escondido tras la puerta abierta del trailer y hacía gestos a los otros para que metieran la bestia en el camión.

Chase Conly y otro muchacho de la misma edad eran los que se enfrentaban a la furia descontrolada de Granada.

Mercy se subió a la valla.

—¿Estáis locos? Fuera de ahí, es muy peligroso.

Tres caras aterradas se localizaron sobre ella.

El muchacho que estaba junto al camión, sin dudarlo un segundo, abrió la puerta del conductor, se subió y lo puso en marcha.

Los otros dos muchachos comenzaron a correr en distintas direcciones. Granada resopló y se preparó para cargar contra Chase.

El otro, corrió hasta saltar en el interior del camión y el conductor se puso en marcha, dejando a Chase atrás a su propia suerte.

Mercy miró al pequeño que había quedado en mitad de la arena, luchando por su vida.

—¡Corre! —le gritó.

Casi lo consigue. Pero, en el último momento, una de sus botas se enganchó en uno de los tablones de la valla. En pocos segundos, la masa animal llamada Granada estaba sobre él, embistiéndolo como un demonio, con las puntas de sus cuernos afilados clavándose sobre la madera.

El muchacho salió por los aires y terminó cayendo en el centro. Se quedó inmóvil. El toro se quedó quieto también, como si ya hubiera hecho su cometido.

—¡Dios santo! —exclamó Mercy. Sabía que en cualquier momento, al más mínimo movimiento, volvería a emprenderla con el bulto inerte que yacía en la arena.

Sin pensar, saltó la valla y se encaminó hacia el muchacho.

Quizás fuera su respiración o el ruido de sus pisadas, o la vibración de su presencia, no se sabe.

Pero Granada se dio la vuelta y cargó una vez más contra el muchacho.

Mercy se quitó la chaqueta y comenzó a agitarla en el aire, gritándole, hasta que, por fin, atrajo su atención. Mercy lanzó la chaqueta en la dirección contraria.

Casi consigue engañarlo, pues la bestia dio dos pasos hacia la chaqueta caída. Sin embargo, se lo pensó mejor y comenzó una carrera desenfrenada en dirección a Mercy.

Corrió con toda fuerza del instinto como motor, pero no pudo evitar que una cornada le alcanzara el brazo. En la distancia, intuyó un grito, pero no pudo prestarle más atención.

Granada volvía a iniciar la carrera hacia ella y, justo detrás, yacía Chase. Se lanzó sobre el cuerpo del muchacho para protegerlo y esperó a que la bestia mortal viniera sobre ella.

—¡Qué diablos es esto! —Travis dio un volantazo para evitar que el camión que venía de frente lo echara de su propia carretera.

Miró al muchacho que conducía y lo reconoció de inmediato.

Las conclusiones a las que le llevó el fortuito encuentro hicieron

que el delicioso pavo de su hermana se le atascara en la boca del estómago.

Pero cualquier preocupación por su propio bienestar se desvanecieron al ver el deportivo de Mercy aparcado junto al establo.

Algo no iba bien. Se bajó de la furgoneta casi antes de detenerla y corrió en dirección al redil. Saltó la valla olvidando sus propias magulladuras y vio todo como a cámara lenta.

Había un cuerpo sobre la arena.

Granada apuntaba sus cuernos con intenciones asesinas.

La sangre.

La rubia.

Y entonces ella hizo la acción más increíble. Se lanzó sobre el cuerpo del muchacho para protegerlo.

—¡No! —gritó con la desesperación más profunda que había sentido nunca.

Sin perdida de tiempo, se puso en mitad del camino de Granada, para impedir, a toda costa que le arrebatara la vida, pues su vida era ella.

Como si del mismísimo demonio se tratara, aquel vaquero se materializó entre el toro y ella.

Mercy pensó que hacía sólo unos segundos había conocido realmente lo que significaba la palabra terror. Pero al ver a Travis a solo unos centímetros de unos afilados cuernos, comprendió lo que era el miedo.

—¡Travis!

Agarró al toro por los cuernos y lo detuvo.

Con un ágil giro se apartó de la embestida y logró desviar al toro del lugar en que yacían Mercy y Chase.

Travis corrió tras el animal hasta volver a ponerse delante para llevárselo de allí.

Con la garganta llena de polvo y desesperación, Mercy trató de gritar, pero no pudo.

Travis logró que el animal lo siguiera hasta la puerta y, justo antes de que lo alcanzara se apartó, logrando así encerrarlo.

Mercy, sin prestar la más mínima atención a su brazo ensangrentado, comenzó a chequear el estado del muchacho.

Cuando Travis llegó hasta ella, pálido como un santo de mármol,

le hizo un torniquete con el pañuelo que llevaba al cuello.

—¡Dios santo! —exclamó él.

—Estoy bien —dijo ella mientras comprobaba el pulso de Chase y le levantaba un párpado—. Tráeme el maletín del coche y llama a una ambulancia. Este chico está muy mal.

La cómoda habitación del hospital John Meter Smilh de Ft. Worth era silenciosa y relajante, iluminada sólo por los suaves rayos de un sol de media tarde.

Un aparato colocado a la cabecera de la cama señalaba diversos números intermitentes y pitaba suavemente.

El botón de aviso a la enfermera y el mando a distancia del televisor estaban en la mesilla. Todos los pacientes gozaban de una asistencia inmejorable, pero después de dos días, la doctora Holt ya no lo soportaba más.

Por vigésimo primera vez en media hora, la doctora volvió a mirar el monitor que llevaba conectado al tubo que recorría su brazo.

La herida que le había hecho Granada había sido profunda y sucia y requería unas fuertes dosis de antibiótico. No podía protestar, pues el tratamiento que le habían impuesto habría sido el mismo que ella habría sugerido.

El personal del hospital se había portado particularmente bien con ella.

Ante tan espectacular entrada en su lugar de trabajo, parte había bromeado sobre su incapacidad de pasar desapercibida. Otros habían asegurado que lo de ponerse delante de un toro no era más que un modo de alargar un poco más las vacaciones y que la necesitaban, así que debía ponerse manos a la obra de una vez.

Lo cierto es que era muy agradable darse cuenta de que la habían echado de menos durante su ausencia.

En el momento en que todo el tratamiento antibiótico terminara, ella misma se daría el alta.

Pulsó el botón que movía la cama a una posición más vertical y se colocó cómodamente contra la almohada.

Estar en el otro lado de la barrera le daba un punto diferente muy distinto sobre el hospital.

Desde el momento en que se había convertido, no sólo en la primera médico en atender al muchacho que sufría varias cornadas,

sino la segunda paciente evacuada hasta el hospital de Ft. Worth, las cosas las había empezado a ver desde un ángulo muy distinto.

Desde su camilla iba dirigiendo las tareas para salvar la vida de Chase. A pesar de todo, el muchacho todavía seguía en la UCI, con un brazo roto y varias contusiones en la cabeza. Después de la experiencia que habían compartido, no podía evitar un especial interés en su caso.

Mercy ahuecó las almohadas y se estiró el camisón de algodón hasta cubrirse las rodillas.

Joycelyn le había traído ropa de noche de piel de ángel y encaje. Pero, a pesar de lo poco sexys que resultaban los horribles pijamas de algodón, eran mucho más cómodos. Aunque Travis tenía razón, eran ridículos.

El dolor del brazo se le transmitió al corazón.

No lo había visto desde el incidente del rancho y la última imagen de su cara pálida al despegar el helicóptero se le había quedado grabada.

Tenían tanto en que pensar, tanto que discutir, que decidir.

Unos pequeños golpes en la puerta interrumpieron su lamento silencioso.

La visión de un sombrero y unas botas la confundieron momentáneamente. Pero enseguida, se dio cuenta de que no era el vaquero que ella esperaba.

—¿Doctora Holt? —era un hombre vestido con una camisa a cuadros y pantalones vaqueros, tenía el pelo negro, despeinado y una voz rasposa. Se quitó el sombrero y los sujetó nerviosamente con las dos manos, como alguien que no está acostumbrado a cortesías. Sus duros rasgos faciales se intuían más angulosos por la sombra de una barba de tres días—. Siento mucho molestarla. Soy Dan Conly, el tío de Chase.

Mercy se incorporó y le hizo un gesto de que se sentara en la silla que había junto a la cama.

—Señor Conly, pase por favor y siéntese. ¿Qué tal está Chase?

—Salió del coma hace una media hora. Me han dicho que va a estar bien, que no nos preocupemos.

—Me alegro muchísimo —su sonrisa fue sincera y cálida como un sol de verano.

—Quería darle las gracias… —Dan Conly tragó saliva con

dificultad—. Me dijeron que usted había puesto en peligro su propia vida para salvarlo. No sabe cómo se lo agradezco, señora, mucho más de lo que puedo expresar.

—No hace falta que me dé las gracias, señor Conly. Sólo hice lo que tenía que hacer. Y no se imagina cómo me alegro de que el muchacho esté bien.

—Sólo nos tenemos el uno al otro. Ese endiablado niño sólo trataba de protegerme —dijo él.

—¿Podría explicarse?

—Bueno… yo he tenido problemas con la justicia en un par de ocasiones… pero ahora estoy limpio. Los otros chicos amenazaron a Chase con que, si no los ayudaba, conseguirían que me culparan a mí de los robos.

—Y el muchacho decidió cualquier cosa para evitar que eso ocurriera… Le debe querer mucho.

—Y yo a él —respondió el hombre.

Dan Conly tosió y se aclaró la garganta. Mercy fingió no haberse dado cuenta de que la emoción le habían empanado los ojos. Prefería no ponerlo en la tesitura de tenerse que justificar.

—Bueno, espero que todo salga bien para ustedes.

—La señorita Jones nos va a ayudar. Me ha dicho algo sobre circunstancias atenuantes —el hombre bajó los ojos—. Es poco lo que yo puedo hacer por usted, pero sí puedo recompensarla de algún modo…

—Cuide del muchacho. No permita que se le tuerza —Mercy le ofreció su mano.

Dan Conly se la estrechó con ímpetu.

—Gracias una vez más.

—Hágame saber cómo van las cosas y buena suerte.

El hombre asintió se colocó el sombrero, abrió la puerta y salió de la habitación.

Mercy dejó que su mirada se perdiera por la ventana. Ojalá que los Conly encontraran su camino.

Una extraña sensación en la nuca le hizo volver la cabeza. Y allí estaba el esperado vaquero apostado en la puerta.

—Esto es increíble —dijo él con su habitual sonrisa—, Te dejo sola un minuto y ya tienes otro hombre en tu alcoba.

Después de haber estado tan cerca de la muerte, lo único que le

quedaba era la sinceridad más absoluta.

—Tú eres el único hombre que me interesa tener en la alcoba. ¿Dónde te habías metido, vaquero?

—Tan pronto como supe que estabas bien, seguí las pistas que nos habían dejado y descubrí algo de interés para King & Preston Company. Era Buzz Henry quien estaba detrás del robo de ganado.

—¿En serio?

—En Tejas ya no hay pena de cárcel para el robo de ganado, pero te aseguro que, de un modo u otro lo va a pagar.

Ella levantó las cejas para encubrir su nerviosismo.

—Así es que ahora que los negocios vuelven a estar encauzados, tienes un poco de tiempo para esta enferma.

—Me haces sentir tan culpable como un niño al que se ha pillado con la nariz dentro de la caja de galletas, señorita Mercy —su oscura mirada, inquieta y algo insegura, se quedó fija en sus ojos. Cerró la puerta y se acercó hasta la cama—. La verdad es que para haber besado la arena, como se dice entre nosotros, no tienes mal aspecto. ¿Te duele mucho?

Ella sonrió.

—No mucho. Pero te aseguro que todo lo ocurrido me hace respetarte aún más en tu trabajo.

—Al menos hemos compartido la experiencia —la agarró de la mano y se la besó con ternura—. Quería haber venido antes, pero no sabía si querrías verme.

—¿Al hombre que me ha salvado la vida? Podrías haber adivinado que tengo más de una cosa que decirte. Empezando por darte las gracias.

—No es tu gratitud lo que quiero —dijo él, mientras le acariciaba la cara.

Ella se estremeció con su tacto.

—La tienes de todas maneras. Y mucho más.

—Me alegro de haber llegado en aquel momento. ¡Arriesgaste tu vida por aquel muchacho! Me diste un susto de muerte. Hasta ese momento jamás comprendí lo que se sentía al ver a la persona que se ama a punto de morir.

—Ahora lo sabes —su voz sonaba suave, melódica.

—Sí, claro que lo sé. Así es que ahora te entiendo. Comprendo tus razones. No me gusta tu decisión de todas formas, pero he sido

un arrogante al no darme cuenta de cuáles eran tus sentimientos. Lo único es que… bueno, ya sabes.

Sus palabras fueron gratificantes y cálidas.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Sí, cualquier cosa.

—Si tuvieras que hacerlo de nuevo, ¿volverías a enfrentarte a Granada otra vez, aún a sabiendas de que podrías no tener tanta suerte esta vez?

—Sí, por supuesto.

—Lo mismo me ocurre a mí. Por eso, esto me ha dado un nuevo punto de vista sobre las cosas. Creo que si los dos tenemos que arriesgarnos será mejor que lo hagamos juntos.

—¿Qué quieres decir?

—Que el peor sentimiento que he llegado a tener fue cuando, de pronto, pensé que los dos íbamos a morir allí, ante el toro y que mi estupidez nos había impedido disfrutar de un trozo de vida juntos. Quiero que aprovechemos cada instante que tengamos. Y, lo que nunca te he dicho es que te amo, Travis King.

—¡Cariño! —con las manos temblorosas le agarró la cara y la besó delicadamente—. ¿Crees que no lo sé?

—Demasiado obvio, ¿verdad? Desde que tenía diecisiete años.

El se sentó en el borde de la cama.

—¿Y cómo puede ser que dos personas que se quieren tanto terminen separadas?

Ella le agarró las manos y se las colocó sobre las mejillas.

—Tenía tanto miedo.

—Lo sé.

—Pero lo ocurrido me ha hecho despertar. Al verte frente al toro me di cuenta de que sabes hacer tu trabajo. Tienes la habilidad y la experiencia para superar cualquier obstáculo. Siento mucho haber dudado de ti.

—Pero, por otro lado, es lógico que tenga miedo. No se puede decir que montar toros sea el oficio más seguro del mundo.

—Lo cierto es que me da mucho más miedo no compartir mi vida contigo que hacerlo con ese riesgo —una lágrima cristalina cayó desde el lagrimal—. ¿Tú crees que podríamos conseguir que lo nuestro funcionara?

—Mercy, tu eres todo lo que siempre he deseado de la vida.

Creo que dos personas que se aman como nosotros nos amamos pueden lograr que cualquier cosa funcione.

Se inclinó sobre ella y capturó con los labios otra lágrima que se desprendía de sus ojos—. Eso incluye encontrar un camino que nos lleve al mismo sitio.

—Yo podría trabajar en el hospital Flat Fork. Ya he tenido la experiencia y me gusta. Aquel maldito pueblo puede ser tan excitante como el que más. Aquí tengo la prueba —dijo ella, levantando ligeramente el brazo herido.

El se rió y le acarició la mejilla.

—¿Por qué será que eso no me reconforta? —preguntó el con sorna.

—Supongo que no se puede considerar como el mejor comienzo del mundo el que lo más reciente que tengamos en común sea la medicación.

El se volvió a reír.

—Sí, creo que vamos a ser una pareja peculiar.

—Y, sobre todo, capaz de enfrentarse a cualquier cosa que venga juntos —ella se quedó pensativa un momento—. Estaba tan ocupada pensando en los inconvenientes de una relación así, que no me di cuenta de las ventajas.

—Mi madre siempre habla de que el amor divide en dos los problemas y da doble felicidad.

—Me gustaría haberme dado cuenta antes.

—Las cosas llegan en su momento oportuno —dijo él—. Y, bien es cierto que, después de tantos años, nos hemos ganado a pulso una segunda oportunidad.

—Y no pienso dejarla escapar.

—Me encanta oírle decir esas cosas, ojitos azules.

—Eres un zalamero —ella le besó la frente—. Bueno, te puedo asegurar algo. Una vez que he aprendido una lección, no se me vuelve a olvidar.

—Ven aquí —dijo él y la abrazó con ternura. Se tumbó Junto a ella y estiró las piernas.

—Como venga la enfermera te va a echar un rapapolvo de impresión por poner tus sucias botas en mi cama.

—Bueno, hay que arriesgarse en la vida, para poder estar con la mujer a la que se ama. Te adoro, nena. Siempre te he querido y

siempre te querré.

Ella le acarició la nuca.

—Yo también, mi vaquero.

El comenzó a recorrer con la mano el contorno de su cintura y sintió una vez más el calor de su cuerpo, la insinuación de su figura.

—¿Cuándo te vas a librar de este método anticonceptivo tan particular? —dijo él, refiriéndose al brazo vendado.

—Pronto.

—Bien. En cuanto te suelten te voy a llevar a algún lugar especial para celebrar y discutir seriamente sobre nuestro futuro.

Mercy le abrió el primer botón de la camisa, metió la mano y le acarició el pecho.

—La verdad es que yo ya he elegido un sitio.

Travis le mordía una oreja.

—¡Ummm…!

—Para nuestra luna de miel.

El la miró con una gran sonrisa.

—Así es que estas dispuesta a hacer de mí un hombre honrado.

—Sí, y no quiero ninguna objeción al respecto.

—No, señora, ninguna —él se estremeció al sentir sus manos en el bajo vientre—, ¿Dónde quieres ir de luna de miel?

Mercy se mordió el labio y miró al hombre que tenía delante.

—A Las Vegas.

Travis se apartó con sorpresa.

—Extraño tugar para una dama de tus gustos.

—Bueno, tiene sus atracciones.

—¿Cómo por ejemplo?

—Tú y el campeonato nacional de rodeo.

Él se quedó inmóvil.

—¿Lo dices en serio?

Ella asintió y lo besó con amor.

—Cariño —dijo ella—. Hace mucho que no te veo montar. Voy a darte ánimos para que ganes una vez más ese título y seas feliz.

Una inmensa ternura se reflejaba en el rostro de él.

—Ya lo has hecho todo.

Epílogo

Mercy salió se su oficina en el hospital de Flat Fork y se quedó mirando fijamente al hombre que la esperaba apoyado en la jamba de la puerta.

—¿Tienes hora, vaquero?

Travis sonrió.

—Conozco a la doctora personalmente. No necesito cita previa.

—Me encargaré personalmente de usted —Mercy cerró la puerta y dejó el archivo del último paciente sobre la mesa. Luego se volvió hacia él con una sonrisa renovada—. Bienvenido a casa. No te esperaba tan pronto.

Travis le abrió la bata y la abrazó y ella se recostó sobre él sin ningún recato.

—¿Qué tal la grabación? —le preguntó ella.

—Tan fácil como comerse a un bombón como tú. No me puedo creer que me paguen tanto por salir en la tele.

—Eres bueno, amigo —respondió ella, mientras deslizaba los dedos por el interior de una hebilla con forma de trofeo—. Nadie sabe tanto como tú, mí tres veces campeón del mundo.

—Retirado.

—¿Seguro?

—Ahora que he saboreado la buena vida, nada me va a hacer volver al ruedo. Entre el negocio y la televisión tengo más emoción y más dinero del que nunca había soñado.

—¿Qué tal la pierna?

—Todavía estoy a tiempo de recuperarla del todo.

Ella se arrimó aún más a él y le pasó la lengua por el bigote.

—Tengo planes para esa pierna.

Travis se rió.

—¡Me encanta volver a casa! ¿Has terminado ya?

—Sí, gracias la cielo. ¡Y yo pensaba que la sala de emergencias de Fl. Worth era dura en Halooween! Flat Fork es mucho peor.

—Así no te aburres.

—No y me encanta. Creo que haber venido a este hospital ha sido lo mejor que he hecho en mi vida.

—Después de tu matrimonio conmigo.

Ella se rió.

—¿A la caza de algún piropo, vaquero?

—Podrías decirme que me has echado en falta

Mercy lo abrazó con fuerza y lo besó hasta que los dos estuvieron mareados.

—¿Qué te parece esto?

El le metió las manos por debajo de la falda y le acarició las caderas.

—¡Como me alegro de que nadie se pueda imaginar lo que se esconde debajo de esa bata!

—Por cierto, hay algo importante para ti en el bolsillo de mi bata.

Travis agarró el sobre y leyó el contenido.

—Positivo… ¡Positivo!

—Sí.

—¿Un niño? ¿Nuestro? ¿Estás segura?

Ella sonrió.

—Vendrá en verano. Sabía que te alegrarías.

—Alegrarme, mucho más que eso. Dios santo, te adoro —él se inclinó y la besó una vez más.

—Yo creo que eso fue lo que inició todo el torbellino. Podrías hacerlo de nuevo, vaquero.

—Con mucho gusto —él sonrió—. Ahora, cierra esa puerta y deja que le enseñe lo que sé hacer.